

El Burgo de Don Sebastián

Gregorio Sánchez Gómez



Colección Clásicos Regionales



Universidad
del Valle

Programa  Editorial

*El Burgo
de Don Sebastián*

Entre abogados, periodistas, damas de la caridad, triángulos amorosos, políticos corruptos y transeúntes, se narra la historia de la Cali burguesa durante la década de los años treinta. En esta novela encontramos una visión del mundo de la ciudad que vivía de cerca las convulsiones de la época, reflejadas en la conformación de familias por medio de los matrimonios a conveniencia, los negocios con la tierra, la avalancha del comercio nacional e internacional, el ambiente político y la influencia de los norteamericanos en la cotidianidad caleña y los grandes negocios de la naciente urbe.



Programa ditorial

*El Burgo
de Don Sebastián*

Gregorio Sánchez Gómez

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: El burgo de don Sebastián

Autor: Gregorio Sánchez Gómez

ISBN: 978-958-670-527-1

ISBN-PDF: 978-958-5156-76-0

DOI: 10.25100/peu.465

Colección: Clásicos Regionales

Primera Edición Impresa septiembre 2006

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Herederos de Gregorio Sánchez Gómez

Recuperador e investigador, vida y obra de Gregorio Sánchez Gómez:

Jairo Henry Arroyo

Diseño de carátula: U. V. Media

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

ÍNDICE

I	17
II	27
III	39
IV	51
V	63
VI	75
VII.....	87
VIII.....	97
IX	103
X	115
XI	123
XII.....	131
XIII.....	139

XIV	149
XV.....	155
XVI.....	161
XVII.....	167
XVIII.....	175
XIX.....	181
XX	193
XXI.....	203
XXII.....	211

UNA MEMORIA INDISPENSABLE

Colombia es un país de regiones por excelencia. Por las particularidades de los procesos históricos de nuestra unidad nacional, inspirados en la hegemonía del centro sobre las regiones, éstas en la actualidad mantienen con el referente nacional múltiples, contradictorias y conflictivas relaciones. Y si algo puede contribuir a un nuevo ordenamiento y equilibrio regional, como lo señala Orlando Fals Borda, es el pluralismo cultural, humano y ambiental, que sienta las bases para una diversidad reconocible y reconocida en la unidad nacional. Aquí el papel de la cultura regional, de las «fuerzas telúricas», es de importancia capital. Por eso la imperiosa tarea de sacar de la invisibilidad el patrimonio cultural de las regiones y todas sus aspiraciones latentes.

Cuando se está frente a los imperativos de un mundo globalizado, una manera de superar la insularidad y el provincianismo consiste, para desde lo local establecer vínculos estratégicos intra e internacionales, en desplegar lo propio en diálogo con el mundo. Abrir de nuevo ese diálogo es el propósito de la colección *Clásicos regionales* del Programa Editorial de la Universidad del Valle, para que a partir de lo propio en el arte, la ciencia, la educación y la cultura contar con elementos que sustenten un proyecto contemporáneo de región y de país. El acumulado que tenemos es muy importante y hacerlo visi-

ble, sin duda, será una herramienta clave para forjar un pensamiento complejo y prospectivo que sirva para encarar los retos del siglo XXI.

Las áreas de la colección son las más diversas y el propósito es ir auscultando en materiales inéditos que están en archivos particulares o bibliotecas esperando ser editados, además de la reedición de libros que ya no se consiguen y vale que sean puestos de nuevo en circulación. Del primer caso tenemos dos libros inéditos del fundador de *La Con* Ignacio Torres Giraldo *Anecdotario* y *50 meses en Moscú*, cedidos por su hija Urania Torres, materiales preciosos para entender la historia del movimiento obrero colombiano. De reediciones, la colección ha publicado los libros *Notas y apostillas al margen de un libro de cocina* y *Geografía del arte en Colombia*, escritos por el humanista e historiador del arte Eugenio Barney Cabrera. La novela *Socavón* del poeta guapireño Helcías Martán Góngora; el libro de cuentos completos *Vivan los compañeros* del bonaverense Carlos Arturo Truque. Las novelas *La bruja de las minas* y *Rosario Benavides* del escritor chocoano Gregorio Sánchez Gómez, radicado en Cali durante la década de 1930. Como un primer aporte de los estudios etno-botánicos de Víctor Manuel Patiño se publicó *La alimentación en Colombia y países vecinos* y de Hermann Trimborn *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*, un estudio sobre nuestro pasado prehispánico.

En esta ocasión la colección *Clásicos regionales*, se complace en presentar la obra: *El burgo de don Sebastián*, de Gregorio Sánchez Gómez, segunda edición de la publicada en 1938. Interesante novela que entre abogados, periodistas, damas de la caridad, triángulos amorosos, políticos corruptos y transeúntes se narra la historia de la Cali burguesa durante la década de los años treinta.

En esta obra encontramos una visión del mundo de la ciudad que vivía de cerca las convulsiones de la época, reflejadas en la conformación de familias por medio de los matrimonios a conveniencia, los negocios con la tierra, la avalancha de comercio nacional e internacional, el ambiente político y la influencia de los norteamericanos en la cotidianidad caleña y en los grandes negocios de la naciente urbe.

También presentamos en esta colección *Coplas de la costa pacífica colombiana*, compilación de coplas populares del Chocó biogeográfico, hecha por Víctor Manuel Patiño entre 1945 y 1960. *El Chocó en la independencia de Colombia*, con un anexo titulado *El descubrimiento del río San Juan*, que forman la primera entrega de la obra de Rogerio Velásquez, como muestra valiosa del trabajo antropológico e histórico realizado por este investigador insigne del Pacífico Sur.

Darío Henao Restrepo
Director

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PRÓLOGO

EL BURGO DE DON SEBASTIÁN **LA NOVELA CALEÑA DE LOS AÑOS**

TREINTA

La escasa investigación desarrollada hasta el momento sostiene que la única novela publicada en Cali y sobre la ciudad en la década de 1930, fue *El burgo de don Sebastián*, escrito y editado en Cali finalizando la década del treinta (1938). En su carátula aparece representada la figura de Sebastián de Belalcázar, con su espada, casco, vestido típico de soldado conquistador, mirando desde lo alto una ciudad oscura y al lado de una cordillera. En este libro de XXII capítulos, también, aparece la "opinión crítica sobre el último libro del autor", en el cual encontramos consignadas la opinión del escritor Ricardo Freire. La foto y el *Ex Libris* del autor del libro, una descripción de sus obras publicadas y por publicar, y una página de correcciones también corresponden a la presentación del mismo.

El libro fue impreso por Editorial América S.A., la primera editorial moderna que tuvo la ciudad de Cali en toda su historia. Esta firma editorial dirigida por Virgilio González R., su mayor accionista y editor del periódico *El Liberal* de Cali, le publicó a Gregorio Sánchez una gran variedad de obras; de esta forma Virgilio González continuó por el camino de Arturo Zapata en el mundo de la edición e impresión de libros.

Además de las inestabilidades personales y familiares, Gregorio Sánchez pudo representar las características y las transformaciones urbanas de Cali de ese entonces. La arquitectura moderna de algunos barrios residenciales o en construcción; la descripción de la ciudad con sus oficinas, talleres y fábricas de toda índole, así como sus atardeceres y sus noches; las descripciones de la Avenida Uribe, el cementerio, los días feriados; la vida en las vías públicas, el cabaret, el templo de San Francisco, el Puerto fluvial de Juanchito; la colina de San Antonio y su panorámica de la ciudad; la estación del tren con sus ladrones; la revista de aviones en *El Guabito*; el papel de los turcos y los libaneses en el comercio de la ciudad; el posicionamiento del sector profesional (ingenieros, abogados, médicos); el asombro y la perplejidad de los ciudadanos ante el *comfort* y el bienestar que les producían los espectáculos públicos en el hipódromo, el estadio, las empanadas bailables en el Alférez Real, el circo, el aeródromo civil de la *Scadta*; los periódicos de la tarde y las películas en la noche, es decir, todo el conjunto de bienes, relaciones, individualidades y "mojones" urbanos que empezaban a marcar los nuevos referentes de la ciudad, y a decidir los modos de estar juntos en ella.

Refiriéndose al tipo de sociedad colombiana que Alfonso Lizarazo logró representar en sus obras para la década de los años treinta, el profesor Gutiérrez Girardot sostiene: "(...) Era una sociedad pobre en el más amplio sentido de la palabra. La pomposa clase alta era intelectualmente pobre. El poderoso estamento de la clerecía era moral y culturalmente pobre. Pobres eran las clases medias y más pobres aún sus aspiraciones de asemejarse a los estamentos de la nobleza. Desgraciadamente pobres eran las clases populares. El retro progreso de la república liberal, la apariencia cortesana de las altas clases sociales, el lujoso poder de las jerarquías eclesiásticas, la moderada revolución verbal de la legislación, escondían con brillo ilusorio la estructura señorial y sobre todo la existencia de toda una masa social mayoritaria que pagaba con la más útil explotación de que era

objeto, los privilegios de que seguían gozando los descendientes de los encomenderos coloniales”¹.

Estas representaciones que fueron muy típicas de los escritores liberales en la década del treinta, también las encontramos en *El Burgo de don Sebastián*. La desconfianza en los valores sociales imperantes, la ironía por el hedonismo y el gusto de los sectores pudientes –el mismo título del libro, es una expresión de esta herramienta literaria–, la simulación y el consumo aparecen como los temas a través de los cuales podemos estructurar el código de la obra. No es gratuito que la narración empiece con la descripción de la llegada de un vehículo a una moderna mansión de un barrio residencial. Completan este cuadro de yuxtaposiciones las descripciones que referencian la distinción de una mujer como Julia, al lado de su chofer personal y una criada, Felisa Cobo.

Toda esta cultura de viñeta, como lo diría el profesor Girardot, que caracterizó a los sectores pudientes de la sociedad colombiana, quedó ampliamente representada en la obra de Sánchez. Cultura superflua y subalterna que lograba enmascarar las tragedias y contradicciones propias de la condición humana, en una sociedad que se modernizaba en torno al mercado y continuaba girando alrededor de las expresiones más aristocráticas y tradicionales de la ciudad.

En *El burgo de don Sebastián*, la crisis social fue planteada por Sánchez Gómez cuando Julia Fernández de Urquijo impidió a toda costa que su hermana Carmen mantuviera relaciones amorosas con el joven aviador, Teniente Camilo Loaiza. Las hermanas Urquijo pertenecían a una familia tradicional y acomodada. Eran las hijas del coronel Calixto Fernández –un militar que había participado en la guerra civil, y había muerto hacia 10 años– y Mercedes de Fernández,

¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana en el siglo XX”. En: Manual de historia de Colombia. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Tomo III. Tercera edición. 1984. pp. 517, 518.

la viuda, que ante la muerte del coronel se había quedado viviendo en la casona colonial, con un traje negro y bebiendo copitas de ron "calentados" para calmar sus dolencias.

Julia Fernández era una mujer de veinticinco años, casada, cinco años después de la muerte del coronel, con Reinaldo Montejo, un abogado rico y prestigioso en la ciudad. Así, mientras dedicaba su tiempo libre a las labores de beneficencia, quiso imponer a su hermana las figuras del ingeniero Góngora y del acaudalado comerciante de sedas Jeremías Otero. Las cosas no resultaron como Julia había planeado, sin embargo, continuó interponiéndose entre la joven pareja.

La tragedia en la novela no solamente está definida por la separación entre Carmen Urquijo y el Teniente Loaiza, ante la muerte de este último en la revista de aviación llevada a cabo en *El Guabito*, sino por el terrible secreto conocido por Reinaldo Montejo, al escudriñar en la cartera y la libreta de su esposa Julia Urquijo. Julia, la mujer que se opuso a los amores de su hermana porque el teniente Loaiza no era un "partido seguro", desde ningún punto de vista; la persona encargada de la caridad pública, que vivía en un barrio moderno y residencial, la hija del coronel Calixto Fernández, tenía un secreto: sentía atracción por un hombre que no era su esposo, el ingeniero Góngora. Sin embargo, este hecho no fue suficiente razón para que el matrimonio Urquijo-Fernández se disolviera.

Contrastes y yuxtaposiciones, prejuicios de clase, la condición humana y expresiones de una nueva cultura en la ciudad son los rasgos más importantes que Gregorio Sánchez nos da a conocer a través de un narrador protagonista. Y pese a que la novela no ha sido reconocida en las clasificaciones de los manuales de ayer y de hoy, debe ser reconocida como lo fueron varias de las novelas escritas en la República liberal de los años treinta. Estoy haciendo referencia a obras como *El estudiante de la mesa redonda* (1932) de Germán Arciniegas, *Cuatro años a bordo de mi mismo* (1934) escrita por Jorge Zalamea Borda, *La cosecha* (1935) de José Antonio Osorio Lizarazo, *Mancha de aceite* (1935) del médico César Uribe Piedrahita y *Una*

derrota sin batalla (1935) de Luis Tablanca, entre otras.

Por eso la figura de Gregorio Sánchez debe destacarse al lado de todos estos escritores de prolífica producción como él, y que paulatinamente empiezan a recuperarse para una posible literatura nacional y regional.

Para caleños y caleñas el libro significa ubicar en las representaciones propias de la literatura, así como en sus códigos, las primeras imágenes de ciudad, que aún se conservan y se modifican en los avatares propios de una modernización nacional, la cual continúa insistiendo en los valores propios del mercado y los signos aristocráticos.

Voces como las de Luis Eduardo Nieto Caballero, Santiago Jiménez Arrechea, La voz de Caldas, de Manizales o del crítico ecuatoriano Nicolás Jiménez, dieron a conocer de manera corta y ligera sus opiniones sobre el libro. Se suman a las anteriores las opiniones del poeta cubano Rafael R. Vidal y del novelista y dramaturgo ecuatoriano Humberto Salvador. Hoy, con esta recuperación, estamos invitados a una lectura creativa desde nuestras propias inquietudes de ciudadanos y ciudadanas que nos encontramos inmersos en los cambios culturales propios de finales de siglo XX y comienzos del XXI, igual como aconteció hace más de sesenta años con la ciudad en la que vivía Sánchez Gómez.

Jairo Henry Arroyo

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

El lujoso automóvil se detuvo de pronto, con silenciosa suavidad, ante la cancela de una casa de arquitectura modernísima. La cancela, de hierro forjado, estaba cerrada, y tras de su metálico encaje se veía, sumido en la penumbra crepuscular, un jardín de palmas y rosales con diminutas avenidas pavimentadas. En el fondo, hacia el centro, pequeña columnata rosada, con capiteles y plintos de subido color, hacía de vestíbulo. Alzando la vista no se distinguía al punto más que la terraza, sumida también en la penumbra; pero más allá, porque aquella casa o chalet era grande y vasta como un palacete, brillaban en lo alto luces que escamoteaban por momentos el vaivén de los cortinajes sacudidos por la brisa.

No podían ser más de las siete. Tras de un día de sol, resplandeciente y cálido, y una tarde dorada y sonora de viento, las sombras nocturnas abrían sus fastuosos velos sobre la ciudad fatigada, envolviéndola en vago misterio. ¡Noche del trópico! ¡Noche embrujada y hechizada por la transparencia oscura del aire, por los aromas múltiples de los jardines en flor, por el parpadeo de las estrellas que semejan temblorosa canícula, por los innumerables rumores que llegan de todas partes y parecen estar suspensos en la atmósfera por obra de milagrosa vibración!

A lo largo de la calle, a lado y lado del edificio, y a su frente, se alzaban otras casas, en competencia arquitectónica. El barrio era residencial y se adivinaba fácilmente el espíritu que animó la erección de las costosas y elegantes construcciones. En tan interesante y curiosa variedad de estilos se destacaban la policromía de las fachadas y el capricho de los decorados, que le daban al conjunto aspectos alegres y cierta fisonomía fantástica bajo las luces nocturnas.

¡Qué bien se viviría allí! –Pensarían sin duda las gentes que pasaban y distraían un instante su indiferencia deteniéndose a admirar las fastuosas fábricas, mientras sus miradas pugnaban en vano por penetrar la incógnita de los interiores–. Sus moradores tenían que ser gentes ricas, de esas que saben vivir y gastar el dinero. Además –seguirían sin duda cavilando los transeúntes y filósofos de la calle– quienes habitaban tales casas no podían ser sino personas absolutamente felices, acaso sin pasiones, sin penas. En las reflexiones del que contempla cualquier rica vivienda suele haber fatalmente cierto optimismo, muy parecido al que se apodera del viajero que va en un tren y ve pasar el desfile eglógico del panorama campesino.

Parado el motor, el chofer descendió del vehículo a abrir con cierta solitud afanosa la portezuela que daba sobre el andén. Era hombre joven, pequeño, afeitado rigurosamente y vestido con afectación. Tenía el aspecto fresco de los veinticinco años, la sonrisa fácil y complaciente, los movimientos y la voz rápidos y precisos.

–¿Quiere que llame, misiá Julia? –preguntó con melosidad.

–No, Tunjito, no llame –respondió una voz dulce y firme desde el interior del automóvil–; tengo la llave de la cancela; yo misma abriré.

El chofer se apartó con respeto, para darle paso. Una mujer alta, de silueta fina y gallarda, se destacó brevemente sobre el andén mientras buscaba en la escarcela la llavecita de acero. A tiempo que abría se volvió hacia el chofer para decirle:

–Lleve el carro al garaje, Tunjito. Por esta noche queda libre. Pero no olvide que mañana debo salir antes del medio día. Está cumplido.

–Lo estaré, misiá Julia. Buenas noches.

La elegante mujer traspuso la verja, y, atravesando con rítmico andar el pequeño jardín, ascendió hasta el vestíbulo penumbroso. Oprimió un botón y el recinto se iluminó. Fuerte perfume de magnolias se desprendía de su cuerpo, como de un pebetero. Vaciló un instante cual si no supiese por cual puerta entrar. En seguida tomó la de la derecha, encaminándose lentamente a sus aposentos.

Allí también tuvo que hacer luz. En la ancha luna del armario vio su figura erguida, todavía con el sombrero y los guantes puestos y la escarcela en la diestra. Estaba algo pálida, pero sonrió. Ninguna preocupación parecía surcar la media luna de su frente; ninguna sombra velaba la luz tranquila de sus ojos grandes y profundos. Sobre la piel satinada, amasada con leche y miel de rosas, resbalaba con suavidad la luz de las lámparas, adormeciéndose morosamente en ella. La sonrisa tenía cierta expresión enigmática. Sin prisa, arrojó sobre el velador las prendas que llevaba, y levantando los brazos hasta la cabeza rectificó maquinalmente el peinado. Un peinado impecable, que nada tenía que corregir, hecho minuciosamente tres días atrás por la mejor peinadora de la urbe y que le daba aspecto pueril, pero encantador, de muñeca grande.

Julia movió en el aire los brazos magníficos, serpientes de carne y nácar, a cuyos extremos se agitaban como crócalos las áureas pulseras y fulgían las piedras de las sortijas. Miró el diminuto reloj de platino, cuajado de diamantes, quedándose un momento meditabunda. ¿Las siete? Ah. Pero, ¿qué le importaba la hora? Para ella la noción del tiempo no tenía sentido. El tiempo era uno de sus lacayos. Nada más. ¡Pobres gentes aquellas que dependen del tiempo y se esclavizan a él como autómatas, o máquinas sumisas! Se le vino a la mente, por asociación de ideas, la figura de mister Campbell, ese mister Louis Campbell, amigo de la casa, tan ocupadote, tan dinámico, tan horriblemente optimista, la boca llena a toda hora con su resobada frasecita de gringo trabajador e industrial. *Time is money*. ¡Bah! Dinero, tiempo: cosas estúpidas que debían ser siervas del hombre, y no éste criado de aquellas.

Acababa de desgonzarse sobre el sillón más próximo cuando una voz alegre y familiar rompió el silencio de la alcoba.

–¿Se puede, misiá Julia?

–Cómo no, Feli; entre –respondió la dama sin volverse.

–Ahora que vi luz en su cuarto me di cuenta de su llegada. ¿Por qué no me llamó para abrirle?

–No la necesitaba, Feli.

En seguida inquirió con calma:

–¿El señor vino ya?

–Está en el salón, leyendo. Regresó no hace mucho, pero tampoco llamó a nadie. Traía un cargamento de papeles.

–¿Sí? Bueno. Iré a buscarlo en seguida. Que tengan la comida lista para las ocho.

Aunque tales palabras equivalían a formal despedida, Felisa Cobo, la criada de confianza de Julia, no se retiró en el acto. Fue a tomar del velador el sombrero y los guantes, para guardarlos cuidadosamente en la cómoda. Se aproximó luego a otro mueble sobre cuya cubierta de cedro taponado y con taraceas de marfil se erguía solitario enorme jarrón de cristal tallado. Algunas rosas mustias languidecían allí, despidiendo agónico olor de rosa marchita. Felisa las quitó, para renovarlas al día siguiente.

Aprovechó estas maniobras para informar.

–Temprano, a eso de las cuatro, vino don Fabio de visita. Por allí dejó la tarjeta de siempre. Cuando le advertí que no estaban ni usted ni el doctor Reinaldo, se contrarió muchísimo. Hubiera oído, misiá Julia, qué lamentaciones las de don Fabio. Al fin se fue todo desconsolado, diciendo que volvería otro día. Ah, olvidaba contarle que don Fabio trajo tres librotos así y otro pequeño así, y una cajita misteriosa cuyo contenido no pude averiguar.

Como la señora simulara no prestarle atención, la criada concluyó por marcharse.

Julia cambió de traje, para encaminarse al salón. Hundido en ancha poltrona, junto a una mesita cubierta de papeles y documentos,

Reinaldo Montejo los examinaba con gran cuidado. La luz velada de la lámpara suspendida en lo alto caía sobre él bañándolo suavemente. A su lado, sobre el cenicero de bruñido cobre, ardía un cigarro a medio consumir.

–¡Hola! –exclamó al sentirla entrar–. ¿Qué tal, querida? ¿Estabas en casa, o acabas de llegar?

–Regresé hace poco. Hoy monopolicé a Tunjito, porque tuve tantas cosas que hacer.

–Para tu servicio está, Julia– dijo Reinaldo con galantería–. Por mí no te preocupes con tal que tengas toda comodidad.

–Gracias. Siempre me abrumas de atenciones.

–Como que las mereces de sobra.

–Talvez no tanto... Mira: mañana tendré que reincidir. No pude desocuparme hoy del todo.

–Reincide cuanto necesites, Julia.

–Me llevaré, pues, a Tunjito, es posible que hasta el anochecer. Pero... y tú ¿qué piensas hacer?

–Trabajaré como todos los días.

–No, no me refiero a eso. Digo que cómo vas hacer sin servicio. Si tomaras otro chofer...

–Tranquilízate. Yo me arreglaré fácilmente. También es posible que mañana almuerce en el club, con un cliente de mucha monta. No vendré, pues a casa.

Reinaldo simuló tomar los últimos datos de los papeles que examinaba, y volvió a decir en seguida:

–Me traje estos documentos para estudiarlos por la noche. Se trata de un negocio cuantioso que debo decidir antes de medio día... Tú, ¿qué hiciste hoy? ¿Dónde estuviste?

Julia demoró estudiadamente la respuesta. No había logrado acostumbrarse a los interrogatorios de marido sobre la forma como empleaba su tiempo. Esas preguntas que requerían contestaciones obligadas, especie de “partes” militares relacionados con conducta personal y sus andanzas sociales, no le agradaban ciertamente. Ver-

dad es que a su marido sólo lo movía el interés por ella y sus cosas y el natural deseo de enterarse de cuanto hacía, cosa bien humana sin duda en el hombre casado. Comprendía que era extraño a su voluntad ese sentimiento de rebelión, instinto imperioso de independencia que llenaba el alma. Pero no podía ser de otra manera. A pesar de todo, se dominaba, disciplinando su oculto enfado; y sin llegar jamás a exteriorizar el disgusto que le producían tan triviales cuestiones, evadía el conflicto con habilidad y sagacidad sorprendentes.

–Tengo que confesar, Reinaldo, que en verdad fue más lo que me movió que lo que hice. En esto debo de parecerme mucho a las arditas, animales de los que he oído contar que van y vienen todo el día, sin estarse quietos jamás, y sin hacer nada de provecho.

–Eres modesta, Julia– afirmó Reinaldo con tono levemente zumbón–. Tus amigos y el público te sindicán de tomar parte activa y eficaz en la beneficencia. Como para estas empresas sólo gastas de tu propio peculio, no me doy cuenta cabal; pero cuando lo dicen...

–Es mejor así; que cada cual gane sus indulgencias con sus propios padrenuestros –explicó Julia sonriente–. Volviendo al asunto, te diré que el día se me fue en atenciones de sociedad y en algunas compras. ¡Qué vida tan insignificante la de nosotras las pobres mujeres!

Durante el diálogo anterior, Julia había permanecido de pies, a corta distancia de su marido, puestas las manos sobre el espaldar del asiento. Hizo larga pausa, yendo a apoyarse en seguida en el alféizar de la ventana que daba sobre la terraza. Su alta silueta se recortó contra el fondo oscuro de la noche exterior. Brusco golpe de viento le agitó los cabellos castaños, haciéndola aspirar con fruición la onda fresca y fragante.

–¡Ah!, qué bien huele la noche –exclamó sacudida levemente por la sutil caricia–. ¿De dónde vendrá este aire? Azahar, narciso, reseda... Es algo no se puede precisar y que embriaga como el mejor perfume.

–La naturaleza es gran perfumista –afirmó Reinaldo–, y excelente químico. Posee los mejores alambiques del mundo. Nadie la iguala en preparar extractos y esencias. Desde aquí percibo el olor nupcial

penetrante y fuerte, que proviene –¿quién lo creyera?– de una flor venenosa. ¿Sientes esa fragancia exquisita y adormecedora que llega por momentos y que hace abrir involuntariamente los labios para recogerla mejor? Pues la exhala la flor de eso que el vulgo llama prosaicamente “borrachero”. ¿Por qué no te sientas? Pareces un tanto nerviosa.

–Oh, no; tranquilízate. Algo excitada nada más el trajín de la tarde.

–Si no es más que eso...

–Feli me dijo que estuvo aquí nuestro amigo Castaño, y que se fue consternadísimo.

–¿De veras? Lo siento. Amigo leal y asiduo como pocos. Además, muy divertido. ¿Qué nos traería hoy de nuevo?

–Libros e historias, según entiendo.

–Novedades bibliográficas acaso. Novedades que son generalmente arcaicas; mientras más antiguas, más nuevas. No me explico cómo hace don Fabio para descubrir tanto mamotreto curioso. ¿Recuerdas aquel devocionario monjil que desenterró no se sabe dónde? A mí lo que más me interesa son las historias tan amenas y eruditas, y tan propias para darles aplicación a no pocos casos de nuestro tiempo.

Felisa, la criada, asomó en ese instante por la puerta del fondo.

–Ya cumplí sus órdenes, misiá Julia. Si quieren venir...

Ambos, marido y mujer, se miraron brevemente, con cierta displi-cencia. La evocación realista de la cena interrumpía de modo brusco el diálogo espiritual con que olvidaban transitoriamente la vulgaridad cotidiana. Tales coloquios no eran muy frecuentes por cierto. Aquel anochecer fue un paréntesis, una hora azul en el calendario gris y monótono de los días. La rutinaria ceremonia de la comida les producía invariable inquietud. Ah, dentro de poco estarían allí, en el estilizado comedor lleno de luz, flores, suntuosas vajillas, repujados muebles, uno frente a otro, lo mismo que dos pobres autómatas que se alimentan correctamente, que permanecen bien estirados en sus asientos, mientras en torno a la mesa se mueven las criadas solícitas, yendo y viniendo con precisión de estúpidos maniqués y pronunciando de cuándo en cuándo alguna palabra ritual relacionada con el servicio.

¿Por qué resultaban siempre tan horribles esas comidas llenas de soledad, desprovistas de alegría familiar, y en las que sin poderlo remediar se trataban con la señorial etiqueta de la gente fina y preocupada de las fórmulas?

Minutos después estaban efectivamente instalados alrededor de la mesa circular que resplandecía plata y cristales. Como siempre, los manjares eran rutinariamente agradables. Pero en lo que menos pensaban Julia y Reinaldo era en aquello que engullían. Común preocupación de cortesía y mesura parecía embargarlos por completo. La inevitable frialdad de la ceremonia fue rota al fin por Reinaldo quien dijo como si se aliviara de un peso:

–Si se nos hubiera ocurrido invitar a comer al señor Castaño... O a cualquier otro amigo... Al magistrado Ramírez, por ejemplo, que mantiene tan envidiable apetito y sabe matizar con sabrosas anécdotas todo lo que come.

–Ciertamente –convino Julia mirando con melancolía en torno de ella–. Cuando hay convidados, no sé por qué, la comida parece más alegre o al menos más animada.

Se quedaron largo rato callados. Ah, si hubiesen tenido hijos... ¡Cuán bulliciosa y jubilosa sería aquella mesa familiar! Ambos parecían doblegados bajo sus propios pensamientos; común sensación de recóndita angustia, de ternuras mal contenidas, se desbordaba de sus almas, pero sin trascender al exterior ni asomarse a los rostros.

A pesar de todo, no estaban lejos uno de otro. En sus gestos y palabras se adivinaba el común empeño de agradarse, el celoso cuidado de no causarse lastimaduras. Tal vez era un foso de incompreensión, y no un abismo de falsa indiferencia morosa, lo que los apartaba contra su querer y sus sentimientos. La reprimida pasión con que la miraba Reinaldo, su solicitud, sus halagos, no permitían dudar de sus sentimientos de marido. Tampoco Julia daba señal alguna de animosidad contra él, ni de sospechosos desvíos. ¿Y entonces?

Casi al terminar la comida, Reinaldo inquirió con tono amable y solícito:

—¿Saldrás esta noche?

—No —respondió Julia con decisión—; no pienso salir. La jornada me dejó rendida. Leeré un rato, me acostaré temprano.

Disimulando su satisfacción, Reinaldo insistió:

—Entendía que tenías resuelto asistir a ese concierto que tanto anuncian. ¿No es esta noche, pues?

—Esta noche, sí; pero nada había decidido. La ciudad está ahora colmada de espectáculos, y no se sabe cuál preferir. Hay actualmente una recitadora famosa, un violinista de cartel, y un par de cantantes que recorren la América del Sur. Las embajadas de arte están en el orden del día, y es cuestión de buen tono hacerse presente.

—Pues por lo mismo...

—¿Porque es cuestión de buen tono? ¡Bah! Conmigo no reza. Mi propio criterio es el mentor que tengo, y a él me acojo bajo mi responsabilidad. Te he dicho que no saldré porque me siento cansada. Además, entiendo que tú también te quedas en casa. Hoy seremos, pues, un matrimonio ejemplar, como hay pocos.

—Como los hay pocos —repitió Reinaldo entre dientes.

Se levantó para encender un cigarro. Volvieron un rato al salón. La noche primaveral continuaba reinando sobre la ciudad, con sus rumores, sus aros sutiles, sus luminarias estelares suspensas en lo alto como lamparitas innumerables. ¡Cuánta paz en el barrio residencial y fastuoso! ¡Cuánto sosiego tras bullicio diario que sacudió, pocas horas hacía, aquella colmena del trópico, asoleada, ruidosa, sonora como yunque, llena de calor y de vida desbordante!

Mañana... Mañana sería igual. Despierta bajo nueva aurora, dorada por el mismo sol fulgurante, sacudida por los vientos que vuelven, la ciudad magnífica reanudaría el milagro cotidiano bajo los signos vitales de su destino prodigioso. ¡Qué bien se vivía en aquel oasis del mundo, colmado de fuentes de energía, henchido de jugos de eternidad, lleno de gestas de belleza!

Cuando sonó la hora de media noche, tendida en su lecho que la pálida luz de la luna iluminaba difusamente, Julia Fernández Urquijo

dormía con placidez, la cabeza dulcemente apoyada sobre uno de los brazos desnudos. Su respiración era tranquila, rítmica, como trasunto fiel de su dicha aparente.

Entre tanto, su marido, el doctor Reinaldo Montejo, metido en el escritorio, y envuelto en amplia bata de seda, hurgaba en los códigos, haciendo anotaciones sobre los documentos y papeles extendidos sobre la mesa. Esa noche, para él, como para su mujer, el tiempo no valía nada.

II

Pasadas las dos, Reinaldo entró en la oficina. Como de costumbre, el conocido bufete profesional presentaba el aspecto animado de los lugares donde se trabaja bastante. Media docena de empleados, hombres y mujeres, repartidos en los tres compartimientos que constituían el despacho, atendían al servicio, absorto cada cual en su correspondiente tarea. Incesante ruido de máquinas de escribir llenaba el recinto. Por dondequiera se veían muebles costosos, archivadores, vitrinas, mapas, objetos decorativos. Y sobre las mesas de trabajo papeles, muchos papeles. Algunos clientes esperaban en la primera sala que les llegase el turno para tratar su asunto.

Entró rápidamente, dando breve saludo a todos. En el fondo de la última estancia había una puerta cerrada que abrió con cierta premura. Allí estaba el escritorio, el despacho donde atendía en persona las consultas de la numerosa clientela.

Se desplomó sobre la ancha silla, suspirando con satisfacción. Olor de licor fino y cigarrillo de opio trascendía fuertemente de él. Sobre la carpeta amontonaban cartas y periódicos sin abrir, oficios, memoriales listos para la firma, algunos paquetes. Sin afanarse, tomó el cortapapel y se puso a abrir la correspondencia.

—¿Puede atenderme, doctor? —oyó que decía de pronto una voz juvenil, de timbre agradable.

–Sí, cómo no; acérquese, Alicia... ¿Qué ocurre de nuevo por aquí?

–Varios clientes esperan consulta. Además, que no debo darle algunos informes. Temprano vino míster Luís.

–Ah, se refiere usted a míster Campbell.

–También vino un señor de afuera, recién llegado a la ciudad según dijo, que desea hablarle con urgencia. Tiene aire de hacendado. Prometió que volvería más tarde.

La empleada dio otras noticias, y recogiendo los papeles firmados hizo ademán de retirarse.

–Espere un momento, Alicia –exclamó Reinaldo–. ¿Está demasiado ocupada? Tome esta minuta, y que la pongan en limpio inmediatamente. La necesito dentro de media hora.

Al quedar solo, se frotó las manos con complacencia. ¡Caramba! Así valía la pena trabajar. El negocio aquel le dejaba cinco mil pesos redondos de utilidad. Y sin más esfuerzo que el de una noche. Verdad que sus ingresos eran cuantiosos y constantes; pero ¿cuándo estaría él contento con lo que ganaba? Había qué conseguir dinero, mucho dinero. Tal era el santo y seña de la época. Y si no, ¿por qué se agitaban y luchaban sin descanso sin tregua todas esas gentes que iban y venían, o se estacionaban en oficinas, comercios, talleres y fábricas de toda índole?

Tomó el teléfono, para pedir comunicación con la Notaría.

–¡Hola! ¿El señor Velilla? ¿Cómo está, mi querido señor Velilla? Mucho trabajo, ¿eh? ¡Estupendo! Más trabajo, más honorarios. Ojalá no tenga descanso. Bueno, quería decirle... Sí, una minuta... Se la mandaré en seguida. ¿Puedo contar con usted a las seis en punto?.. Perfectamente. Muy bien. Agradecidísimo. Se trata de un negocio mayor, y habrá buena propina.

Evidentemente, ese día, como tantos otros, el abogado Montejo estaba contento; rezumaba satisfacción. Las gentes le atribuían mucha ciencia y grandes conocimientos jurídicos. Otros aseguraban que lo que tenía era fortuna, suerte. Recordó los incidentes del almuerzo en el club, con aquel caballero europeo que tres días atrás se presentó en

su oficina armado de grandes recomendaciones. Hombre de negocios, sin duda; gran señor de negocios, a quien no asustaban las cifras, y parecía desdeñar las cosas pequeñas, las minucias. ¡Pero qué manera de beber tan desordenada! El hiperbólico y simpático místico Campbell le quedaba ridículo. Mientras libaban *whisky*, como dos escoceses clásicos, y luego mientras tomaban el *lunch*, porque esos gringos gustan almorzar frugalmente para atiborrarse luego por la noche, el caballero había desplegado ante él en español bastante aceptable, el telón mágico de maravillosos paisajes. Se trataba de una explotación gigantesca, con grandes extensiones de tierras sobre la costa del Pacífico. ¡Cuestión de millones, sí señor, y de mucho aliento! La poderosa compañía que el caballero representaba estaba lista a gastar dinero sin tasa en aquella empresa estupenda.

Alicia volvió a entrar, para anunciar a un cliente.

—Allí está el señor que dijo que volvería; el hacendado. Trae mucho afán, y manifestó que no se marcharía sin verlo.

—Hágalo seguir en el acto.

Dicho esto, se acomodó mejor en la ancha silla adoptando la actitud ritual del hombre ocupadísimo. A poco, el despacho se estremeció con la vibración de una voz sonora y potente; voz de mando, voz militar que daba la impresión de no tener tonos menores. Reinaldo no se sorprendió, porque detonante voz guardaba perfecta proporción con el cuerpo de donde salía. Además, estaba habituado al hablar recio y lleno de los hombres del campo.

El personaje que tenía delante era ejemplar típico de la tierra. Grande, casi llegaba a los dos metros; de piel morena curtida y tostada por aire y sol. En la cara bien rasurada se agazapaban, bajo tumultuosas cejas, los ojos vivos y maliciosos que miraban a fondo. ¡Y qué manos las suyas, que parecían garras, raíces, cubiertas de negro vello, pesadas como mazas! Vestía como cualquier vecino, pero con cierto descuido muy natural.

—Mi asunto es, doctor Montejo —explicó sentándose por su propia cuenta—, cuestión de tierras; de tierras y de aguas, para ser más con-

creto. Esto en la parte baja, acá en la llanura; porque en lo montañoso, en las regiones altas, se me presenta otro conflicto: una invasión de colonos, que haga usted cuentas de una gran mancha de langosta.

Reinaldo sonrió involuntariamente.

—¿Cree que exagero? No, mi doctor y amigo. Hay que ser chagrero, hacendado, o latifundista como dicen ahora, para saber lo que son esas avalanchas de gente que quiere tierra a toda costa.

—Bueno, vamos por partes, señor...

—Pantaleón González, a su mandar.

—¿Decía usted que es cuestión de tierras?

—En parte, y muy principal.

—¿Ha tenido litigios ya?

—Se trata de un viejo pleito por límites. Un colindante testarudo se empeña en arrebatarme valiosa faja de terreno. Le aseguro a usted que no tiene razón ni derecho alguno.

—Así lo presumo.

—Pues verá, mi doctor. Me corre las cercas al menor descuido en que incurro. Yo tengo que andar descorriéndolas, volviéndolas a su verdadero sitio, y en esta controversia, él avanzando sus mojones, yo rechazando el abusivo intento, venimos hace largo tiempo. Pero ya estoy cansado; aburrido de correr cercas y de tener malas palabras. Un día pensé que a esto había que meterle pecunia y juris, y aquí me tiene usted finalmente. La pecunia soy yo; el juris es usted, mi doctor.

—Entendido, señor González. ¿Trae los títulos?

De uno de los enormes bolsillos el personaje extrajo grueso legajo de papeles. Manoseados, sucios. Se los ofreció con cierta unción sacramental.

—Los examinaré... ¿Me hablaba usted también de un asunto de aguas?

—Ese es otro enredo; otro ovillo para desenredar.

—Cuestión de servidumbre quizás...

—Cuestión de fregancia, diga usted. Hay gentes que no pueden vivir en paz ni con ellas mismas. A otro colindante se le metió en el

magín que tengo qué darle agua de mi predio.

–Tiene que dársela si la necesita.

–¿Aunque no me indemnice ni compense?

–Ese es otro cantar.

–Pues allí está el busilis. Si tienen sed que beban, qué diantres, pero que paguen lo que es justo.

–Todo eso se arreglará, señor González, a su satisfacción y a lamía. Si usted tiene razón, como lo supongo, nadie podrá quitársela; y si no la tuviere...

El visitante se incorporó con cierta brusquedad.

–Olga, señor doctor –afirmó con énfasis–: yo siempre tengo la razón. Cuando ella me falta, me gusta tenerla de todos modos. No me disgustan los litigios ni tampoco temo afrontarlos. Pleitearemos; litigaremos toda la vida si es necesario, ¿eh? Soy hombre de dinero. Por los emolumentos no se preocupe. Trabaje no más, que yo sé pagarle al que me sirve.

–Y yo sé servirle al que me paga– concluyó sonriendo Reinaldo.

El personaje se marchó, dejando el despacho lleno del eco de su voz tormentosa. Reinaldo consultó el reloj. No eran más de las cuatro. Si fuera a dar un paseito, antes de ir a la Notaría a firmar la escritura aquella... No tuvo tiempo de decidirlo, porque le anunciaron nueva visita.

El individuo que ahora entraba no era precisamente un cliente. Gordo, pequeño, embutido en claro y ceñido traje que parecía estallar a cada momento, su inconfundible estampa pregonaba la personalidad de uno de esos apóstoles de la industria, bien remunerados por cierto, que tienen la misión de vender artículos, de repetir las mismas frases persuasivas ante cada paciente comprador, desplegando ante sus ojos incrédulos el tesoro guardado en el maletín de las muestras, y de marcharse con una sonrisa y una frase optimista, cualquiera que sea el resultado de su discurso. El pequeño sujeto, debido sin duda a la elevada temperatura, porque hacía un día estival, o acaso porque se agitara mucho al andar, tenía el rostro encendido y sudaba copiosamente.

No bien lo vio, el abogado Montejo hizo un gesto de displicencia que disimuló en seguida con amable sonrisa. ¿Qué vendría a ofrecerle ahora aquel personaje locuaz que ante nada retrocedía, y que era bien capaz de venderle hasta el agua misma del mar? Lo miró más atentamente, pareciéndole que no era la primera vez que lo veía. Sí, ya recordaba. Seis meses atrás estuvo también allí, otra tarde como esa, de viaje para los países del sur. Entonces le hizo comprar no sabía bien cuántas cosas de muy dudosa utilidad pero de precios efectivos. Le hizo gracia el percance, y como se sentía eufórico y expansivo, afrontó cordialmente la bursátil entrevista.

—¿De dónde sale usted, amigo viajero?

—Estoy de regreso de mi gira continental —explicó el agente, mientras enjugaba con cierto aire trágico la caliente humedad que corría por su frente ligeramente calva. Si no me equivooco, efectué ventas hasta en la propia Patagonia. Vengo muy optimista, doctor Montejo. En el Ecuador tomé avión hasta Cali, para llegar más pronto. Esta vez será cuestión de horas mi permanencia en la ciudad. Pero no quería pasar sin darle un saludo... y sin venderle alguna cosa.

—Sin duda será algo nuevo e interesante, o por lo menos útil. Mire: todavía tengo allí, en aquel gran armario, cajas sin abrir, con efectos de los que me vendió. ¿Quiere verlas?

—Prefiero mostrarle lo que traigo.

El intrépido viajante abrió una de las maletas poniendo en tan trivial operación un aire sacerdotal sorprendente. Reinaldo no pudo dominar la curiosidad, y miró. Catálogos. Un muestrario completo y múltiple dispuesto en forma ingeniosa y en diminutas unidades. Tintas, papeles, útiles de escritorio, reseñas y dibujos de muebles para oficinas, artículos decorativos...

Tras de frondosa demostración de las cualidades y virtudes de todo orden, de aquella variada mercancía, Reinaldo acabó firmando un pequeño pedido para su bufete.

Al quedar solo, se paseó por la habitación. Llamaron dos o tres veces al teléfono. Un funcionario judicial vino a notificar un auto

importante. De paso formuló un pequeño préstamo, que el abogado satisfizo al momento. Nuevamente consultó el reloj. Ah, sentía vivo deseo de irse, de largarse por esas calles a respirar, a tropezarse con la gente, a sentir la vía pública sobre la propia piel. ¿Y si fuera al café más próximo? Tomaría algo fresco, o una taza de tinto frío que le pacificara aquella especie de hiperestesia.

Salió. A cien metros de allí abría su recinto penumbroso uno de los grandes establecimientos de la urbe. La clientela ordinaria era gente rica, negociantes. El lugar estaba atestado, pero halló una mesa desocupada. En el fondo, el bar reluciente. Empleados que se movían en corto circuito. Humo, rumor de conversaciones, parroquianos en mangas de camisa.

Una muchacha acudió a servirle solícita. Era mujer de cierto atractivo, pero con el semblante levemente marchito. Se adivinaba en él fatiga y tedio.

—¿Qué toma el señor?

—Café; pero póngale un poco de hielo.

Lentamente fue y regresó. Reinaldo no volvió a pensar en ella. La visión de cualquier mujer lo llevaba invariablemente a evocar la figura esbelta de Julia, su elegancia tan natural, su fisonomía inteligente de rasgos bellos y expresivos. La quería, sí; era evidente que la quería con el mismo amor concentrado de los primeros tiempos, con la misma pasión recóndita que experimentó cinco años atrás cuando puso sobre su frente los azahares nupciales. Ah, qué dicha perfecta hubiera sido la suya, si hubiesen de armonizar sus puntos de vista, sus maneras tan propias de apreciar el sentimiento conyugal, sus criterios disímiles sobre la condición de la mujer y el hombre, del marido y la esposa, y sobre el justo entendimiento de la posición del uno y el otro. Naturalmente, el abogado Montejo consideraba la situación de conformidad con su propia lógica, de acuerdo con su personal raciocinio.

En ese momento no quería pensar, sin embargo. Tantas veces había meditado, sin poner nada en claro, sobre el problema sentimental de su propia vida. Pero quería pensar en ella, como lo hacía frecuen-

temente, se hallara donde se hallara, envolviéndose en su recuerdo como en manto de ensueño. ¡Cuánto hubiesen reído las gentes al saber que un hombre pensaba de tal manera en su mujer, pasados cinco años de matrimonio! Mas, ¿qué importaba? ¿Qué podía importarle a él el mundo de afuera? Dentro de sí llevaba su propio mundo, su verdadero mundo.

Sintió leve sacudida. A su frente, junto a la misma mesa, acababa de tomar asiento otro parroquiano.

—Lo saludo, doctor Montejo —exclamó éste con gesto risueño, a tiempo que daba dos palmadas para llamar a la cafetera—. ¿Qué se ha hecho usted todo este ciclo? ¿Dónde se metió el ilustre abogado, gloria del foro regional, terror y espanto de contrapartes?

—¿Lo dice usted, Martín, porque no me ve por aquí? Ya sabe que poco frecuento los cafés. Soy incapaz de soportar estos ruidos, estas aglomeraciones de gente. Si ahora me encuentra en este sitio, atribúyalo a la casualidad.

—La casualidad es madre de tantas cosas buenas —sentenció Martín de la Hoz, volcando sobre el oscuro líquido de la taza el contenido de un azucarero—. Cabalmente, pensaba buscarlo hoy mismo para someterlo a un reportaje. Confío, doctor Montejo, que no me negará esta “chiva” estupenda.

—¿Reportaje? —preguntó Reinaldo con extrañeza—. Pero si no soy hombre público. Tampoco me ha ocurrido nada sensacional. No he asesinado a nadie.

—¿Y ese gran negocio de que se habla ya en los corrillos?

—¿A cuál negocio se refiere?

—Al que cerró con míster Robertson en la tarde de ayer, y perfeccionó a medio día.

—¿Pero es posible? Aun admitiendo que así es, eso está todavía bajo la reserva profesional.

—La reserva es un mito para nosotros los periodistas. No existe. Deseo advertirle, sin embargo, para que no se intranquilece, que lo que a mi periódico le interesa no son los términos del negocio. Es

la negociación en sí, como suceso financiero, como acontecimiento trascendental. Queremos informar nada más, y tener la primicia.

—Comprendo. Pero prefiero que apele a su imaginación, o a sus propias fuentes.

El reportero ingirió con calma dos tragos de café; encendió cigarrillo. Extrajo enseguida del bolsillo la cartera de apuntes. Escribió algunas notas.

—Esta mañana —dijo con gravedad— encontré a míster Campbell en el *National City Bank*. No sé por qué, pero me pareció algo excitado. Y a propósito, usted que es tan su amigo: ¿no puede decirme si míster Campbell lleva alguna vela en esta procesión? Como él participa infaliblemente en todo negocio de importancia...

—No; míster Campbell es extraño por completo al asunto. Se trata de una compañía nueva en país. Una inversión en grande. Pero ¿no ve? Ya estoy hablando más de la cuenta.

—La última indiscreción. ¿Cuánto van a venir?

—Un millón por lo pronto.

—¿Pesos nuestros, o dólares?

—Dólares, mi querido Martín.

—Aja. Pues pondremos dos, y ¡adelante!

Pero el inquieto reportero estaba en trance de charla; y aunque aquel atraco reporteril parecía haber tocado a su término, se quedó un rato más para hacer comentarios.

Recorrió con la vista la vasta sala del café, saludando a algunos conocidos. La concurrencia era bastante heterogénea. Profesionales, empleados, comisionistas, comerciantes; muchos comerciantes principalmente.

—Este es el Café de Mercurio —dijo Martín bajando el tono de la voz hasta hacerla casi confidencial—; el *rendez-vous* de los grandes señores de la vara de medir. Los príncipes del trescientos por ciento, y de allí para arriba, se entrevistan aquí, y aquí mismo celebran no pocos de sus lucrativos negocios. Pero observe usted, doctor Montejó, el personal que integra nuestro comercio, y dígame si no es algo

inquietante la conclusión a que se llega. Turcos y judíos, especialmente estos últimos, se apoderaron por completo de las actividades bursátiles de la ciudad.

Comercio nacional casi que no existe. Lo desalojaron prácticamente. Salga usted a la puerta, mire hacia arriba y hacia abajo, y sus ojos no encontrarán sino anuncios y muestras de negocios libaneses y hebreos. Abrahanes y Mustafaces, Salomones y Abdules. La ciudad de Sion. Tiberíades. La Media Luna. Getsemaní. ¡Qué sé yo! ¿Quiere que le recite firmas? Pues ponga cuidado. David & Avinader. Bitar & Meluk. Jaluf & Bechara. ¡El demonio, ilustre doctor! La sinagoga y la mezquita se metieron aquí de lleno, y se están alzando con todo. ¿A dónde diablos iremos a parar?

—Se ha echado usted una catilinaria en regla, Martín. La verdad es que el comercio nacional algo insignificante y mediocre. Mas, ¿de quién es la culpa? Tenemos un complejo de inferioridad que nos perjudica gravemente. No hace muchos años el comercio era todavía profesión deshonrosa. Oficio de plebeyos y gente vulgar. Todo esto era sin duda rezago de aquellas épocas en que se tenía por señal de nobleza no saber leer ni escribir. El letrado era un pobre diablo. El comerciante un paria. Pero también en aquella inferioridad influyó el vivir sedentario, el hábito de la existencia fácil e inútil. Estos libaneses industrioses, estos judíos, astutos y hábiles que nos conquistan y sojuzgan con su gran genio comercial, donde quiera que vayan dominarán por el monopolio de la riqueza. No es aquí no más que esto ocurre, Martín. Por fortuna son gentes que no echan raíces definitivas, que no adoptan de corazón una nueva patria porque se lo impide la sangre y el secreto vínculo de la raza.

—Pero hay qué hacer algo para defendernos, antes de que nos echen de nuestra propia casa.

—Usted exagera, amigo mío. Recarga con demasiadas sombras el cuadro.

—¿No sabe usted entonces que algunos de esos hombres están adquiriendo considerables extensiones de tierra?

–Lo hacen, no para vincularse a ella, sino como un aspecto de sus negocios. El judío será siempre comerciante o banquero, jamás agricultor. ¿Qué puede importarle a él tierra que no es la suya? Pero perdone usted, Martín; se ha hecho tarde, y debo marcharme ya. Espero que su información no resultará muy fantástica.

Se levantó, dio buena propina a la cafetera, y saliendo a la calle echó a andar despacio bajo el atardecer luminoso. Enjambres de alegres muchachos se dispersaban por la ciudad pregonando periódicos de última hora. La gente se apresuraba por llegar a sus casas, ávida de descanso y paz. Mientras caminaba, Reinaldo había vuelto a pensar en la mujer que llenaba su vida, sus sueños de inconforme amor y su pobre y confiada esperanza.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

III

Colocado frente al espejo, en su modesto cuarto de soltero, “Tunjito”, cuyo nombre de pila era Pedro Vico, se acicalaba minuciosamente. Cada día, de manera infalible, con la precisión de la salida del sol, ejecutaba la misma concienzuda tarea. Y lo hacía invariablemente encantado, feliz de vivir, silbando aires de moda, sin enfadarse con la corbata, pensando en cosas agradables, que lo hacían sonreír, en la personita graciosa de Felisa Cobo, la criada de confianza de Julia, por ejemplo; o en las películas de esa noche, pues era cinémano apasionado; o en cualquier asunto frívolo, amable y divertido, ya que la existencia era para él, hombre joven y sin familia, simple deporte placentero.

El cuarto tenía disposición pintoresca. Muebles sencillos. Angosto catre de estudiante en uno de los ángulos. El lujo mayor consistía en el tocador, detalle fundamental psicológico inapreciable. Sobre las paredes, empapeladas de color claro, se agrupaban en galante mosaico fotografías de artistas de cine, mujeres en su mayoría.

Ondas de luz tibia y suave entraban por la abierta ventana cubierta por ligero *stor*. Afuera, en la calle, aturdían los ruidos peculiares de la circulación: roncos claxones, gritos de pregoneros, conversaciones truncas de transeúntes que van de prisa. Un radio empezó a sonar a todo volumen.

Al amanecer, tempranísimo, “Tunjito” se levantó, dispuesto a aprovechar bien la mañana. Se puso el overol azul, para ir al garaje. Revisó cuidadosamente el motor, examinó bien los depósitos, se cercioró del funcionamiento correcto de los frenos. Al terminar, el carro brillaba como cristal, limpio y bruñido.

Ahora estaba allí, en la intimidad de su vivienda preparándose para el servicio cotidiano. Flamante *flux* de lanilla, de alegre pinta, le ceñía el cuerpo pequeño y ágil. La corbata era llamativa, el calzado de vivos tonos combinados. Sobre el tocador había frascos de lociones, polvos, cosméticos. Se peinó cuidadosamente con brillantina, perfumó el pañuelo del pecho, volvió a acomodarse la corbata. Finalmente, fue a situarse por última vez frente al espejo del armario, para examinar el conjunto. Quedó satisfecho.

Diez minutos después, el automóvil, estacionado en la puerta, arrancaba con brío, camino de la residencia de Montejo. Felisa bajó a abrir la cancela.

–Buenos días, Tunjito –saludó con sonrisa maliciosa–. ¿Cómo está? Pero sí que viene emperifollado. ¿Es que se casa?

Pedro la contempló con hondo arrobamiento. Pequeño delantal blanco con bordes de encajes se estrechaba en torno de la cintura y sobre el busto apretado y tenso. Tenía las piernas desnudas, blancas y carnosas, y los pies metidos en oscuras sandalias.

–Salvo que sea con usted, mi vida...

–¡Vaya, hombre, no sea guasón! Con la elegancia que se gasta, la novia tiene qué ser muy otra. ¿Quiere que le ayude a conseguirla?

–No se moleste, mi lucero. Permanezca quietecita no más, y verá que juntito de usted la tiene.

Simulando curiosidad, Felisa miró vivamente a lado y lado, como buscando a la aludida. Al volverse hacia la derecha vio a una pobre mujer de pie, vieja y haraposa, y de cara desagradable, que acababa de detenerse allí casualmente. La muchacha no pudo contener la risa espontánea.

–¡Una, limosnita, por Dios! –imploró la vieja tendiendo la diestra escuálida, como si nada tuviese qué ver con ella tan imprevista hilaridad.

–¿No ha oído, Tunjito? –exclamó Felisa con picardía, repuesta ya de su regocijo burlón–. Le piden una caridad.

Vico sacó de mala gana una moneda, y se la tendió. La mendiga continuó su marcha, dando gracias y bendiciones. Cuando estuvo lejos, aquél se puso a renegar entre dientes.

–¡Ah vieja impertinente y fatal! ¡Ah costal andante de mugre! ¿De dónde brotó a tan mala hora semejante espantajo?

En seguida repuso con gravedad:

–Misiá Julia debe estar esperando. Avísele, que estoy aquí, a sus órdenes. ¿Quiere, mi reina?

Al cabo de un rato apareció la señora. Fina risa se dibujó en sus labios al ver el empaque del chofer. Llevaba vestido gris, de seda tupida, y fresco ramo de lilas sobre el escote.

–¿A dónde, misiá Julia?

–Lléveme a casa de mamá.

Recorrieron calles muy concurridas. Gente toda calidad llenaban las estrechas aceras. Los comercios abiertos mostraban sus brillantes vitrinas colmadas de artículos atrayentes. Un vaho de sol, de polvo, de actividad jadeante, se levantaba donde quiera. “Tunjito”, hecho otro Argos, la pequeña mano prendida del volante, sorteaba con habilidad los encuentros con otros vehículos, impacientándose ante los semáforos, evitando con bruscos golpes de timón el aplastamiento de la vieja imprudente o del muchacho torpe que se atravesaban de improviso en la vía. Como enormes barcos de tierra pasaban los camiones ruidosos atestados de mercancías; los grandes y pintados buses, con sus pasajes alegres de mujeres; los carromatos de carga burda, tirados por caballerías escuálidas; las motocicletas estridentes; averiados coches anacrónicos...

Ante una casona colonial detuvieron la marcha. Su vieja estructura arquitectónica contrastaba curiosamente con las edificaciones vecinas

de estilos modernísimos, dando viva impresión de tenaz supervivencia y de reto del pasado al presente. Muros espesos, gastados sillares de piedra, herrumbrosas rejas voladizas. Pero si afuera triunfaba la pátina de los años, el interior sí había sufrido transformaciones substanciales. Al jalbegue tradicional de las paredes lo sustituían calciminas cromáticas y rayados papeles de colgadura. El salón tenía artesonados nuevos. Los muebles eran en su mayoría de reciente factura, pero conservaban el viejo estilo. Parecían una reconstrucción. En las paredes había muchos retratos, algunos con crespones de luto; sobre ricas consolas, en los rincones, cornucopias románticas; pesados cortinajes de desvaídos tonos en los altos dinteles. Pendientes de los techos, complicadas arañas, con sus apagadas bujías de colores, eran como un éxtasis de cristales.

Dando mayor impresión de señorío, espesas e historiadas alfombras apaciguaban el ruido de las pisadas. Los aposentos eran vastos; los corredores amplios, con pisos en que el mosaico substituyó al rutinario ladrillo; los patios sombríos, empedrados de laja fina.

Julia traspuso el espacioso portón, encaminándose directamente a las habitaciones de su madre. La encontró vestida de negro, cual si nevara luto. Oscura bufanda de lana le cubría el cuello adiposo. Junto al sillón de cuero en que descansaba, con los hinchados pies puestos sobre un puf, se veía la familiar mesita de ruedas con una taza, la botellita de ron y el calentador.

—¿Estás indispuesta, mamá? ¿Por qué no me avisaste?

—No era como para molestarte, hija —respondió la dama con voz constipada—. Preludio de gripa nada más. Siéntate allí. ¿Qué hay por tu casa?

—Todo lo mismo, como siempre.

—¿Y Reinaldo?

Julia se quedó un momento pensativa. Paseó la mirada por la estancia, deteniéndola brevemente sobre una imagen que alumbraba roja lamparilla de aceite. Después la fijó sobre el retrato de un militar, colocado sobre el testero.

–¿Mi marido? –exclamó al fin–. Como el primer día, el pobre. Preocupado a todas horas por mí, y siempre atento a complacerme.

–Dichosa tú. ¡Cuán pocas mujeres pueden decir lo mismo!

Doña Mercedes hizo una pausa. Luego agregó:

–¡Cómo transcurre el tiempo! Llevas ya cinco años de casada, ¿no?... Sí, eso es. Recuerdo perfectamente el día de la ceremonia. Fue un matrimonio muy sonado, que le dio lustre a la familia, y en el que se gastó un dineral. Lo único que faltó fue la presencia del Coronel.

Miró hacia el retrato del militar, inflando el pecho con ruidoso suspiro.

–¡Diez años! ¡Cómo pasa la vida! Hace diez años que se fue.

Doña Mercedes Urquijo lloraba todavía a su marido, el valeroso Coronel Calixto Fernández, héroe de la guerra civil. Se ponía patética con su recuerdo. Julia la miró compasivamente.

–¡Ojalá te dure cien años tu Reinaldo! –exclamó la dama entre gemidos y carraspeos.

Se tomó una copita de ron, entibiada en el calentador, sintiéndose más aliviada.

–No bebas tanto ron, mamá –advirtió Julia–; se te irritará la garganta.

–Pero ¿qué quieres, hija? No hay otra cosa que tomar para estas dolencias. Antes, siquiera había el “amor caleño”, y ese “pizco peruano” tan virtuoso que no se volvió a ver por aquí. Ni humildes mistelas si se encuentran ya.

–¿No te sienta bien el coñac?

–¡Coñac, coñac! No me hables de coñaques, ni de esos wisques gringos que tanto usan ahora.

–Pues toma té con limón, entonces.

–Otro menjurje. ¿Imaginas que todo remedio ha de ser necesariamente vomitivo o purgante?

–Lo acompañarás con pastas o pastelillos.

–Déjate de reposterías, hija, que tu madre es del tiempo de las monjitas. Ustedes, las gentes de ahora, sigan las modas y atibórrense

de coladas y aguas insípidas. Yo seguiré paladeando hasta que Dios me llame a su seno, mi chocolate con azúcar y especias. Eso sí es alimento. Alimento para el cuerpo y para el espíritu.

Sorbió otra copita de ron, emitiendo leve chasquido.

—Oye mamá —dijo Julia—: quería hablarte de asuntos de caridad. Como bien lo sabes, estamos metidas las de la Asociación en el compromiso de construcción de un asilo.

—¿Y qué te ocurre, hija?

—Necesitamos muchos fondos para adelantar obra, y se nos agotaron los recursos.

—Pues levanten otra contribución.

—De eso se trata. La última vez hiciste la donación más valiosa, que fue muy comentada. Muchas han ayudado y ayudarán. Yo he dado apreciables sumas de mis propios fondos.

—A propósito: ¿sigues con el capricho de no pedirle dinero a tu marido, para fines piadosos? Me parece que la beneficencia le obliga a él también por más que sea no practicante.

—Como la mayoría de los hombres. Pero no hables de eso. Quiero hacer caridad con lo mío, no con lo suyo.

—Con lo tuyo y con lo de tu madre.

—Es muy diferente.

—No estamos de acuerdo, hija. Pero aunque estuviéramos... Esta vez creo que no ayudaré en nada. He tenido gastos cuantiosos. Además...

—¿Qué?

—Pepe me tiene loca con sus demandas de dinero.

Como Julia callara, doña Mercedes continuó:

—Ese mozo es un manirroto. No hace sino gastar sin medida. Y entiendo que no sólo paga lo que consume, sino que sufraga también el gasto de sus amigos, que no son pocos.

—Y que le durarán lo que le dure el dinero.

—No digo que Pepe no gaste; para eso es rico y estoy yo aquí. Los amigos son necesarios. Es bueno que la juventud se divierta. Pero

con tino, hija, con tino.

–¿Y dónde está ahora?

–No lo sé a ciencia cierta. Como nunca avisa para dónde se va... Con seguridad que anda con los gringuitos Literfil, hermanos de las tenista aquellas tan amigas de Carmen. Estarán en el Deportivo o en el Campestre.

–No he visto estos días a Carmen.

–De un momento a otro llegará. Si no está donde Doloritas, andará por el taller de Dalia. Quería encargarme un traje.

A poco llegó, efectivamente. Venía jubilosa, irradiando salud y vitalidad. Honda alegría de vivir vibraba en toda su persona. Alegría jocunda, contagiosa, hecha de risas, de movilidad impetuosa, de frívolas preocupaciones del momento.

Carmen Fernández Urquijo no parecía hermana de Julia. Su tipo era bien distinto, casi antagónico. Acababa de cumplir dieciocho años. Su piel morena, de nacarados tonos de concha, tenía aspectos de fruta; piel de manzanas en sazón, de afelpados duraznos, de fresas pálidas. Tal como venía de la calle, agitada y encendida, se había dorado con el sol y con el luminoso beso del aire.

El cuerpo de espiga, de mediana talla, se movía inquieto y airoso bajo el ceñido vestido de gasas.

La media velada, el pequeño calzado de color, el sombrerito caprichoso ladeado sobre los crespos de “permanente” le daban aspecto tan frágil y encantadoramente pueril, que era imposible no sentir simpatía y fuerte atracción.

–¿Qué tal, Julia? –saludó besándola y empezó a hablar, locuaz:

–Adivinen de dónde vengo. Pues fuimos de excursión con las Arellanos y las monas Literfil. Fue un paseo delicioso con tiempo único, que ni pedido en encargo. Hubieran visto qué carrera por el camino como si tuviéramos alas.

–Te he dicho, Carmen –la interrumpió sobresaltada doña Mercedes– que no anden a tanta velocidad. ¡Jesús! Cualquier día de estos nos ocasiona un buen susto.

–Íbamos en el auto de las Arellanos –continúa la joven sin que hiciera caso de tales admoniciones–; a ratos, manejando yo a ratos una cualquiera de ellas. Sólo tuvimos un pequeño percance: la desinflada de una llanta. Pero Jaime Arellanos, que nos acompañaba, la arregló en un momento.

–¿Y a dónde fueron? –inquirió Julia.

–A la hacienda que acaba de comprar el papá de las Literfil. No es muy lejos yendo de prisa. La están reformando al estilo de la tierra de ellas, dicen que le pondrán muchas comodidades.

–Sí, sí, ya lo veo –exclamó doña Mercedes tomándose otra copita de ron–. Le pondrán teléfono, radio, pararrayos, piscina, y una muestra con nombre estrambótico, de difícil pronunciación. ¡Qué jerigonza!

–Bueno –volvió a decir Carmen en seguida–: antes de salir pasé por donde Doloritas, a ver cómo seguía de la novedad. ¿Te acuerdas, mamá, que ayer que estuvo aquí por la tarde, se quejó de un dolor en no sé que parte?

–En las ijadas, hija. .. Mal de ijada.

–Eso es. Pues esta mañana amaneció como si tal cosa, a juzgar como la encontré.

–Mejoraría, gracias a Dios.

–Yo pensé hallarla en cama, poniéndose paños. ¡Quién dijo tal cosa! Al entrar; por poco me atropella, según la prisa con qué salía, de saya nueva y de rebozo de seda, y con devocionario enchapado. ¿A dónde se va, tía Doloritas, tan temprano que es? –le pregunté admirada–. ¿No estaba, pues, tan mala? Cómo no, Carmucha –me contestó–; pero recordé que hoy es la Porciúncula, y no podía perderme de eso. ¿Qué diría el Padre Gálvez si notase mi ausencia? ¡Una hija de San Francisco que es casi la decana de la cofradía! ¡Uy! Y se santiguó.

–¡La pobre es tan piadosa! ¿Y al taller de Dalia no fuiste? ¿Le encargaste el vestido?

–Estuve un instante nada más. Esa Dalia es tan ocupada, y se da tales ínfulas...

Julia sonrió, disculpadora.

–Cierto. Dalia es muy ocupada. No te resientas con ella. Tiene tanta clientela y tantos negocios que atender.

–Cuando llegué –volvió a decir Carmen con volubilidad– la sala de recibo parecía teatro en noche de gala. ¡Qué cantidad de señoras, y qué barullo! Todas hablaban al mismo tiempo, y las oficiales corrían para acá y para allá, enseñando trajes, kimonos, sombreros, combinaciones preciosas; bolsos. Había momentos en que las señoras se confundían con los maniquís.

Madre e hijas rompieron a reír.

A poco entró la criada mulata. Soberbio ejemplar mestizo, de formas opulentas. Se había detenido en el umbral, contrayendo los párpados, cual necesitase acostumbrar a aquella penumbra suave las oscuras pupilas dilatadas por la luz exterior. Una de sus manos asía largo paquete, mientras con la otra mostraba un ramo de orquídeas y una cajita atada con cintas.

–Este... éste lo trajo el muchacho de las señoritas Litelfi –dijo la bella zamba enseñando doble hilera de dientes blancos y brillantes, por entre los que asomaba la punta roja de la lengua como culebrilla de púrpura.

–Ah, es mi raqueta que dejé olvidada en la cancha –exclamó Carmen.

–Y éste... éste me lo entregó un cartero, de parte del doctor Luís Felipe –concluyó la criada.

–¿Dijo para quién es? –inquirió Julia.

–Para la niña Carmen.

–Mira a ver qué te manda –insinuó Julia dirigiéndose a ésta, que se había puesto roja de improviso.

–Pero si ya lo veo: orquídeas.

–Viene también una cajita.

Carmen la abrió con displicencia. Era un lindo estuche de plata lleno de dulces. Extrajo meticulosamente con dos dedos una de aquellas golosinas, y la colocó entre los labios.

–¡Qué finos bombones! –Comentó, frívola–; huelen a canela y

tienen sabor de durazno.

Cuando Julia bajó, para regresar, Pedro Vico, el chofer, se había fumado un paquete entero de cigarrillos. Sobre el andén, dispersas al azar, se veía la hecatombe de las colillas. Estaba muy despabilado.

—¿Y ahora, misiá Julia, a dónde?

—A casa de la señora de Campbell. Vamos de prisa.

Mientras avanzaban, Tunjito evocó la original figura de aquella mujer de cabellos rubios y ojos claros, tan lozana y fresca, no obstante que ya no era joven. No le desagradó el itinerario; hasta pensó que pudiera haber imprevista propina. Esa gente era generosa, y sabía traducir en buenas dádivas su gratitud por cualquier pequeño servicio.

Los esposos Campbell vivían en un barrio que estaban urbanizando. Al final de larga avenida sembrada de acacias se levantaba la graciosa quinta, con su garaje hacia la derecha. Era de construcción sobria, llena de flores y con mucho confort.

Cuando se detuvo el vehículo, el gran perro lobo ladró tras de la cancela. Sus ojos brillantes miraron a los recién llegados con agresividad manifiesta.

Una voz se oyó en el fondo de la casa.

—¡Cállese, Milton! ¡Silencio! ¡Venga pronto!

Al reconocer a la visitante, de pie ya en el andén, *mistress* Catherine sonrió, y se puso a decir mientras acudía a franquearle la entrada:

—Ah, es usted, misiá Julia. Cuánto me gusta verla. Como viene poquito, este animal, de perro, quiere recibirla bien. No la tiene presente.

Advirtiendo al chofer agregó festiva:

—¿Y cómo está el señor Tunjito?

—Bien misiá Catalina; para servirle.

La dueña precedió a Julia hasta el *hall*. Sobre el velador había pipas, picadura rubia, y una pequeña fuente de soda. En los sofás revistas y periódicos en inglés.

—No voy a demorarme mucho —advirtió Julia—, porque es un poco tarde. Esta no es visita social, sino visita de... negocios.

—¿Entonces es para mi esposo?

–En parte era para él; pero veo que no está.

–Entonces me tocará a mí toda. Louis me telefoneó hace media hora de no poder venir temprano a la casa. Las negocias no quieren dejarle tiempo bastante.

–¿Otra nueva empresa quizá?

–Ahora anda detrás de una cuestión de minas. ¿Cómo piensa usted que va hacerlo con tanta cosa en la cabeza? La negocia de la urbanización no más lo tiene que ni comida, ni dormida, ni nada. Casas por aquí, casas por allá, y señores que va y viene.

–Míster Campbell es hombre de mucho empuje. Lo que llaman hombre dinámico. Toda obra de progreso o de humanidad halla en él voz de aliento y apoyo efectivo... Bien; como no he de verlo en esta ocasión, usted, *misís* Campbell, habrá de ser la que nos ayude. Vengo en nombre de la Asociación de Damas que adelanta la construcción de un gran asilo para la infancia en desamparo.

–¿Y cómo podría ayudar?

–Con lo que usted crea conveniente, como cosa suya especial. Lo que mayormente nos interesa es que ejerza su influencia para que míster Campbell nos haga una donación de importancia. ¿Me lo promete usted?

–Le hablaré a mi esposo esta noche.

–Así lo esperaba, y gracias en nombre de todas. Ahora, adiós. Confío en que la veré pronto sin prisa.

Por el camino iba pensando Julia, cumplida aquella comisión, en los sacrificios y luchas que implica la ardua labor social de la beneficencia. ¡Cuántos bellos propósitos, y cuán difíciles realizaciones! Verdad es que ahora hay lo que llaman asistencia pública; pero, ¿podrían nunca el Estado, o el Municipio, cumplir y llevar a cabo tan tremenda misión, tan costoso empeño? Como visión triste y doliente, pasó por su imaginación el desfile patético de las miserias de la urbe: la pobreza que se esconde atribulada y avergonzada, la aflicción de la gente sin techo, el hambre de los inválidos, el abandono de los huérfanos, la desocupación, la enfermedad, el crimen... ¡Qué interminable y horri-

ble marcha de lacras, de desnudeces, de averías físicas y morales! Su corazón se angustiaba ante imposibilidad de remediar en su plenitud tantos males, porque son tantas las necesidades y porque los fondos benéficos, a pesar de su apreciable cuantía, resultan siempre pobres y escasos. Si hubiera tenido millones... Ciertamente que la ciudad contaba con no pocas instituciones caritativas. San Vicente de Paúl, la Cruz Roja Civil, el Club Noel y su Gota de Leche, Sociedades privadas de auxilio... Ciertamente también que había hospitales, asilos, orfanatos, reformatorios, clínicas públicas, dispensarios... Pero ¡cuánto faltaba por hacer! ¡Cuánto faltaba!

IV

El primero en llegar, a las ocho en punto, fue Fabio Castaño, el empedernido bibliómano, filatelista y coleccionista de objetos antiguos. Su magra figura se erguía con visible modestia, pero con suma dignidad, entre el traje oscuro, muy holgado, limpio y de equívoca fecha. Cierta tic nervioso le sacudía a ratos las manos y los párpados. Su frente brillante se combaba hacia atrás por efecto de la calvicie. Usaba gafas de carey, pesado reloj de plata heredado del bisabuelo y botines de cañas elásticas con tiradores.

Entró sacudiéndose con papirotazos las diminutas gotas de agua, más imaginarias que reales, asentadas sobre la americana.

—¿Se mojó, don Fabio? —Dijo Felisa con amable solicitud—. ¿Por qué no tomó un taxi?

—No es nada, hija mía. A mitad de camino empezó a lloviznar un poco. Un paramillo. Lluvia cernida, como decía un pariente mío, y que ni empapa ni refresca. Casi que digo que fue más bien una especie de rocío.

—La verdad es que yo no había sentido llover

—Le digo que no fue nada. Un polvillo de agua.

Pero Castaño, como si no creyese en lo que decía, continuaba espantando con enérgicos papirotazos las inexistentes perlas acuosas.

—Siga, pues —invitó la criada, viendo que no se movía del sitio—. Déme el sombrero.

Castaño, que permanecía cubierto, se quitó la prenda nombrada, y, distraídamente, le tendió un legajo de papeles que llevaba en la otra mano.

–Los papeles no, don Fabio; el sombrero.

–Ah, perdone... ¿Llego a la hora precisa?

–A la hora precisa. Usted es el más cumplido.

–Hay qué ser exactos en todo –sentenció mientras se dirigía al salón, con su paquete bajo el brazo.

Reinaldo y su mujer esperaban, hablando de cosas banales. Todas las lámparas estaban encendidas. Se trataba de una comida de confianza, con amigos íntimos. Media docena de amigos que gozaban en la casa de especiales prerrogativas.

–¿Qué trae usted allí, Fabio?

–Documentos curiosos. Me garantizan que son auténticos. Ya lo veremos. Les aplicaré inexorablemente la lupa de la crítica.

–¿Y a qué se refieren?

–A un prócer de la Independencia.

Castaño se frotó las manos, y contó:

–Ahora estoy arreglando el árbol genealógico de los Villapardos. Como ustedes habrán oído decir es familia muy vieja y muy frondosa. Casi una tribu bíblica. La última rama es el matrimonio Cancino–Villapardo, que tiene diez hijos y numerosa parentela. Villapardo descende, por línea paterna, de los Urbina Pérez, con entronques colaterales con los Noriegas Piedrahítas y Márquez. En cuanto a la línea materna, son consanguíneos y afines con los Agramontes Velásquez y los Jiménez Nietos. La bisabuela de los Agramontes, que casó con un extranjero, fue mujer de mucha belleza y de grandes virtudes.

–¡Menuda labor se ha echado encima! –exclamó Julia.

Anunciaron nuevo invitado.

–¡El doctor Ramírez!

Un hombre alto, de gran corpulencia, canoso, entró en el salón. Vestía con cierta elegancia despreocupada. Sobre la nariz gruesa, aguileña, brillaban finos anteojos engastados en oro. Cojeaba un

poco. Su mirada era viva, penetrante, imperiosa como su voz. Debía de tener cincuenta años bien vividos.

Celso Ramírez era el decano en la administración judicial. Cuatro lustros llevaba ejerciendo la magistratura. Su fama de consumado jurista y de juez imparcial era proverbial.

—¿Cómo está el señor magistrado?

—¡Vaya! —exclamó inclinándose ceremoniosamente—; lo primero es saber cómo está la salud de la dueña de la casa. Y esto, aunque parezca pleonasma preguntarlo, es de suma importancia.

—¿Pleonasma por qué, doctor Ramírez? —inquirió Julia.

—Porque es tanto como preguntar si está encendida la esplendente luz de esa lámpara.

—Me tranquiliza su opinión.

—Pues cuente con ella a perpetuidad.

El magistrado anotó enseguida:

—Como que nos hemos anticipado...

—Alguien ha de llegar necesariamente el primero. Son más de las ocho. Supongo que no tardarán lo otros invitados —explicó Julia.

Afuera, en los pasillos, se oyó rumor de voces excitadas, que se apagaron de repente. Pasos que se aproximaban. El cortinaje de la puerta se movió bruscamente apartado por una mano blanca, cuajada de rutilantes gemas.

Seguida por su marido, el médico Agustín Cárdenas, una mujer de inquietante belleza y pálido rostro irrumpió en el salón, deteniéndose un momento indecisa. Por sus movimientos y su expresión, se adivinaba que la poseía aún transitorio arrebató.

Julia se levantó al punto, a recibirla. La besó en la mejilla, ligeramente demacrada. Luego tendió su diestra, sonriendo, al médico Cárdenas.

Tras de corto silencio, la conversación, se reanudó. Maruja de Cárdenas se había colocado entre Reinaldo y Fabio Castaño y la intensa luz de una lámpara le bañaba de lleno la graciosa cabeza. No había cumplido aún treinta y dos años, pero sombras de cansancio y hastío

la hacían parecer algo mayor. Los ojos eran impresionantes. Tenues y azulinas ojeras formaban halos en torno de ellos.

–¿Ya estamos todos? –Preguntó Cárdenas mirando de soslayo a su mujer–. Lo pregunto porque me interesa saber qué cóctel ha inventado hoy Julia.

Maruja se movió en su asiento, nerviosa.

–No falta más que el doctor Marcos Andrade.

En cuanto al cóctel, espero darle sorpresas, Agustín. Tengo fórmulas nuevas, ante las que fracasarán sus análisis químicos.

–Investigaré por intuición.

El último convidado entró al fin, causando cierta sensación entre los concurrentes. Marcos Andrade, abogado de grandes actividades, tenía personalidad sorprendente. Cabeza vigorosa, de pelo áspero y corto, sobre cuerpo mediano y fornido, daba la impresión de la fuerza. En los grandes ojos inteligentes, tenuemente saltados, amarilleaba un poco la córnea. Cuando sonreía, enseñando blanquísima dentadura, la boca carnosa, de labios gruesos y oscuros, se dilataba de oreja a oreja.

Hacía vivo contraste su tipo de mestizo con las otras personas allí reunidas. Cierta afectación en el vestido delataba una preocupación elegante, lo mismo que el minucioso cuidado de las uñas.

Avanzó con mucho aplomo y perfecta seguridad, llevando todavía en las manos el sombrero de paja liviana y el grueso bastón con puño de plata.

La criada venía detrás, expectante.

–Feli –exclamó Julia–: recíbele al doctor Andrade el bastón y el sombrero.

El aludido se desprendió de tales adminículos, pareciendo, al hacer solemne entrega del bastón, que renunciaba a algún atributo.

Después habló, con voz sonora y fuerte, de campanudas vibraciones.

–¿Me hice esperar? Disculpen. Soy hombre tan ocupado. El tiempo no alcanza para nada. Pero piensen ustedes: la profesión... la política... los compromisos de toda índole...

Reparando súbito en la presencia del magistrado, exclamó con tono más apaciguado:

—¡Hola, querido e ilustre doctor Ramírez! Cuánto me gusta hallarlo aquí esta noche. Como siempre, como en todas partes. Espero que pasemos horas muy agradables.

—¡Ya lo creo, mi querido doctor Andrade!

Trajeron los cócteles, con acompañamiento de *sandwichs* hechos con caviar. Al tomar su copa, Maruja de Cárdenas la puso al trasluz para contemplar su contenido con morosidad voluptuosa. El médico la paladeó, cerrando los ojos.

Trasegándolo de un sorbo, con ademán contundente y rápido, Andrade se dirigió a Fabio Castaño, que permanecía silencioso.

—¡Caramba! Pero si aquí está nuestro ilustre filatelista. No había reparado. Le anuncio que por allí le tengo estampillas rarísimas. Luego le contaré cómo me hice de ellas.

—Mañana mismo iré a buscarlas—respondió Castaño con repentino interés.

Media hora después se hallaban en el comedor, en torno de la mesa sabiamente dispuesta. Tres criadas atendían a los menesteres. Mientras Julia, con gracioso gesto sacerdotal, daba órdenes y hacía preguntas amables a sus convidados, preocupada de complacerles, el magistrado Ramírez seguía con devoción casi religiosa los movimientos de las viandas. A Maruja Cárdenas le interesaban sólo los vinos.

—Está exquisito este solomillo—opinó el magistrado con entusiasmo—. Usted, doctor Cárdenas, ¿sigue siendo vegetariano? ¿No lo ha vuelto a tentar el tercer enemigo del alma?

—La carne es mortal... y mortífera—declaró el médico con su tono de habitual escepticismo—. Nunca pude explicarme por qué el hombre, mamífero constitucional, y rumiante por ciertos aspectos, acabó en triste carnívoro.

—Y algo peor—agregó Castaño—: en verdadero carnicero. Tengo la cabeza llena de historias de grandes crímenes y de bárbaras guerras. Ya no me caben en la cabeza. Ahora mismo les podría citar todas las

hecatombes que hubo desde que el mundo es mundo. Verán...

–Fabio –interrumpió Julia con seductora sonrisa–: este trocito de corvina... Está deliciosa.

Se daba cuenta la dueña, de que al erudito bibliómano y experto anticuario se le movilizaban los grandes archivos que tenía bajo el cráneo, por obra y gracia de las primeras libaciones. La cabeza de Castaño era tan fuerte para los conocimientos como débil para los licores. Nadie ignoraba la cantidad de nombres y fechas que almacenaba en las celdillas del cerebro. Su memoria era prodigiosa. Y le gustaba contar. Cuando anunció su relato de las grandes batallas históricas, Julia, comprendiendo el peligro, se apresuró a conjurarlo en el acto. Andrade acudió en su ayuda.

–Se habla, doctor Montejo, de una negociación...

–¿Se refiere a lo que publicaron los periódicos?

Ustedes tendrían, por supuesto, la oportunidad de admirar una vez más la fantasía y la imaginación de los reporteros.

–Que son evidentemente fastuosas –dijo el magistrado–. Recuerdo que en alguna ocasión se presentó a mi despacho un sujeto de esos, a interrogarme. Quería declaraciones, según dicen en su léxico periodístico, y no hubo más remedio que hablar. Hablar hasta donde lo permitía la discreción. ¿Pues saben con la que resultó? Al siguiente día aparecieron en el periódico las tales declaraciones, pero no las que yo le hice sino las que el reportero inventó y aderezó a su amaño y conveniencia. Fue así como el doctor Ramírez, Magistrado del Tribunal Superior, de la Sala Civil, apareció diciendo cosas que ni siquiera había soñado. Y tuve que ponerme en trabajos de aclarar y rectificar.

–El reportero sabe, por instinto o por intuición, –afirmó Andrade– lo que el público necesita: sensación, truculencias.

–El público –opinó Cárdenas– aquí, como en todas partes, es caso patológico colectivo. Siempre me pareció que es como esos enfermos del apetito, que exigen condimentos fuertes y excitantes artificiales.

–Especie de Pantagruel invertido –anotó Reinaldo.

–Pero una cosa es la hipérbole y otra la tergiversación –volvió a

decir el magistrado—. La exageración es disculpable, y muy de los trópicos; no hay qué confundirla con la impostura.

—De ese Pantagruel —refirió Castaño como si saliera de un sueño— tengo una reversión muy curiosa que le compré a cierto viajero urgido de fondos. El libro es interesantísimo, y la edición incunable auténtica.

Maruja de Cárdenas pidió agua con hielo a una de las criadas. La bebió lentamente. Luego pidió otra copa.

—Hace calor —se quejó—; no sé por qué tengo tanta sed esta noche.

Andrade comenzó a declamar, enfático:

*Viajero sitibundo que vas por el camino
mientras tu sueño finge cercana la cisterna. . . .*

Cárdenas lo interrumpió con voz grave y doctoral para rematar la estrofa arbitrariamente:

*Sólo el amor, brebaje mirífico y divino,
podrá calmar la angustia de nuestra sed eterna.*

Estallaron todos en risa. La de Andrade fue una detonación prolongada, que hizo temblar la cristalería. Pasado el jovial chubasco, el mismo Andrade se apresuró a comentar:

—¡Brebaje mirífico el amor! Pero eso sólo se le ocurre a un médico materialista.

—¡Vaya! —Exclamó el magistrado—: tras de la paradoja el pleonismo.

—¿Quieren regresar al salón? —propuso Julia enseguida—. Allá les llevarán el café.

Se levantaron. Optimistas, eupépsicos. El magistrado parecía olvidar su cojera. Fabio Castaño, con las piernas no muy seguras, se afirmaba nerviosamente sobre la nariz los lentes de carey. A continuación anunciaron, ya en el salón, una visita inesperada.

—Un señor que dice llamarse Serafín Agudelo, pregunta por la señora.

—¿Serafín Agudelo? —repitió Julia—. Ah, ya recuerdo. Hágalo

seguir.

Mientras lo introducían, explicó rápidamente:

–Es un guitarrista de la tierra. Me lo presentaron cierta tarde, en un té. Interesante sujeto. Vale la pena oírlo.

El visitante entró, saludando ceremoniosamente. Tenía estampa romántica: cabellos largos, peinado hacia atrás; traje negro, con cha-lina del mismo color; manos finas y largas.

–Le prometí venir, doña Julia, a tocar un rato para usted y aquí estoy. Pero, ¿no soy importuno?

–De ninguna manera. Mis amigos, aquí presentes, lo escucharán también con gran complacencia.

Maruja de Cárdenas miró al músico con profunda atención. Con seguridad –pensó– es artista que comienza, y busca protección efectiva. No pudo buscarla mejor, ciertamente.

Agudelo salió al pasillo, regresando en seguida con la guitarra; instrumento reluciente, taraceado de plata, nácares y marfiles, y con la cito de seda en el clavijero.

Entre un hondo silencio, bajo los dedos del guitarrista, gimieron largamente las cuerdas. Pronto, el más extraño hechizo pareció llenar el amplio salón. Afuera, la plácida noche se estremecía de murmullos, de suspiros, de aletazos tenues de brisa... Julia tenía razón. Aquel no era, en verdad, un tocador vulgar. Podía no tener escuela, ni técnica, pero demostraba extraordinaria intuición, sentido maravilloso del arte. Heridos por su mano de taumaturgo, bordones y primas parecían tener voces humanas, ser cosas vivas que gritasen y se retorcieran bajo el dolor de la tortura. La guitarra es instrumento esencialmente triste. Nada interpreta mejor la pena, la nostalgia, la soledad del alma sobrecogida. Nada traduce con más elocuencia el sentimiento indefinible que anega el corazón, cuando la pasión lo sacude, cuando el recuerdo lo adormece, cuando los anhelos lo exaltan.

Serafín Agudelo hizo breve pausa; estudiada pausa musical. Luego reanudó el sortilegio. En torno de él, profundo mutismo parecía puntuar la invisible estela de notas. Maruja Cárdenas, con la cabeza

tirada hacia atrás contra el espaldar del sillón, atendía con los párpados caídos lánguidamente. Marcos Andrade llevaba el compás con los pies. Entretanto el doctor Ramírez, que comió concienzudamente, armonizaba su somnolencia con el aparente interés artístico.

—¡Qué! ¿Se marcha ya? —exclamó Julia saliendo de su éxtasis al ver que Agudelo se levantaba.

—Es algo tarde, señora; pero cuando usted quiera, volveré.

—Claro que ha de volver —asintió Julia vivamente—. Usted tiene gran porvenir. Si mi esposo y yo podemos servirle en cualquier cosa...

Cuando Agudelo se marchó, seguido por los espontáneos aplausos, el médico Cárdenas apuntó escéptico:

—Ojalá se cumpla su generoso vaticinio, Julia. No se puede negar que allí hay material para un artista. La cuestión está en que el ambiente no lo asesine.

—El medio es hostil, sin duda, o indiferente, o indolente, ¡qué sé yo! para lo que no representa utilidad inmediata o negocio a la vista

—convino Julia—. Sin embargo... en ocasiones me parece que hay exageración, o puntos de vista falsos, en semejante modo de apreciar los hechos. Quiero creer sinceramente que no es espíritu lo que nos falta. Cuando oigo afirmar que nuestra ciudad es simple sede de negociantes, enorme comercio, o gran factoría, comprendo que se trata de la opinión de quienes sólo ven las cosas por fuera, sin análisis ni raciocinio.

—No sé a quién —intervino Andrade— le oí decir cierta vez que ésta jamás sería una ciudad universitaria.

—Porque no todo el mundo es Popayán —sentenció el magistrado con el refrán del vulgo.

—Ni resultan bien universidades en tierras cálidas —agregó Reinaldo—. En cambio, no hay duda de que prosperarían escuelas industriales, institutos de alto comercio, centros de investigaciones prácticas y útiles. También, ¿por qué no? las bellas artes.

—Pues volvamos a nuestro músico —dijo Andrade.

—No olviden ustedes —recordó Castaño— esas nobles ciencias de

la bibliografía, la arqueología y la filatelia. Ciencias modestas, es verdad, pero dignas de tenerse en cuenta.

—¿Decía usted, Julia...? —inquirió el magistrado.

—Que es pura superstición, o prejuicio, el prosaico materialismo que le atribuyen a esta tierra. No hay tales fenicios, ni tales comerciantes de Tiro. Aquí la gente vive bien, trabaja con entusiasmo, y se divierte. Pero bajo esa capa de aparente frivolidad está el alma. Alma siempre dispuesta para todo: para la risa y para el sacrificio, para la lucha y para el placer, para los fútiles empeños y para las grandes empresas... Volviendo a nuestro amigo el señor Agudelo, insisto en creer que triunfará porque tiene talento.

—Si se va al exterior es muy posible —convino Cárdenas—. Allá le harán la consagración, y luego vendrá como extranjero. Se llamará místico Agudelo, tendrá aire cosmopolita, lo acompañará gran cartel ganado en otros países.

—Ahora recuerdo —contó el magistrado— que hace tres meses más o menos fue a verme a mi casa un joven de aquí no más del sur, pero vecindado en la ciudad, que quería marcharse a los Estados Unidos. Se le metió en la mollera que tenía que ser artista de cine. Yo me convencí, porque me hizo demostraciones, que lo adornaban efectivamente facultades dramáticas poco comunes. El joven me refirió que había fracasado en cuantos intentos hizo para ingresar a cualquier compañía, de esas que vienen al país subvencionadas por el Estado, y para constituir un grupo escénico con personal indígena. No pudiendo hacer más, me limité a ayudarlo para el pasaje.

—Muchos fracasan también afuera —observó Andrade.

Se escuchó sordo rumor de motores distantes, rumor golpeado y violento que fue aproximándose, que pareció gravitar un momento, invisible y tenaz, sobre las cabezas de todos, y que fue alejándose después, hasta convertirse en tenue ruido de moscardones.

—Son los aviones de El Guavito, que hacen vuelos nocturnos —explicó Julia.

A poco llegaron hasta allí las notas perdidas y trucas de una

canción de amor. Difícil hubiera sido precisar si era voz de niño, o de mujer. La tonada tenía modulaciones dulces y tiernas, casi llorosas.

—¡Qué raro es oír canciones en estos tiempos! —volvió a decir Andrade—. Así, tan naturales, espontáneas y frescas. Se diría que el cantor está solo y piensa que nadie lo escucha.

—Consecuencias de la mecánica —anotó el médico—, y de esta xenofilia morbosa que padecemos. ¿Quién va a interesarse hoy por cantares callejeros, teniendo radio en casa? ¿Y a quién emocionan ya bambucos y pasillos cuando el gusto del día impone charlestones y rumbas?

Semejantes a once palpitaciones, vibraron once campanadas metálicas.

—¿Nos vamos ya, Agustín? —insinuó Maruja.

El doctor Ramírez fue el último en despedirse. Salió despacio, acentuando deliberadamente la renquera. Julia fue a acompañarlo hasta el vestíbulo.

—¿Cómo está Carmencita? —preguntó deteniéndose, con el aire de esas personas que no tienen afán de irse, o que necesitan decir algo que han olvidado.

—Ayer la vi en casa de mamá. Está muy bien, doctor Ramírez.

El magistrado sonrió, malicioso.

—¡Admirable muchacha! No olvide, Julia, lo que tantas veces le he dicho. El doctor Marcos Andrade, sigo creyéndolo así, es un partido como pocos. Si Carmencita lo aceptara, se juntarían felizmente la belleza con el talento, la virtud nobiliaria con la energía trabajadora y fecunda. ¿No piensa usted lo mismo?

Julia respondió, reticente:

—Pienso, doctor Ramírez, que el corazón es la única ley en estas cuestiones. Carmen, y nadie más que ella, es la persona que podría contestar sin equivocarse tan peligroso interrogante.

—Tiene razón, Julia. Sin embargo, a veces hay que ayudarles a los demás a decidir su propia suerte. ¿Qué consejera mejor que usted? ¡Vaya, esperemos! No hay prisa, después de todo. Carmencita es tan

joven aún... Muy buenas noches.

–Buenas noches, doctor Ramírez.

V

En lo alto de la pequeña colina, hasta donde conduce suave declive de fácil acceso, detuvo su ruidosa marcha la alegre tropilla de jinetes. Carmen iba delante, emparejada su montura con la del mayor de los Literfield. El viento de la tarde, cargado de aromas del monte, revolvió sus cortos cabellos, libres y sueltos porque el sombrero de anchas alas, retenido apenas por el barboquejo, se le había caído hacia atrás, sobre la nuca. Metidas en estrechos briches, las piernas finas y carnosas se adherían contra los flancos del animal, mientras con la diestra enguantada agitaba nerviosamente la fusta, golpeando con ella el lustroso cuero de las polainas.

Bajo aquel occiduo sol de verano, que quemó los prados, y que suscitaba el canto metálico de las chicharras, los dieciocho años de Carmen triunfaban como himno de juventud, y su morena piel, encendida por el resistero, se doraba con tonos ardientes y fugaces. Su compañero la contemplaba en silencio, rojo el semblante por la agitación de la carrera.

—¡Qué hubo, Peter! —exclamó ella riendo—; ¿se cansó con este ensayito? Pero si apenas hemos corrido una legua. ¡Qué flojo!

—Yo no soy flojo —respondió con dignidad Literfield—; yo voy hasta el fin del mundo. ¿Quiere que hagamos repetición?

—No, no, mí querido amigo; más tarde. Prefiero contemplar desde aquí el lindo paisaje.

—¿Bonito, no? En efecto. Yo pienso lo mismo. Es muy bonito ciertamente.

—Fue una gran idea de míster Literfil comprar esta propiedad.

—Oh, sí; sin duda fue una gran idea.

Carmen lo miró, con repentino deseo de reír. Admiró su estampa fresca y cuadrada de muchacho sajón; sus ojos de aciano, cándidos y joviales; sus cabellos azafranados y un tanto ralos. Pensó que era, en verdad, jinete arrogante, como debían de serlo los *cowboys* de su tierra, como lo son los diestros vaqueros de aquí, que hacen dibujos sobre el caballo. En seguida pensó también por qué sería que esos muchachos extranjeros demostraban tal encogimiento o frialdad ante las mujeres. Porque eso es así indudablemente —se dijo con burlona convicción—; los jóvenes de afuera nunca le hablan a una de amor, los de aquí no le hablan de otra cosa.

—Vea —dijo Literfield, como si no hubiera expresado en su totalidad lo que pensaba, y necesitase descargar el cerebro—: me parece que ésta fue una buena *adquirenda*, pero no está moderna, es cosa vieja en verdad. *Father* está haciéndola mejor.

—Lo viejo tiene también su mérito —arguyó Carmen.

—Oh, no; primero es la comodidad, después lo viejo. Un chalet en lugar de casona... En mi país...

Pero Carmen no lo escuchaba ya. Miraba a lo lejos, hacia el horizonte ancho y abierto, con sus llanuras verdeantes, sus bosquecillos tupidos, sus guadales sonoros parecidos a haces de lanzas... La luz oblicua del sol levantaba reflejos reverberantes de las ciénagas de aguas inmóviles. Más allá, más allá, en la indecisa lejanía, un fondo azulenco y brumoso de cordilleras se confundía con la línea celeste. No muy distante de donde estaba, se distinguía la casa de la hacienda, con sus gruesos muros de adobe y su tejado renegrido. Grandes cobertizos la circundaban. Dispersos irregularmente, mostraban sus paredes enjalbegadas y sus pajizos techos, pequeños ranchos sórdidos.

Entre manchas de vegetación estaba el trapiche, solitario a esa hora de día festivo; al lado, blancos hacinaamientos de bagazos. Hacia la izquierda de la casona, como a trescientos metros, cercado de vallas de palma y de alambrados, se veía algo nuevo y exótico: un gran bañadero para reses.

Retrasado, había llegado el resto de la tropilla: José María, que venía flirteando con una de las Literfield; el hermano menor de éstas, apareado con Mercedes Otero, hija única de Jeremías Otero, el acaudalado comerciante de sedas; y finalmente, uno de los Arellanos, con la otra Literfield.

Las muchachas Arellanos no pudieron venir. Tenían invitación ese día. Por la mañana, antes de las once, Carmen y sus compañeros bailaron largo rato en el club; después almorzaron allí mismo. El calor y la pesadez de la hora comenzaron a aburrirlos bien pronto.

—Dejemos a las mamás jugando su *bridge*, y vámonos a dar un paseo —propuso Carmen—: Pero ¿a dónde vamos?

Se habló de la carretera al mar; de ir hasta Río claro, sobre las llanadas de Jamundí; de coger el camino de Yumbo, por la nueva vía que avanza hasta la colonia penal... sería interesante echarle un vistazo a esas pobres gentes que, según contaban, expiaban sus rate-rías y vagancia en rastrillos sórdidos, en promiscuidad de edades y delitos, de donde salían a tostarse bajo soles caniculares, trabajando en la obra de los caminos. ¡Oh, aquello debía de ser algo como lo que se ve en las películas!

Resolvieron por fin venir a la hacienda de los Literfield, a un lado de la carretera central, muy adentro. La idea de cabalgar entusiasmó grandemente a Carmen, que era experta jineta.

—¡Qué sed tengo! —exclamó José María, soplando con ruido—. ¡Cuánto daría por tener bar aquí en este momento, y un jarrón doble de cerveza como esos en que beben los alemanes! Me tomaría el “sifón” con jarrón y todo.

—Yo me tomaría un *wisky* ya —dijo el menor de los Literfield.

—Cuando regresemos ahí —prometió la compañera de Arellano

señalando con el índice hacia la casona—, les daré agua fresca de lulos, o limonada.

—Eso para cuando llegue el guayabo —replicó José María, a tiempo que espoleaba su cabalgadura, que partió súbita en rauda carrera.

Aquello fue como voz de mando. Casi parejas arrancaron las otras bestias, siguiendo el rastro de la primera.

—¡Uy, pero qué brusco es este Pepe! —protestó entre enfadada y risueña Mercedes Otero—. Me ha dado un susto padre.

El declive de la colina parecía trepidar bajo los cascos de la pequeña cabalgata. Diminutos terrones saltaban a su paso veloz, rodando por la suave pendiente. Cuando ganaron la planicie, la marcha se regularizó. Los caballos jadeaban, por el sol y por la carrera; caliente humedad les empapaba los ijares; de los belfos, que se distendían bajo el freno, surgían espumas espesas y blancuzcas.

—Si hubiéramos traído escopetas... —apuntó Arellano.

La cinegética exclamación hizo volver todas las miradas hacia el centro de la laguna que iban bordeando en ese momento. Era una extensa ciénaga orlada de juncos y matorrales tupidos. Las aguas dormidas, agostadas por el estío, se agazapaban bajo capas de anchas hojas en forma de corazón, de donde emergían blancos nenúfares. Parte de la laguna estaba cubierta por pequeñas plantas de color verde tierno, semejantes a leguminosas.

—Parecen lechugas —observó un Literfield.

—Pero no sirven para ensalada —dijo Arellano—. Vean; miren qué cantidad de iguazas en esa isleta.

Gritó para espantarlas, y fue como señal de alarma. De la laguna, de los matorrales, de las arboledas próximas, de todas partes se alzaron bulliciosas bandadas. Nubes de pericos como esmeraldas voladoras, chillonas iguazas, petirrojos que parecían diminutas brasas suspendidas en el aire cálido, oscuros chamones. Y como si el campo todo hubiera despertado de pronto, la tierra se agitó con el correr de los lagartos desorientados, el brincar de las ranas pregoneras, la inquietud fugaz de extraños insectos. Alas y élitros convirtieron de improviso

la tranquila atmósfera en pentagrama loco y en paleta inestable y caprichosa.

Dejada atrás la ciénaga, se metieron por un potrero henchido de pasto. Bajo la sombra de viejas ceibas sesteaban varias vacas tranquilas.

—¡Lástima que no hay un torete! —lamentó Mercedes.

—¿Para qué? ¿Le interesa comprar toretes?— dijo un Literfield.

—No; para que lo lidie Pepe, que es tan gallo.

José María examinó atentamente el paraje, y persuadido de que no existía en los contornos bicho alguno apto para tal faena, declaró jactanciosamente:

—De veras es lástima que no haya alguno por aquí. Por complacerla, Merceditas, habría improvisado una corrida al aire libre. Pero otra vez será.

Más adelante encontraron una quebrada. Dieron con ella inesperadamente, saliendo de una mata de monte. El riachuelo corría por angosto lecho irregular, saltando sus aguas por entre grandes piedras musgosas. La hierba de las orillas alternaba a trechos con manchas de arena y piedra menuda, bajo la protección de algunos sauces escuálidos. Grato murmullo ascendía de la quebrada, y sus aguas eran delgadas y cristalinas como las de los arroyos de la montaña.

Prorrumpieron en exclamaciones de júbilo, que fueron como el saludo de su alegre fatiga y su sediento anhelo, para el espectáculo estimulante del agua fresca y bulliciosa. Las muchachas fueron las primeras en apearse, para meter las manos entre la linfa clara y sabrosa. Bebieron en las cuencas, entre algazaras y risas locas, poniéndose luego a saltar sobre los pedruscos, con las manos cogidas y pequeños gritos de susto.

—Vámonos —dijo de repente Mercedes—; que se nos hace tarde.

Cabalgaron de nuevo, para seguir la marcha. Ahora galopaban por extensa llanada donde la hierba parecía cortada con máquina. Quedada en zaga, Carmen quería entretenerse haciendo hablar a Peter. Lo contradecía de propósito, deliberadamente, para excitarle

la susceptibilidad nacionalista. En tales escarceos se hallaban cuando sordo e inesperado rumor, que fue creciendo por momentos, los hizo levantar las cabezas.

–Un avión –dijo José María sorprendido–. ¡Como suena de raro!

–¿Qué le pasará? –inquirió Mercedes.

El ecuestre grupo se había detenido a mirar con asombro y curiosidad el pájaro mecánico. Arriba, una altura que permitía distinguirlo perfectamente, el avión hacía extrañas maniobras. El ruido seguía siendo irregular y como angustiado.

–¡Va a aterrizar! –exclamó Carmen de pronto.

El aparato descendía, en efecto, trazando amplias curvas. Posó suavemente sobre la llanada, y paró fin, a cincuenta metros de donde estaban los jinetes después de carretear corto trayecto.

Se aproximaron para informarse. Era un avión militar, de escuela. Un hombre de veinticinco años aproximadamente, alto y gallardo, salía en ese instante de la cabina.

–Tuve que aterrizar forzosamente –dijo–. ¿Saben ustedes quién es el dueño de estos predios?

–Los Literfil– respondió José María–. Aquí hay una parte.

Hicieron presentaciones. El aviador se había descubierto el rostro. Su fisonomía era grave, simpática; los ojos oscuros y expresivos; pequeño bigote le daba aire mosqueteril. Tenía la voz agradable y untuosa como una caricia.

Carmen lo miraba, bajo cierta fascinación repentina. Le dio la mano maquinalmente, sin hablar, mientras los ojos del uno se fijaban en los del otro con intensidad penetrante.

–¿Qué grado tiene? –averiguó José María.

–Teniente. Soy el Teniente Camilo Loiza, de servicio en El Guavito.

–¿Y es grave el daño?

–Creo que no. Pero tendré que dejar el avión aquí hasta mañana. Regresaré con el mecánico. Digo, si los dueños lo permiten.

Todos rompieron a reír. Habría que ver lo que hiciera el Teniente si

le negaban el permiso. Por lo menos echarse aquel pajarraco a cuestras.

Uno de los Literfield compartió su montura con el aviador, cediéndole la delantera, y emprendieron la vuelta a la casa de la hacienda. Se acercaba el crepúsculo. La línea de los cerros distantes teñíase, con la puesta del sol, de rojas tonalidades. Pequeños arreboles irisaban aquí y allá el azul metálico del inmenso palio celeste. Sobre los prados se extendían sombras suaves, de luz carmínea, que se enredaban también, como crespones de púrpura desvaída, en los abanicos de las palmeras, en las enormes copas de los ceibos, en el follaje fino de los guásimos y los gualandayes episcopales.

Un peón acudió a recibir las monturas, mientras los muchachos se desembarazaban de los anchos zamarros de piel. Los Literfield se pusieron a jugar con los perros guardianes. Algunas mujeres de la hacienda pasaban con sus trajes domingueros, el menesteres del servicio.

El mayordomo llegó en ese momento, de regreso del caserío vecino. La montura caracoleó en el patio brevemente. Apeándose, saludó muy atento a dueños y a extraños. Fuerte tufo de aguardiente se, prendía de él, delatando traidoramente sus andanzas. El grupo se acomodó como pudo en el automóvil, para partir. Bajo las ruedas del carro, la carretera pasaba en violenta contradicción. A los lados, deslindando la ruta, los inmensos potreros, las casita de campo circundadas de plátanos y cafetales, las grandes labranzas con sus sementeras de caña y de maíz, las tranquilas ciénagas pobladas de garzas. Otros vehículos iban y venían, veloces, entre las protestas del polvo. Cuando llegaron a Juanchito, era casi de noche. Las aguas del Cauca, turbias y profundas, se adormecían bajo el largo puente metálico. Amarrados en las orillas, viejos vapores, se deshacían de quietud y tedio. Desde allí se veían las torres del inalámbrico, las luces encendidas de la ciudad, las torres y cúpulas de los templos; y en el fondo, como mole tutelar, los cerros oscuros e indecisos. Hacia la izquierda, semejante a enorme pesebre, la linda colina de San Antonio, con su capillita española. Al frente, el legendario Cerro de las Cruces.

Comenzaba la vida nocturna, con sus cafés iluminados fastuosa-

mente y repletos de parroquianos; sus teatros sonoros colmados de gente; sus anuncios cromáticos de luces cambiantes; sus alegres clubs; sus cabarets; sus borrachos; sus músicas y sus ruidos.

Al detenerse ante la casa de Carmen, el Teniente Loaiza le estrechó de nuevo la mano mientras preguntaba en voz baja y ansiosa:

—¿La volveré a ver?

—Espero que sí —respondió Carmen turbada.

Y se metió corriendo por el zaguán. Doña Mercedes la esperaba para la comida, con impaciencia manifiesta.

—¿Y Pepe? ¿No fue contigo?

—No sé, mamá... Digo, sí, me parece... Creo que resolvió acompañar a sus casas a Merceditas Otero y a las Literfil.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada, mamá. Con seguridad Pepe vendrá más tarde.

—Si no se embolata por allá con amigos. Vamos a comer, y que le guarden su merienda. Mira: esta tarde me dolieron las piernas bastante. Tengo los pies hinchadísimos. Por la mañana hay que telefonarle al doctor Cárdenas, para que venga.

Carmen no quiso comer; no sentía apetito, como otras veces que salía de excursión. Casi no habló durante la comida. Sorprendía la seriedad de su semblante, ordinariamente risueño.

—¿No tienes hambre? —inquirió la dama—. Es raro eso, hija, porque siempre comes con gusto.

—Cierto mamá; pero... la verdad es que no me provoca nada.

—¿Piensas ir a cine esta noche? No tardan en llegar amiguitas a convidarte.

—Me acostaré temprano. Si vienen, tú les dirás que estoy indispueta.

Una hora después, serían las nueve ya, Carmen se metió en su pequeña alcoba, linda habitación de paredes rosadas, con muebles ligeros y coquetones, adornada con acuarelas primorosas. Suave olor de narcisos perfumaba el ambiente. Sobre el velador, junto al lecho dorado, descansaba la lámpara de metal, cubierta por delgado globo

de color blanco mate. Al pie, dos pequeños libros.

Se puso el pijama rosa, y se tendió rendida y suspirante. ¿Alivio? ¿Inquietud? ¿Confuso anhelo? Ella misma no lo sabía bien. Pero se daba cuenta cabal de que extraña preocupación le transía el ánimo. Tomó uno de los pequeños volúmenes, con propósito de leer. Era un novelín romántico. Lo tiró en seguida, abriendo el otro: un breviario poético. Lo desechó también, y atenuó la luz de la lámpara.

Talvez –pensó–, lo que necesitaba era dormir. Cerró los ojos, dispuesta a sumirse en la pasajera inconsciencia. Los vampiros del sueño no acudían, sin embargo, a embrujar sus párpados con los maravillosos narcóticos de sus alas. Y así, en aquella ser vigilia, su imaginación desplegó los velos mágicos del ensueño.

Evocó su vida de colegio; de ese otro hogar abandonado hacía pocos meses. Los años de estudio transcurrieron rápidos y felices, con su encanto monótono, sus alegrías triviales e ingenuas, sus pequeñas penas pueriles. Amiguitas, sueños, preocupaciones insubstanciales, travesuras llenas de inocente malicia. Recordaba con fidelidad aquella profesora gorda y risueña, que les llevaba clandestinamente golosinas y chismes graciosos; y aquella otra de figura prócer, con aire de estantigua, siempre con el texto en la mano, como símbolo de sabiduría, afirmándose a todas horas sobre la nariz precaria los áureos quevedos y hablando invariablemente, hasta de las cosas más fútiles, con tono grave, solemne, campanudo y académico; y esa otra pequeñita, enérgica y dinámica, que se mantenía en perpetua movilidad, y necesitaba empinarse sobre el estrado, alzar la voz chillona y dar fuertes golpes sobre el pupitre para mantener el orden y la atención.

¡Ah, qué años aquellos y cómo pasaron como sombras! Vista desde los claustros, la vida es algo vago, inquietante, con rosados espejismos alegres. Una providencia oculta parece velar desde afuera por las muchachitas cándidas para quienes la existencia y el mundo tienen por límites los altos muros del colegio y por horizonte lo que se alcanza a ver desde allí. Julia y doña Mercedes iban a verla con frecuencia, a veces juntas, a veces separadas o en compañía de

otras amigas, llevándole regalos y noticias de familia y de sociedad. Cuando las dejaban salir era día alegre desde el amanecer, con dianas de gallos, sol que parecía más nuevo y brillante, afanes regocijados arreglando las ropas, embelleciéndose, puliéndose. Afuera estaba la ciudad ignorada, la urbe enigmática y seductora que las esperaba con sus atractivos múltiples, sus encantos y delicias de toda clase.

No había pensado entonces en el amor. Su corazón permanecía tranquilo y hermético, monje cartujo en el monasterio de sus sentimientos, tesoro escondido bajo siete llaves de diamante. Recordaba que algunas de sus compañeras, de las mayores, hablaban a veces entre ellas, con misteriosos cuchicheos y risas ahogadas, de cosas de novios y otros temas por el estilo; y que algunas se iban a leer en algún rincón burlando la vigilancia de las inspectoras, papelitos que les venían no se sabía cómo ni cuándo.

Al volver al hogar, varios meses atrás, comenzó para ella otra vida. La de la muchacha rica, ávida de emociones y sensaciones, rebosante de insaciable curiosidad, impetuosos arranques vitales, espléndida salud y ánimo permanentemente dispuesto para toda empresa gozosa. Y esos meses bien aprovechados e intensamente vividos fueron una procesión de experiencias.

Era feliz. ¿Lo era? Carmen sintió que había sombras tenues sobre su dicha. Tal vez sombras no, pero sí algo extraño y punzante que la conturbaba. Bastó una mirada, una inflexión de voz, un rozamiento de los dedos, para que su alma se anegara de inquietudes profundas. ¿Por qué se conmovió así su corazón de improviso? ¿Por qué se estremeció su ser íntegro, como si estuviera dormido y de pronsto despertase?

Se le vinieron a la mente los empeños de Julia por inclinar su voluntad en favor de Góngora, ingeniero, de gran cartel profesional; hombre rico y joven, mundano y galante. Y las pretensiones de Marcos Andrade, abogado y político, sujeto inteligente sin duda y con gran porvenir, pero tan enfadosamente petulante y tan ostentosamente mestizo. Y también las almibaradas demostraciones de Jeremías Otero, acaudalado comerciante de sedas, viudo, con más de cincuenta años,

y padre de una hija única, su amiga Merceditas Otero. ¡Ah, pues si había para escoger!

Carmen no tomó nunca en serio a sus entusiastas admiradores. Los toleraba jovialmente, y en ocasiones, traviesa y burlona, les echaba una cuerda frágil como para que no se ahogasen del todo. Algo de *flirt*, coqueteos fugaces, frases equívocas que no comprometen. Eso fue todo.

Ahora... La imagen del teniente Loaiza surgió de improviso en la media luz de la alcoba. Ni dormida ni despierta por completo, hundida en las nieblas de la fantasía y el ensueño, Carmen creía sentir su presencia viva, allí cerca, a su lado, muy próxima, y que sus ojos la miraban con fascinadora insistencia. Y creía escuchar su voz acariciadora, que se le iba corazón adentro, sierpe liviana por caminos de terciopelo. Le pareció sentir un aliento cálido, y una voz dulcísima que susurraba a su oído quedamente:

—¿La volveré a ver?

Se estremeció, recobrando la plena conciencia.

Se palpó las sienes húmedas. Ligera opresión en el pecho y vagos dolores en la cabeza, la obligaron a incorporarse y cambiar de postura.

—Ah, —exclamó sonriendo— espero que sí, teniente Loaiza.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

VI

La ancha portada del teatro arroja a la calle, en ondulantes bocanadas, su carga primaveral de muchachas y de jovencitos locuaces. Salen arracimados, descendiendo con lentitud la pétrea gradería, apretujándose alegremente, mientras comentan con tono frívolo el argumento de la película. Algunas gordas mamás y uno que otro militar donjuanesco se destacan como nota seria y marcial entre los risueños grupos.

Es la hora vespertina, y acaba de terminar la función “social”, destinada especialmente para damiselas elegantes y parejas idílicas. La visión multicolor de los trajes, la gracia y belleza de las muchachas, el donaire de su andar, la música de sus voces joviales, semejan canto de juventud, y atraen la presencia de abundante barra masculina que forma calle de honor, ávida de contemplar el florido desfile. El tránsito se desorganiza temporalmente, sin protestas de nadie, y antes bien con la aquiescencia y aprobación tácita generales y porque el público mantiene siempre listo para todo espectáculo, así sean procesiones católicas, entierros protestantes, cortejos nupciales o manifestaciones políticas, el mismo espíritu de curiosidad y tolerancia.

La función “social”, como la “vespertina” son oportunidades preciosas para que las mujeres de la tierra exhiban con éxito sus atractivos físicos y sus indumentos elegantes. En todo el país gozan fama de

vestir bien y de andar con garbo y donaire. Acatan religiosamente las modas, y si bien es verdad que las costureras son hábiles e imaginativas, no es menos cierto que en la femenina elegancia influyen poderosamente una gracia muy natural y discretamente incitante, y un maravilloso instinto del ritmo.

Algunas parecen frágiles muñecas vivas; otras las más, tienen ese aspecto vital y típico que les comunica el ambiente. Pielles doradas de frutas que sazonó el estío; cuerpos gallardos que evocan la finuras de las palmeras; ojos iluminados por la luz proteica de todos los aspectos del paisaje.

José María, metido en su terno claro, de listas con pliegues atrás en la americana, pasa revista entusiasmado, en medio del grupo de sus amigos. A lado y lado, adoptan posturas irresistibles, Lalo Triviño y Paquito Noriega, tan lechuguinos como él; a sus espaldas, Jorge Bustamante y Narciso Candia, se empinan para mirar mejor el desfile.

—¿A dónde vamos ahora? —inquirió Noriega preocupado por la continuación del programa de diversiones, que parecía agotado ya. En efecto, la jornada no fue completamente monótona. Por la mañana subieron a Palermo, a bailar, siguiendo luego la excursión hasta Mares, en lo más alto de la carretera que lleva al Puerto; estuvieron después en la cancha de tennis, con amiguitas deportistas; fueron al Estadio un rato; y por último, se entregaron furiosamente al billar.

—Bebamos algo —propuso José María con tono de líder.

Aunque apenas tenía diecisiete años, se le reconocía tácita y unánimemente como jefe de la comparsa. Llevaba existencia fácil y despreocupada, tras de algunos estudios hechos informalmente, y la vida le parecía agradable ocupación. Sí, vivir era una ocupación como cualquiera otra. Se entregaba a ella con espíritu de turista, dándole alegre sentido deportivo y finalidad sin compromisos. Su generosidad y carácter jovial lo hicieron muy popular y le ganaron numerosos amigos.

En el primer café que encontraron se metieron sensacionalmente. Eran cinco y parecían diez, según la aparatosa entrada que hicieron.

Apoderados de una mesa, daban la impresión de que allí iba a ocurrir algo extraordinario, como por ejemplo, el total consumo de la cantina por ellos solos.

Pidieron café y cigarrillos. Graciosa muchacha de andar lánguido y ojos adormecidos, vino a servirles. El establecimiento estaba colmado de público heterogéneo: negociantes, empleados de comercio, aviadores; gente de prensa, forasteros de todas partes. El humo del tabaco y el vaho fuerte de los licores llenaban el aire del recinto.

—¿Quiénes van a sus casas? —dijo Lalo Triviño—. Lo que soy yo no voy a la mía.

—Cenaremos en el restaurante —decretó José María.

La idea fue aprobada por unanimidad.

Narciso Candía, que era el poeta de la pandilla, seguía con ovejuna y tierna mirada los movimientos de la cafetera que les servía, circulando por entre las mesas con bandejas llenas de copas y tazas. Hijo de un conocido burócrata de la ciudad, de destacada posición social, pero venido a menos en fortuna, representaba, pues, en el grupo, al mundo oficial.

Mocetón moreno y fornido, con aficiones al boxeo, Jorge Bustamante representaba al útil y respetable gremio de los ganaderos. Su padre era señor de hacienda y muchas reses. Abastecedor de carniceros en grande, y productor de cremas y quesos. Del abuelo de Jorge se refería que pobló sus potreros, parte por crecimiento natural del ganado, parte por el sistema del libre herrete. Recorría los predios vecinos, en atrevidas excursiones nocturnas, esgrimiendo con lanza conquistadora el hierro marcador. Res que encontraba, le ponía su signo de fuego, arriando con ella para su fundo, o dejándola allí para promover después litigio de propiedad. De este antepasado contaba también que vivió muchos años en los llanos de Oriente, por Casanare, de donde seguramente trajo aquella afición, pues es sabida la forma cómo se adquiere allá el ganado salvaje.

El padre de Lalo Triviño era comerciante. Lalo le ayudaba en el negocio, como cualquier hortera. De Triviño padre podía decirse que

militaba entre los contados hijos de la ciudad que poseen almacén o tienda. El vivir sedentario de aquel oficio plácido, rutinario y seguro, le daba a la fisonomía de Lalo cierto aspecto enfermizo, y era sorprendente la entonación con que siempre hablaba, cual si tratase de impresionar al interlocutor y éste fuera un comprador presunto.

En cuanto a Paquito Noriega le incumbía, ha de saberse que su progenitor no ejercía profesión u oficio conocido. Vivía simplemente de sus rentas: las que le producían dos docenas de casas administradas con método y previsión y garantizadas por medio de alambicados contratos de alquiler.

–Bebamos “sifón”; pediré una tanda –anunció resueltamente Bustamante, dando dos palmadas.

Pero José María no admitía que nadie gastase. Todo era por cuenta de él. Por lo demás, ninguno sentía deseos de diputarle sus títulos y su autoridad de anfitrión.

Al abandonar el restaurante, pasadas las ocho, convinieron en que lo mejor sería visitar a las Peñalosas, las alegres amigas que tenían por San Nicolás.

–Eso es, vamos donde las Peñalosas –exclamó Paquito Noriega encantado de tal proyecto.

Un automóvil de plaza los condujo en pocos minutos a la vivienda de sus amigas. Las Peñalosas, que eran tres, vivían con la madre, señora complaciente y risueña, en una casita de su propiedad, limpia y modesta, y acondicionada de tal suerte que daba la impresión de que la habían construido para las cuatro. Ni una más, ni una menos. No hubiera cabido un nuevo mueble, pero de retirar cualquiera de los allí existentes, colocados con endiablado cálculo, habría resultado fatalmente un problema.

La gente maleante las rebautizó a las cuatro, madre e hijas, con el remoquete colectivo “Las tres y cuarto”.

Los acogieron con ruidosa algazara. Pero se presentó aguda cuestión, porque eran cinco contra tres, y para danzar al son del radio, y representar por breves horas la vieja comedia del amor, se necesitaba

hacer parejas. La vieja salió, expedita, regresando a poco con dos chicas del vecindario.

–¿Qué tal si no las consigues? –planteó Triviño con simulada preocupación.

–Narciso –decidió gravemente José María– se habría hecho cargo de la vieja.

–Pero siempre faltaba otra.

–Entonces, colegas, el que se quedara vacante, a manejar el radio, o rascarse el ombligo.

Soltaron fuerte risotada.

–¿Qué es lo que ustedes garlan ahí con tanto misterio? –preguntó una de las Peñalosas, aproximándose intrigada–. ¡Y vaya risa!

–Estábamos estudiando –respondió José María con Malicia– la manera de traer licores ahora.

La vieja, que debía de tener oído de espía, compareció como por virtud de un ensalmo.

–¿Traer licores de dónde jóvenes? ¿No saben, pues, que aquí también se encuentran cositas sabrosas para beber?

–Ah, –Convino José María consternado, pensando en los arbitrarios precios que allí tenían las bebidas–: no hay más que hablar entonces. Traiga copas, misiá, tenemos sed está noche.

Libaron, cantaron, les dijeron frases tiernas a las muchachas... Se anegaron en la pueril ilusión de que eran hombres machuchos que se divertían. José María firmo, casi sin ver, un sartal de vales. Cerca de medianoche emprendieron el regreso, a pie, hacia sus respectivos hogares.

No estaban ebrios, pero si bastante mareados. Avanzaban con lentitud, por el medio de la calle desierta, hablando estropajosamente, apoyándose los unos con los otros, bajo la fraterna emoción alcohólica que enternece el corazón y aprieta transitoriamente las voluntades en haz común y maravilloso.

En el portón, José María se despidió de sus compañeros; los vio desaparecer a lo lejos. Entró sigilosamente, en puntillas, para que

nadie lo sintiera. La cabeza la tenía pesada, entorpecida por extraños vapores. Una sola idea quedaba, tenaz, en su cerebro; idea fija y nítida que casi se materializaba en formas monstruosas. Antes de salir, la vieja le mostró los vales, sumando ella misma las cifras inexorables. Cerca de cien pesos. ¡Cien pesos en una sola noche: sin contar los gastos del día! Aquella realidad tremenda lo anonadaba. Conocía a la vieja muy bien, y sabía cómo se las había con sus clientes. Una fiera para hacerse pagar.

Por fin, el sueño lo venció... Iba el sol muy arriba cuando despertó, incorporándose de un salto. La ducha fría lo acribilló, tonificándolo. Se lanzó a la calle en seguida.

¿Hacia dónde se dirigía? Caminaba de prisa, cual si fuese muy ocupado y pensara que el día no iba a alcanzarle. Ante una casa de fachada angosta y refaccionada se detuvo resueltamente. Minutos después, en la salita llena de cachivaches curiosos, adoptando actitud de grave zozobra, dialogaba con la señorita Dolores. Una señorita de cuarenta años vestida de negro, estilizada como la ilusión que se secó.

—Si supiera, tía, en las que me encuentro.

Dolores Urquijo tenía extraña y fantástica biografía. No se quiso casar, según ella, a pesar de que tuvo los pretendientes a porrillo. Una legión de novios, sí señor. No era rica, pero contaba con aquella casita llena de imágenes de santos, de jaulas con pájaros, y de perros y gatos, donde vivía. Dos o tres pequeños inmuebles más, le daban una rentita para subsistir ordenada y modestamente. Era sobria, económica, rabiosamente limpia y aseada.

Se contaba de ella que tuvo un período agudo con manifestaciones histéricas visibles; el genio se le agrió en extremo y sus aficiones devotas tomaron aspectos alarmantes. Pero aquella locura pasó. De improviso, sin que se conocieran las causas, su carácter se humanizó. Nadie pudo explicarse jamás tal misterio; o tal milagro, porque pudo también ser asunto místico.

—¿Y qué le ocurre, Pepe?

—Una deuda, tía Doloritas.

—¿Una deuda? ¡Virgen Santa! ¿Y por cuánto?

—Necesito cien pesos para salir del apuro.

Dolores Urquijo abrió la boca, para decir algo; no siéndole posible hacerlo en el acto. Le parecía aquello tan absurdo, tan inaudito, que ni siquiera concibió la posibilidad de considerarlo.

—¡Cien pesos! —repitió atónita—. Si es casi el monto de mi renta. ¿Está chiflado, Pepe? Si fueran, cuando más, unos cinco pesos...

A pesar de su pueril angustia, poco faltó para que José María estallara en borbotante risa. El esfuerzo que hizo para contenerse debió de imprimirle a su rostro expresión tan cómica, que Dolores, sospechando que se burlaba, exclamó resentida y vidriosa:

—¿Qué le pasa, Pepe? Me parece que estas son cosas serias.

—Ya lo creo, tía; serísimas. Y sobre todo para mí. Pero, ¿qué voy a hacer ahora?

Se le ocurrió de pronto una idea.

—¿No tiene alhajas, tía?

—¿Para qué? ¿Para venderlas?

—No; para conseguir sobre ellas un préstamo.

—Usted está loco, Pepe. Cuatro joyas que tengo son cosas de familia, recuerdos. Su valor comerciales, por otra parte, muy inferior a su valor de afecto.

Dolores Urquijo quería entrañablemente a su sobrino. De veras sentía no poder ayudarle en su afán. Súbito, le ocurrió preguntar:

—¿De qué proviene esa deuda?

—Proviene... —explicó Pepe desconcertado algo vacilante— de una cuota que hube de dar...

—¿Para la beneficencia?

—No, tía; fue cuestión de compromisos sociales.

—No puedo darle todo ese dinero, Pepe. Lo siento. ¿Por qué no le habla a algún amigo pudiente ¿O a su mamá, o a Julia?

—Mamá me dio dinero hace dos días apenas. No me atrevo a pedirle otra vez tan pronto.

—Pero no quiero que se vaya desconsolado, Pepe. Tome esto para

sus cigarrillos.

Lo dijo ofreciéndole un billetito que sacó del bolso, impregnado de confuso olor de alhucema y cera de cirios.

José María se lo metió en el bolsillo, con aire patético de conformidad.

Media hora más tardé, entraba, saturado de confiado optimismo, en casa de Julia. La encontró con visita. Mistress Catherine Campbell estaba allí en el salón, fresca y sonriente, con un pequeño *bull-dog* con collar, tendido a sus pies. La exótica dama hablaba de seguido, comentando infinidad de cosas y sucesos, mientras Julia la escuchaba con atenta benevolencia.

–Oh –exclamó cariñosamente–: ¿qué dice míster don Pepito? ¿Cómo está de la salud?

Disimulando su fastidio, pues tenía afán de decidir sin demora el pequeño negocio que tanto le interesaba, José María respondió cortésmente, aunque con cierto tono cohibido y lacónico.

Cuando por fin se marchó *mistress* Campbell, planteó el asunto sin rodeos, tratando de justificarse con el relato de una historia enredada, producto auténtico de su ingeniosa inventiva.

–Pepe –advirtió Julia que lo observaba atentamente–: tú me estás engañando. Dime la verdad sin rodeos.

Entonces decidió hablar, refiriendo con sencillez sus andanzas de la noche anterior. Lo hizo sin petulancia, un poco avergonzado, omitiendo apenas ciertos detalles escabrosos.

–Pero ¿es posible, Pepe? ¿Por qué no te diviertes decentemente?

–¡Qué sé yo! Se me ocurrió echar una cana al aire.

–Querrás decir un bucle, nene.

Julia permaneció un rato pensativa. Se levantó después, y acercándose al labrado bargueño, escribió rápidamente algunas líneas.

–Toma este cheque –concluyó–; cóbralo, y ve a pagar eso inmediatamente... Y no olvides, Pepe, que hay que cuidar el apellido.

Al quedar sola, se extendió sobre un gran sofá cerrando los ojos. No sentía ganas de salir, ni ocuparse en nada. Pensó un momento en

Carmen, y por asociación de ideas, en Luís Felipe Góngora; su amigo, uno de los pretendientes de aquella. Después pensó en sus laboriosas empresas benéficas. Recordó que tenían una invitación por la noche, y suspiró, indolente, cansada.

De repente se incorporó, tomó de la mesa inmediata un gran paquete de papeles, y abriendo un libro largo, de cantos rojos, se puso a hacer anotaciones y cifras. También tomaba apuntes de una libreta. En esta operación la halló su marido, que regresaba.

–¿Qué haces? –inquirió suavemente.

–Arreglo las cuentas de la Asociación. Esta semana debo rendir informe, como Tesorera.

Cerró el libro largo, poniéndole cualquier señal y agregó:

–El asilo nos está costando bastante. Como es un gran edificio, se necesitan muchos fondos. Ah, pero al fin vamos a tener dónde meter tanto muchacho abandonado y sin amparo... Otra cosa: hoy estubo aquí la señora aquella que quiere una beca para su hijo. Es tan pobre. ¿No se le pudiera ayudar?

–Te preocupas demasiado por los demás –dijo Reinaldo en tono de reproche y sin poder contenerse. En seguida repuso, arrepentido de sus palabras:

–Si hay oportunidad, hablaré con el Director de Educación. Aunque no confío mucho en las promesas de estos burócratas... ¿Almorzamos?

–Sí, te esperaba.

–¿Has aceptado al fin aquella invitación?

–Acepté en tu nombre y el mío. Me pareció que no debíamos excusarnos.

–Ah, sí es verdad; creo que tienes razón.

Pero se mostraba excitado.

–¡Estos formulismos sociales! –exclamó tras de una pausa prolongada–. Son la esclavitud moderna. Nos roban a nosotros mismos y a lo que más queremos.

Julia sonrió imperceptiblemente. Como siempre, se daba perfecta cuenta del estado de ánimo de su marido. Si él hubiera podido

sustraerla por completo a toda preocupación social, a toda amistad a todo interés que no fuese él mismo... Pero, ¿cómo era posible aquello?

Desvió hábilmente el tema de la conversación. Comprendía que jamás se pondrían de acuerdo en el modo de apreciar las cosas. Pensaban y sentían cada uno tan a su manera, con tan propio y libre criterio. Y era inevitable el diario conflicto, la permanente contradicción entre el deseo de él, que quería verla supeditada, entregada en forma absoluta a su voluntad y a su amor, como las mujeres de antaño, como muchas esposas de hoy, anacrónicamente dóciles, y la decisión firme y práctica de ella, dispuesta a mantener a todo trance su independencia, hasta donde lo permitían las costumbres. Pero no quería lastimarlo. Adivinaba su inconformidad, su irritación oculta, velada a todo momento por su cortesía y discreción. Sabía, además, que la amaba profundamente. Por eso ponía especial cuidado, y cierta delicada solicitud, en respaldar todo acto suyo con la corrección más completa y con el más ostensible decoro.

—El doctor Ramírez telefoneó que te espera esta noche. No dijo en dónde.

—Ah; sí; ahora recuerdo que me citó para una partida de ajedrez en el club. ¡Qué doctor Ramírez! Su tranquila vida de bufete le hace encontrar halagos en esa diversión sedentaria. El ajedrez es juego de príncipes aburridos, así como el tresillo lo es de ancianos valetudinarios. ¿Me excusaste con él?

—Sí, le dije que esta noche tenías compromiso y prorrumpió en lamentaciones. La cosa no fue tan trágica, sin embargo, pues alcancé a darme cuenta, a través del teléfono, de que en ese momento entraba Fabio Castaño. Entiendo que lo enganchó.

—Tanto mejor, en ese caso.

Rieron un poco, sin asomo de perversidad, pensando en el anticuario y bibliómano; imaginando la escena que iba a hacer con el magistrado, sentados uno en frente de otro, ante el inquietante tablero, mientras asumían pensativas posturas de hombres abrumados por los problemas.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

VII

El ingeniero Góngora caminaba despacio, escuchándolo con atento interés, a la derecha del rubicundo míster Campell, quien desenrollaba ante aquél, con frondosa elocuencia mercantil, y en español pintoresco y expresivo, el enorme mapa de sus planes.

Mister Campbell era el hombre de los proyectos. Una personalidad estupenda, dinámica y persuasiva, le abría todos los caminos. Meses atrás llegó a la ciudad, acompañado de gran cartel de hombre de empresa y cuantioso capital. Pronto fue personaje popularísimo.

Campbell y Góngora seguían la línea del ancho andén de cemento que delimitaba por el lado sur el trazado de una “manzana”. Al frente, formando amplia avenida en medio, había otro andén del mismo estilo del primero. Postes metálicos se alzaban de trecho en trecho. Hacia dondequiera que se mirase, en vasto circuito, se veían “manzanas” análogas, o mejor dicho trazados, pues apenas eran lotes que esperaban la edificación. El conjunto producía impresión de extensa barriada en germen, o pequeño pueblo en gestación.

Aquí y allá, en distintas “manzanas”, tres o cuatro casas idénticas, con aire de modelos, parecían vivo ejemplo y estímulo arquitectónico. Los lotes estaban amojonados, numerados, listos, con el piso recién removido y nivelado. En algunos había grandes hacinamientos de materiales de construcción piedra, varillajes de acero, ladrillos, tejas,

cemento, maderas, herramientas... Donde se adelantaba alguna obra, maquinas trituradoras, aplanadoras, pesadas grúas... Metidos en overoles amarillos o azules, o cubiertos con simples camisas burdas, numerosos obreros se movían en labores diferentes.

Campbell se detuvo de pronto, para mirar largo rato a lo lejos, hacia el horizonte dilatado y sin término que se extendía ante ellos como verde interrogación.

–¡Qué mucha tierra! –exclamó, apartando la pipa de los labios–. ¿Cómo sería, míster doctor Góngora, llevar esta urbanicesion hasta el propio Caucoa?

–El Cauca está lejos, míster Campbell –observo Luís Felipe, sonriendo–; hay varios kilómetros de distancia.

–¿Qué importa ello? Esta Cali tiene que incrementar con el correr de las tiempos una *city* muy extensiva.

–Así lo espero, míster Campbell– admitió Góngora con acento inequívoco de orgullo y satisfacción.

Siguieron andando, despacio, para apreciar mejor detalles del terreno, impartir órdenes rápidas a los empleados de la urbanización, hacer apuntes de índole técnica.

Campbell se detuvo de nuevo. Necesitaba continuar la exposición fastuosa de sus ideas, desenrollando cual cinta mágica el papiro oriental de tantas concepciones geniales. Para hombres de sus arrestos bursátiles no existían, no podían existir proyectos absurdos ni negociaciones fantásticas: todo cabía cómodamente dentro de la realidad. El mundo era pequeño, en síntesis, para lo que podía concebir su mente prodigiosa.

–Vea, míster doctor Góngora –volvió a decir–: las malas negocias son las chiquitas. Negocias grandes son buenas a la matemática. O la ganancia es bastante mucha, o la pérdida es mucha bastante también. míster Louis Campbell, este que le habla ahora, tener, desde que llegó a la país, un triángulo precisa para sus negocias: urbanicesion, minas de oro, petróleo. Cosas para hacer millones, amigo. Y para que la país prospere.

Un maestro de obra se aproximó, a pedir instrucciones. Habló brevemente con el ingeniero, marchándose en seguida. Luís Felipe se volvió a poco hacia Campbell para anunciar:

–Bien, míster Campbell. Tendré qué dejarlo ya, porque me esperan unas señoras.

–¿Unas señoras? Oh, ese es cosa seria ciertamente. No produce, pero es muy divertida.

Rieron sonoramente, y se despidieron. Góngora consultó el reloj, y subiendo de prisa en el automóvil, le ordenó al chofer:

–Pronto. Al nuevo asilo para niños.

Julia estaba allí, con la Presidenta y otra socia. Parecían hallarse un poco impacientes.

Un pabellón central y dos laterales integraban el edificio, inconclusos aún. Delante, entre ellos, y a los costados, se veía una iniciación de jardines, limitados por verjas de hierro que los separaban de la vía pública. No eran sino comienzos: siembras de césped, pequeñas palmeras, árboles que empezaban a levantar. Los muros de los pabellones mostraban sus estructuras de rojo ladrillo, los vanos de sus puertas y ventanas todavía sin batientes. Desde afuera se podía ver a distancia, y en ambas plantas, el interior escueto y desierto.

Pero las proporciones eran vastas. Salas amplísimas para dormitorios, locales para talleres, habitaciones para los diversos usos que requería la institución. Servicio sanitario completo. Tras de todo eso se adivinaba el plan estudiado, inteligente: agua, luz, ventilación, higiene minuciosa. Y espacio suficiente para moverse con libertad.

–Le pedí que viniera, Luís –explicó Julia– porque queremos ampliar el plano para que quepan más muchachos.

Ella parecía llevar la voz, ser la directora efectiva, no obstante que apenas tenía el cargo de Tesorera. Su influencia era notoria sobre las otras. La Presidenta, señora de edad, de aspecto imponente y de gesto adusto, asentía a todo cuanto decía.

–¿Ampliar el plano? –Repitió Góngora–. ¿Hacia dónde?

–Hacia la parte de atrás, donde sobra un gran lote.

Góngora se quedó brevemente perplejo.

–Se podría prolongar el último tramo del pabellón central –opinó.

–No; lo que deseamos es un pabellón adicional.

–Pues ustedes mandan.

Esto último lo dijo el ingeniero mirando fijamente en los ojos a Julia, con expresión que hubiera podido traducirse de esta manera: usted, señora y nadie más que usted, es la que manda.

Se encaminaron al lugar aludido. El lote sobrante, no utilizado aún, tenía, en efecto, la suficiente capacidad para una nueva edificación. La hierba crecía allí, alta y confusa, aplastada a trechos por desperdicios de material y desechos de maderas y hierro.

–Otro pabellón aquí –insistió Julia– dejaría la obra completa.

–¿Y ya tienen los fondos? Porque con el presupuesto que hay se terminará apenas lo ya empezado.

–Los tenemos... o los tendremos –declaró Julia con convicción.

La presidenta y la otra socia aprobaron sin vacilar. Todas tenían una fe común tranquila e inquebrantable.

–¿Nos vamos ya? –dijo la Presidenta–; necesito regresar pronto a casa.

Parecía tener cierto afán; cierta nerviosidad contenida. Como Julia la instara a que se quedaran algo más, para hacerle otras indicaciones a Góngora, relacionadas con detalles de construcción, se excusó vivamente alegando con mucho apremio:

–No, no; nosotras nos vamos. Encárguese usted, Julia, de darle esas explicaciones. Lo que usted haga, bien hecho queda.

Subieron en el automóvil, y se marcharon.

Seguida por el ingeniero, Julia ascendió entonces las gradas que conducían al piso principal. Recorrieron la planta, discutiendo por menores que para ella debían de tener suma importancia. Cuando ya nada más tuvieron que hablar al respecto, Julia se aproximó al vano de una de las ventanas.

Vista desde allí, la ciudad ofrecía aspecto nuevo e interesante. Humo de fábricas, campanarios, cimeras de altos edificios. Sobre las

faldas de los cerros casas que se aferran a los accidentes del terreno. Y allá, pasados los últimos suburbios, la planicie verdeante, brumosa por la lejanía, surcada de caminos amarillentos: las carreteras polvosas, y de caminos blancos que cabrilleaban bajo la luz: las sierpes fluviales.

Se apoyó contra el desnudo alféizar, permaneciendo largo tiempo silenciosa.

—¿En qué piensa, Julia? —preguntó Góngora al fin.

—No sé. Tal vez en nada. Las mujeres tenemos preocupaciones insignificantes. Cualquier bagatela nos pone cavilosas... y hasta un poco tontas.

—No diga eso. Mujeres como usted no piensan jamás en fruslerías.

—¿Qué sabe usted, Luís? Toda mujer es frívola. Lo que ocurre es que la frivolidad tiene grados y matices. A mi edad la superficialidad sería imperdonable.

El ingeniero la miró de hito en hito.

—¡A su edad! ¿Cuántos años tiene pues, Julia? Y dispense el lugar común y la indiscreción.

—Preguntar no es indiscreto, Luís. Lo indiscreto es contestar... a veces. Tal vez no violo ningún secreto si le digo que acabo de cumplir veintiocho años.

—No es un secreto ciertamente, pues salta a la vista que tiene menos.

—Diez más que Carmen —afirmó Julia con intención.

El ingeniero pareció conturbarse.

—Ah, Carmen ... ¡Cuánto le agradezco que me hable de ella, Julia!

—Lo sé.

Guardaron silencio ambos. Un pensamiento común, que no querían expresar, se agitaba en sus mentes como cautiva crisálida. Julia sentía extraña pena, y cierta confusa inconformidad contra los caprichos del sino. Sabía bien que Carmen no quería al ingeniero; como no le interesaban tampoco los otros pretendientes que la asediaban con continuos homenajes. ¡Cuánto hubiera dado ella, Julia, por inclinar el corazón de su hermana hacia el hombre que tenía al frente, y que resumía para ella todas las prendas masculinas y todos los dones del

espíritu! En lo que llevaban de amistad, Góngora supo captar, sin esfuerzo, sin simulaciones, como algo natural y sencillo, la voluntad de Julia. Devoción siempre atenta, delicadeza constante, cuidado solícito de servirla y serle agradable, le abrieron por complo las puertas de esa alma de mujer, tan esquivada para todo otro requerimiento y tan refractaria a cuanto tuviese la menor apariencia de vulgaridad o interés mezquino. Bajo muchos aspectos, Góngora y Julia se habían identificado. Coincidían en gustos y opiniones, pensaban muy semejantemente, se comprendían en todo.

—Hábleme de ella —repitió el ingeniero con emoción—. Dígame algo, Julia... Pero, no. Adivino en sus ojos, leo en la expresión de su semblante lo que no quisiera saber.

—¿Qué quiere que le diga, Luís? Todas las mañanas pienso en usted, y me digo llena de esperanza: ¡si hoy pudiera darle la buena nueva! Pero...

—¿Pero?

—Mi esperanza sigue desesperada.

—¿De suerte que usted cree...?

—¿Que Carmen no ha de quererlo? Oh, no, eso no. Mi esperanza, como la suya, está prendida en las alas firmes del tiempo. ¡Carmen está tan joven Luís! Todavía es un poco locuela.

—Eso he pensado yo también muchas veces, para darme constancia y ánimo.

Volieron acallar. De repente, con fingida volubilidad, Julia exclamó sonriendo:

—Para el domingo próximo anuncian un gran concierto. Voy a invitar a Carmen. ¿Nos acompañará?

—Ya lo creo que sí, Julia; no faltaba más.

Bajaron. A la entrada, junto a la verja, Pedro Vico conversaba con el otro chofer.

Julia y su acompañante hablaron un rato más, aparte. Se estrecharon las manos. El automóvil del ingeniero partió delante, a toda máquina. Pedro corrió a abrir la portezuela, servicial y atento como

siempre, y risueño. La mirada de Julia se cruzó un instante con la suya, pareciéndole advertir en ella un fulgor malicioso que la desagradó.

—Oiga, Tunjito...

—¿Qué, misía Julia?

—No, nada; lléveme a casa en seguida.

Luís Felipe Góngora, entre tanto, corría hacia el centro de la ciudad. En una bocacalle el carro tuvo que detenerse, para darle paso a un colegio. Grupos de chicos y chicas que iban a las escuelas llenaban la vía. Pasó un carro de prisiones, verdadera jaula ambulante, con su carga de delincuencia. La callejera turba negociante aturdía con sus pregones:

—¡Pescado, pescado fresco de mar!

—¡La suerte, la suerte! Lotería del Valle y Cundinamarca.

—Hielo, hielo. Popsicles. ¿Quién quiere?

—¡El pandeyuca tolimense!

Una voz, que parecía larga lamentación, anunciaba:

—Naranja... Limones... Chirimoyas... Papaayas...

Todo este clamor propagandista ponía notas vivas, pintorescas y frescas, en el pesado ambiente, grávido de calor.

Luís Felipe entró en su oficina. En el cuarto exterior, que daba a la calle, trabajaban dos dibujantes inclinados sobre sus mesas. Sobre las paredes se velan grandes mapas, diseños, planos de edificaciones y puentes. En las mesas, en aparente desorden, más planos, libretas, un decámetro, compases, escuadras. Junto a un aparato de madera, que semejaba enorme atril, un teodolito se cuadraba sobre la triple seguridad de sus patas. Más allá, un nivel.

El ingeniero se dirigió a uno de los dibujantes:

—Oiga Lemos, las señoras de la asociación que construye el asilo nuevo quieren extender el edificio. ¿No tiene por ahí el plano original? Tome estos apuntes. Formule ahora mismo un croquis.

Dicho esto, se metió en el despacho. Recordó que tenía que redactar cierto informe y contestar correspondencia. Frente al escritorio, se puso a hojear papeles, distraído, sin gana. Pronto su pensamiento

lo llevó lejos de allí, tras la inasible figura de una mujer... Evocó la escena inolvidable en el Hipódromo, cuando la conoció. Fue una tarde dorada y ebria de viento. Estaba recién salida del colegio. Su silueta frágil y estilizada ofrecía singular encanto entre el risueño coro de tantas mujeres bellas y elegantes.

Reía con frivolidad, haciendo comentarios pueriles, mientras asestaba contra la pista la flecha del binóculo; combinando apuestas; tomando apuntes en el rosado carné. Al presentado Julia, ella no le prestó casi atención; dijo algunas palabras, con la boca llena de almendras, a tiempo que le abandonaba su pequeña diestra enguantada en seda sutil. ¡Cuán diferente fue para él la impresión recibida! No supo cómo ni por qué, pero la conmoción que sintió tuvo la intensidad de un sacudimiento moral, la fuerza misteriosa y extraña de un presagio.

Otra vez la vio en cierta partida de balompié, en el Estadio. Bajo la radiante lumbre solar, el ancho palenque ofrecía alegre y cromático aspecto: cielo azul de cobalto, cancha de tonos verde tierno, tribunas blancas irisadas de trajes multicolores. En el fondo, como muñecos automáticos, saltaban sin descanso los jugadores uniformados. Apenas pudo hablarle entonces. Varias amigas la acompañaban, a tiempo que una pequeña corte de admiradores zumbaba a su alrededor. Sí, allí estaban, cortesanos solícitos de su juventud, áulicos de su belleza, el comerciante Jeremías Otero, que parecía llevar consigo, en el pronunciado abdomen, la caja de caudales; el abogado Marcos Andrade, vestido flamantemente, atronando la tribuna con la sonoridad de su voz y el estampido de sus risas; y tantos otros...

Cierto que Carmen no se preocupaba poco ni mucho por tan lisonjera claque, embebecida como estaba en seguir los incidentes de la partida y más dispuesta a dialogar con sus amiguitas que a escuchar lugares comunes amorosos y galanterías rutinarias. ¡Ah, por lo menos semejante neutralidad; tal espíritu democrático resuelto a no tener preferencias por ninguno, le sirvieron de pobre consuelo!

Después... Góngora pensaba con hondo fastidio que podía verla contadas veces. Los grandes compromisos profesionales, los frecuen-

tes viajes, por una parte, y de otro lado cierta aberrante dificultad por hablar con ella en las pocas oportunidades sociales que se presentaban, lo mantenían en forzado alejamiento. Mas como si los obstáculos y las adversas circunstancias fuesen acicate para su ánimo, sentía que el amor iba creciendo en su alma, creciendo, creciendo, y que a su corazón se adhería, con vigor de parásita, el tenaz anhelo de realizar lo que al principio sólo fue ilusión tímida y confusa.

La presencia de uno de los dibujantes lo hizo volver a la realidad bruscamente.

—¿Qué quiere, Lemos?

—Ya está listo el croquis que me encargó. Aquí lo tengo.

—Ah, sí el croquis... Pero... la verdad es que...

Se pasó la mano por la frente, acaso para espantar sombras im-
portunas, pensamientos impertinentes de última hora.

—Parece que ha olvidado, doctor, que me mandó hacer un proyecto
—explicó Lemos extrañado—. He cumplido sus órdenes.

—No, no lo he olvidado... A ver... Déjelo aquí.

Estaba un poco distraído... ¡Qué sé yo!... Talvez la preocupación
de ese informe.

—Hace poco vino míster Louis.

—¿Alude usted a míster Campbell?

—Llegó muy afanado, porque, según dijo, olvidó darle no sé qué
datos.

—Ya volverá, o telefonará. ¿Hay otros asuntos?

—Vino también un señor de afuera, para el presupuesto de una
planta. Dejó anotada su dirección.

El dibujante se encaminó a la puerta. De allí se devolvió para decir:

—Ah, lo olvidaba. ¿Recuerda usted a don Felipe Largacha? Quie-
re la demarcación de una línea. Es ese señor que compra caserones
antiguos para reedificar.

Al quedar nuevamente solo, Góngora quiso reanudar sus cavila-
ciones. No logró, sin embargo, coger otra vez los hilos del ensueño.
Se paseó un rato por el despacho. De pronto recordó que no había

almorzado. Ah, si le telefonara a mister Campbell, o a algún colega, para que fueran juntos al *lunch*. Miró el reloj. Eran las dos pasadas. ¡Qué raudo había corrido el tiempo! Evidentemente, se había hecho tarde ya para llamar a sus amigos.

Oprimió el botoncito del timbre.

Un ayudante compareció en el acto.

–Mande al muchacho que traiga sándwiches y cerveza con hielo –ordenó–. Necesito quedarme en la oficina, para terminar un trabajo urgente.

VIII

A la salida del hangar, Jorge Torres y Fermín Celedón, dos compañeros del oficio, le habían dicho con marcado interés:

–Esta tarde, a las seis, hay té bailable en el Alférez. ¿Vendrás con nosotros?

Loaiza vaciló, antes de contestar. A pesar de su juventud, era profesional adusto, preocupado más del estudio que de las atracciones mundanas. Pero tuvo la rápida intuición de que en esa fiesta de que sus amigos le hablaban, la vería nuevamente. Apenas fue un anhelo vago, una esperanza confusa que aspiraba a corporizarse en dichosa casualidad, lo que sintió. ¿Y por qué no? Sabía ya que era muchacha de sociedad, y no le habría extrañado, por consiguiente, encontrarla allí, como en cualquier otro lugar de diversión elegante.

–Bien; iré con ustedes –aceptó conciso.

A la hora indicada entraban en el Hotel. El gran salón donde se bailaba, situado entre el bar, el vestíbulo y los espaciosos comedores, ofrecía curioso aspecto de sala de espera. A Loaiza se le pareció a esos lugares donde se improvisan festejos, o diversiones de paso, propios para matar el tiempo, mientras llega la hora de partir o hacer algo más serio y definitivo. Algunas mujeres bailaban con los sombreros puestos. Bajo la ofuscante luz de las lámparas, encendidas ya, se movían los *smokins*, los uniformes militares, los trajes de calle; iban

y venían criados, con bandejas colmadas de copas y golosinas; pasaban, como fragantes brisas, las siluetas ingravidas de las graciosas damiselas. Arriba, en las tribunas, se contorsionaban los músicos de una sonora orquesta criolla.

Por los estrechos pasillos, junto a los ascensores, se deslizaban sombras opacas de pasajeros de aire cansado. Extranjeros, saturados de olor de tabaco rubio; gentes venidas de todas partes del país, por turismo o negocios. Se veían tipos interesantes y escenas llenas de color. Señores de la sabana bogotana, gordos y sonrosados, con flamantes vestidos de lino y camisas de cuello abierto; agentes viajeros con maletines misteriosos; familias que parecían tribus, y cuyos miembros se movían a toda parte en corporación, cual si temieran perderse unos de otros.

Afuera, en la noche recién estrenada, pasaba, como río de aguas turbias, la bulliciosa vida transeúnte. Por los altos ventanales se distinguía el viejo puente, tendido con languidez sobre lo que fue gran caudal, y hoy es solamente lecho pedregoso, que engorda con las crecientes de invierno, y enflaquece con los veranos, por consecuencia de los desmontes.

Más allá del último estribo se abría el Paseo Bolívar, con rumor de nocturna colmena, entre jardines románticos, a la izquierda. El almenado cuartel inconcluso, y en el centro la estatua del Héroe Máximo, bajo arco triunfal de ceibas tutelares. Más allá todavía, entre el ángulo amplísimo de dos avenidas, empezaba el Barrio Granada, nuevo y tranquilo, con la alineación caprichosa de sus quintas espléndidas.

La Banda del Regimiento lanzaba sobre los nocturnos paseantes, mujeres en su mayoría, un turbión notas alegres.

El Teniente Loaiza permaneció de pie brevemente en el umbral, mientras pasaba revista a la concurrencia. Sus ojos buscaban ansiosos entre los grupos femeninos, la graciosa figura de ella. La vio pasar de pronto, risueña y alada, en los brazos de un joven desconocido.

Ella también lo vio, deteniéndose al punto. Arrastro a su pareja hacia el aviador, y le tendió la mano diciendo:

–Buenas noches, Teniente. ¡Qué sorpresa encontrarlo aquí!

Hablaba con tenue jadeo, pero con voz dulce y cordial, cual si quisiera darle la bienvenida mejor con la expresión que con las palabras.

–Más que sorpresa es una feliz casualidad –respondió Loaiza–. Asisto a estas fiestas en tan contadas ocasiones...

–Muy mal hecho; Teniente Loaiza. Hay que divertirse. Los aviadores sobre todo, puesto que llevan vida tan dura... y tan expuesta.

Volviéndose luego hacia su acompañante, le advirtió sonriendo y con indiscutible tono de mando:

–Consiga otra pareja, Jaime. Voy a bailar con el Teniente.

El llamado Jaime hizo una inclinación, y se retiró.

Viéndola expectante, con los ojos fijos en él, Loaiza la tomó por el talle con infinita suavidad. Se perdieron por el salón, siguiendo los compases lánguidos de la música voluptuosa. A Loaiza le parecía sueño aquella realidad turbadora. Sentía el tibio calor de su cuerpo joven, el perfume de narcisos que se desprendía de toda ella: de sus cabellos oscuros, peinados a la moda; de su carne morena como las rosas de estío; de sus ropas claras que modelaban con cierta morosidad las formas armoniosas. Mientras danzaban, Carmen lo miraba sin pestañear, absorta en una especie de sueño consciente.

–¡Camilo! –exclamó por fin, oprimiéndole involuntariamente la mano.

El aviador sintió leve sacudida. La miró a su vez hondamente, descubriendo en el fondo de sus pupilas fulgores de dulce ansiedad. Carmen sonreía, y en su sonrisa, como en sus ojos, florecía la expresión de una ternura nueva, de un ímpetu contenido, y también de una alegría recóndita ávida de manifestaciones dichosas.

–¡Cuánto deseaba volver a verla! –dijo Loaiza con acento confidencial.

Se sumía de nuevo en su sueño. Como por tácito convenio, no era con palabras comunes ni con frases convencionales como deseaban expresar la relación de sus almas. Dialogaban mucho mejor los ojos iluminados por extraños hechizos; las bocas mudas que sonreían con

gozo paradisiaco y angélico; las manos transidas por el temblor de la emoción íntima y secreta.

A su lado, en torno, todo había desaparecido. El mundo estaba allí, en el espacio mínimo en que se movían, en el limitado circuito que formaban los dos y que les parecía contener la razón y el sentido único de la vida. No se dieron cuenta de que, sorprendidos por el inefable coloquio, amigos y amigas comenzaban a observarlos con aviesa curiosidad, guiñando clandestinamente los ojos y cuchicheando con cierto misterio.

Casi a las nueve se separaron. Acompañada de amigas, Carmen se marchó primero. Iba alegre y locuaz, como si la frívola charla fuera el fluyente surtidor del oculto júbilo. Recorrieron a pie las iluminadas calles embrujándolas con el sortilegio de su fugaz presencia madrigalesca.

—¿Estuviste contenta, hija? —le preguntó doña Mercedes al verla llegar.

—Muy contenta, mamá; ¡tan contenta! —cantó más que habló la ilusionada muchacha.

Pero si en su alma gorjeaba la rosada ilusión, como inquieto turpial en jaula de áureos barrotes, no menos cantaba en el corazón del Teniente. La había visto alejarse, desde la entrada del Hotel, pensando que fueron muy cortas esas horas inolvidables, y sintiendo que ya no tenía interés para él la permanencia en aquel sitio.

Mientras corrían hacia el aeródromo distante, Loaiza se hundió en profundo mutismo. En cambio, sus dos compañeros hablaban por los tres, y hasta por toda la compañía. Uno de ellos, Torres, exclamó al fin:

—¿Qué te ocurre, Loaiza? ¿Te picó la tarántula?

—¿Lo dices porque bailé demasiado?

—En parte, por eso; y también porque vienes muy caviloso.

—Hay tanto en qué pensar...

—Y ahora más que nunca, según barrunto.

Al trasponer la gran portada, el centinela los saludó.

—Entremos al Casino un rato —propuso Celedón.

Las salas estaban desiertas. Un ordenanza vino, adormilado, a recibir órdenes. Pidieron aguas peladas. A pesar de que la brisa soplabá, desganada e intermitente, sentían calor. Talvez el de la reciente agitación de la fiesta.

—Todos se han ido —observó Torres—. Y no volverán hasta muy tarde.

Para distraerse, jugaron billar. Loaiza no los acompañó. Se levantó casi en seguida para salir al campo. Sobre la vasta explanada se destacaban, entre la nocturna sombra, las grandes moles de las edificaciones. Cuarteles, hangares... Más allá estaba el aeródromo civil de la Scadta. La noche era maravillosa. De la ciudad llegaban rumores confusos, ondas tenues de sutiles aromas que enviaba la montaña dormida. A ratos venían hasta allí, súbitos y fugaces, los resplandores de los faros de los vehículos que pasaban por la carretera polvosa.

Loaiza aspiró profundamente el aire cargado de emanaciones. Paseó largo rato por el andén, bajo la marquesina. Sentía como vaga hiperestesia. Se asombraba de la inquietud que lo dominaba; de la turbulencia inusitada de sus pensamientos, encabritados como potros pamperos. ¿Por qué tal zozobra de ánimo?

El recuerdo fresco de las horas pasadas en el Hotel tornó a acariciarlo. Hay una embriaguez que hace más clara la conciencia, que aguza en vez de entorpecerlas las sensaciones, que afina los sentidos para percibir mejor los matices de las cosas. Embriagues de amor, beatitud gloriosa del alma. Así se sentía ebrio Camilo Loaiza.

Y todo le ofrecía sorprendentes similitudes. La luciérnaga que pasaba, perforando con su diminuto fanal el tenebroso velo circundante, lo hacía pensar en los ojos de Carmen; la onda esquiva de viento que le azotaba el rostro, era como su voz y sus suspiros. Y esa fragancia indefinible que soltaban los campos, compuesta de vahos tibios de la tierra, de las de aromas de misteriosas flores que sólo abren sus cálices en la noche, de efluvios dulces y enervantes como los vinos antiguos, le recordaba su perfume.

Cerca de allí, perdida en la hierba, preludió una orquesta de grillos.

El monocorde son, larga hilaridad de la sombra, parecía solfear con su burlona nota prolongada el eterno mutismo de las estrellas.

Súbito, a espaldas de Loaiza, estalló jovial risotada. Se volvió vivamente. Sus dos amigos estaban allí, a pocos pasos, contemplándolo con regocijado gesto.

–El teniente Loaiza ha resuelto dedicarse a la astrología –exclamó Jorge Torres.

–Quiere saber el porvenir –afirmó Fermín Celedón.

El aviador no se inmutó. Estaba acostumbrado a las bromas de sus alegres compañeros. A pesar de todo, replicó, encaminándose de nuevo al Casino:

–¡El porvenir! ¿Es que podemos pensar en él los aviadores? La vida, mis queridos amigos, para nosotros no es más que lo presente. Yo nunca pienso en lo futuro sino como en cosa de azar. Por eso quiero vivir intensamente, con toda el alma, el momento que pasa.

IX

Un clamoreo largo, vibrante, cayendo sobre el barrio adormilado aún, como armoniosa lluvia matinal, despertó a Dolores Urquijo. Las voces de bronce tenían musicalidad contagiosa de fiesta, acento jacarandoso y múltiple de instrumentos de romería. Sin duda, es el verdadero canto del alba, en cuyas notas se adivina la pálida luz de los luceros que se extinguen, ese prolongado rumor metálico, alegre y religioso, que parece llamar de puerta en puerta, con apremios de pregón, citando a las almas.

—Ah, —pensó Dolores Urquijo, rebulléndose perezosamente en la cama— primer repique. Tengo que ir a esta misa rezada, porque hoy necesito hacer muchas cosas.

Se quedó un rato quieta, escuchando con cierto deleite el sonido de las campanas locuaces. Campanas conversadoras que había atendido tantas veces, en los amaneceres brumosos frescos de rocío, confundiéndose con el grito militar de los gallos; en las tardes cálidas, a la hora que claudica el sol ante el ultimátum de la noche; en los mediodías esplendorosos, sordos de vida en plenitud, colmados de sopor plomizo de siesta. ¡Y cómo parecían echar la lengua afuera los campanarios!

Infaliblemente, cuantas veces oía el empírico clamoreo, Dolores pensaba, asociando místicamente su memoria visual con el momento

auditivo, en las procesiones litúrgicas, en las grandes misas solemnes, en las ceremonias nupciales. En éstas sobre todo. Imaginaba con cierta delectación el paso del cortejo, largo y suntuoso, con su galán, arrogante, su novia abrumada de rubor, velos y azahares, sus madrinas cándidas; y mientras se consumaba el acto, bajo las arcadas del templo lleno de luces y flores, una suave música de violines... Ah, en otros tiempos le placía asistir a esas ceremonias dichosas, ya como invitada, ya como simple espectadora, entre el coro curioso y chismoso de mujeres que se apretujan para mirar los atavíos y sorprender los gestos de la desposada. Ahora no le interesaban ya tales cosas; o se fingía a sí misma que no tenían ningún interés. Y a pesar de todo, seguía complaciéndose en la representación mental de los himeneos. Tal vez era algo involuntario, fatal. Quizás evocación mecánica y rutinaria. La verdad es que siempre, con invariable ocurrencia, la escena ilusoria la emocionaba un poco, hinchándole el pecho de suspiros.

El segundo repique la hizo saltar del lecho resueltamente. Se santiguó; miró con aire displicente un cuadro que estaba sobre la pared, representando al Santo de Padua. Empezó a vestirse. En seguida se aproximó a la dicha imagen, a invertir su colocación, lo que efectuó con cierta brusquedad. Pero al punto, sintiendo acaso temor o remordimiento, la colocó de nuevo al derecho.

Fue al lavamanos, para el aseo. Al frente, ancho cristal reproducía su figura un tanto arbitraria. Se miraba con gravedad, inconforme y perpleja, ensayando pucheros que a cualquier espectador indiferente le hubiesen parecido cómicos, pero que eran simplemente patéticos.

La pequeña vivienda adquiría su animación cotidiana. En las jaulas colgadas entre los pilares del corredor trinaban los pájaros: mirlas negras de móviles ojos, azulejos inquietos, turpiales, petirrojos, chicaos. Entre los granados y limoneros del patio, se paseaba con majestad idiota un pavo real. Arriba, grises navegantes del aire, hacía maniobras matinales una escuadrilla de pellares escandalosos.

Dolores Urquijo miró maternalmente al perrito blanco, todo lana y cintajos, que permanecía sentado sobre las patas traseras, en actitud

de expectativa. Levantó hasta su rostro uno de los gatos, para besuquearlo. Luego, armada ya con el breviario y el pequeño rosario de nácar, saturada de piadosos propósitos, relativamente ágil dentro de su saya mejor y sus ocho lustros cumplidos, se despidió cariñosamente del casero jardín zoológico, diciendo con afectados melindres:

–Bueno: ya estoy aquí otra vez, enseguida. A manejarse bien, hijitos, mientras regreso. Les daré sopitas y otras dulzuras en el desayuno.

En la puerta se detuvo, retrocediendo, para volver a salir con el pie derecho. Nuevamente se santiguó. Y rompió a caminar, de prisita, de prisita, con recio taconeo que acribillaba el asfalto de las aceras a golpes tercicos e isócronos.

El Templo no quedaba lejos. Viejas beatas, criadas, practicantes empedernidos, se confundían en las calles, blancas de amanecer, con los vendedores ambulantes de pan, los lecheros, los estridentes empleados del aseo. Se situó delante, cerca del presbiterio, en su lujoso reclinatorio de llave. En la tribuna del coro sonaba la soñolienta melopea del armonio. Luces profusas en el altar, oficiante automático, monagos pueriles... Dolores Urquijo volvió de su ensueño místico, al sentir el rumor feligrés que abandonaba el templo; y viendo que el sacristán, apagavelas en ristre, iba matando una por una las llamas inmóviles.

No se marchó en el acto, como los demás. Atravesando el presbiterio, entró en la sacristía, para curiosar y prestar cualquier pequeño servicio. Debía de ser muy conocida allí, porque nadie extrañó su presencia ni el desenfado familiar con que se dio a trajinar con objetos sagrados. De arcones y armarios iba sacando, para sacudirlos y arreglarlos mejor, estolas, manípulos, paños de altar, roquetes. Le espantaba el polvo a los facistoles; limpiaba con veneración patenas y navetas; olía el contenido de las vinajeras. Fatigada, o aburrída al fin de aquella tarea, que empezaba siempre con entusiasmo y acababa con displicencia, abandonó la sacristía, no sin aceptar previamente una copita de vino de consagrar, ofrecida por el sacristán con ademanos rituales.

De regreso en casa, lo primero en que pensó fue en el desayuno. Era parca en todo, y comía frugalmente por disposición natural y calculada economía. En cambio, con sus animales mimados se mostraba más derrochadora: los ponía a comer despacio, dosis homeopáticas repartidas con equidad y sabio sentido distributivo. El alpiste bien triturado, las sopas con mucho líquido, las delgadas carnazas puesta en los hocicos como para que las olfatearan bien antes de entregarlas del todo; y esta alimentación acompañada invariablemente de zalamerías y ternuras. Resultaba milagroso que los animalitos se mantuvieran gordos y lucientes, acaso para demostrar la verdad de aquel postulado que sostiene que no es lo que se come lo que aprovecha, sino lo que se digiere.

Satisfecho el menester físico, Dolores Urquijo se sentó ante la mesa, a arreglar cuentas. La confección del presupuesto doméstico era para ella tan importante, relativamente, como puede serlo para cualquier Estado. El orden y el método presidían implacablemente la distribución de la pequeña renta, precaria sin duda para la satisfacción de cualquier vivir holgado, pero suficiente para cubrir las limitadas exigencias y las prodigalidades inocentes de una mujer que consume como un niño.

Se hallaba en tales contabilidades, escribiendo sobre el papel cantidades risibles, cuando una voz argentina vibró en el patio, cual si fuese la misma mañana que se entraba.

—Tía, tía Doloritas; ¿dónde está?

—Aquí estoy, Carmucha; entre.

—¿Se ha puesto anteojos, pues?

—No, hija —respondió Dolores Urquijo, quitándose precipitadamente las antiparras que se ha colocado para escribir, y escondiéndolas en el cajoncito—; se me ocurrió calarme hoy estos trebejos por ociosidad nada más. Tengo la vista algo irritada... ¿Y qué hay por la casa? Mercedes ¿cómo sigue de sus achaques?

Carmen no se estaba un momento quieta. Iba y venía por el aposento, risueña y voluble, curioseándolo todo, abriendo cofres, formulando

preguntas, mientras Dolores seguía con inquietud sus movimientos desordenados, temerosa acaso de que ocasiona cualquier mínimo desarreglo en la disposición minuciosa y sabia de cuanto allí había.

—Cálmese; parece muy excitada hoy, Carmucha

—¡Ay, tía Doloritas. si supiera!

Pero no quiso decir más por lo pronto. Le agradaba estar en esa casita, tan limpia como cristal: recién lavado, tan meticulosamente dispuesta como el vestido de un petimetre. ¡Qué gusto tenía tía Doloritas para colocar los objetos con simetría, con acuerdo, con orden perfecto y ejemplar! Allí todo era viejo y pasado de moda: los muebles, los cuadros, los adornos; pero qué aspecto atrayente y simpático sabía darle su dueña.

Por dondequiera, imágenes, cuadros idílicos y retratos románticos. Las consolas parecían gemir bajo la pesadumbre de enormes floreros, dorados relojes con alegorías, tarjeteros colmados, figuras de bronce o de porcelana. Cajas de laca aquí y allá; terciopelos bordados; grandes conchas de mar, rosadas y rumorosas.

Tomó un caracol, para ponérselo junto a la oreja; pasó despacio los dedos por la felpa de una carpeta; por último, sentándose en un asiento bajo, colocó sobre sus rodillas un cofrecillo de sándalo que abrió con sumo cuidado.

—¡Cuántas cosas curiosas tiene aquí, tía Doloritas!

—¡Cosas del pasado, Carmucha —suspiró ésta—; cachivaches que nada valen hoy, que son casi desconocidos ya, pero que le recuerdan a una tanto, tanto!

Con aire de estar haciendo pequeño inventario, la muchacha iba sacando, y examinando atentamente, pequeños abanicos de plumas y de carey, camafeos de marfil, estuchitos de plata labrada, raros collares de chaquiras como los que usan los indios. Dentro de un bolsillo de cuentas negras de grafito, parecía dormir un idolillo rojo, acaso un amuleto.

—¿Qué es esto, tía?

—Un talismán. Me lo regaló hace años un pretendiente que tuve

y que no regresó jamás de un viaje que hizo al extranjero. La gente dijo que había perecido en un naufragio.

—¿Tuvo usted muchos novios, tía Doloritas?

No contestó al punto la interpelada, sino que quedó pensativa, mientras tenues rubores le iluminaban el ajado semblante.

—Me parece que sí —dijo al fin con acento vago de reminiscencia—. Aún recuerdo algunos admiradores que tuve.

—¿Y por qué no se casó, tía? —inquirió Carmen con sorprendente candor.

Dolores Urquijo la miró un momento de soslayo. Viva llama azulenca fulgía en el fondo de sus pupilas. Sobre sus mejillas enflaquecidas se había extendido súbita palidez. Y respondió con extraño acento, áspero y ronco:

—No sé si fue capricho mío, o que no me convino... La verdad es que rechacé todas las propuestas... Por cierto que había buenos partidos entre todos esos caballeros...

—Hizo usted mal, tía Doloritas.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que está diciendo, Carmucha? Bien se ve que es joven aún y habla sin experiencia ni reflexión. De lo contrario...

Ahora sus palabras sonaban con timbres de velado rencor, de vanidad herida y sensible.

—Mire Carmucha: seguramente usted habrá de casarse algún día, pero yo no le diré jamás que lo haga ni que no lo haga. Lo único que le aconsejo, como su tía que soy, porque la quiero, y porque he vivido bastante, es que tenga sumo cuidado. ¡Los hombres, ah, los hombres! ¿Quién puede conocerlos nunca? ¿Quién puede adivinar sus verdaderas intenciones? Ahora recuerdo que un militar, capitán por más señas...

—¿Un militar, tía?

—Un militar he dicho. ¿Por qué se sorprende?

—No, por nada.

Tía y sobrina quedaron silenciosas algunos minutos. Carmen rompió el mutismo de nuevo.

–Le iba a contar, tía Doloritas ...

–Hable, Carmucha, pues, que le estoy poniendo atención.

La muchacha refirió entonces, con ingenuidad y calor, los incidentes de su amistad con Loaiza. A medida que hablaba, Dolores Urquijo se iba interesando por el amoroso relato y sus circunstancias un tanto novelescas. Pero exclamó al cabo, preocupada y supersticiosa:

–¿Dice que es aviador?

–Teniente de aviación, tía.

–¿Y está segura de que lo quiere?

–¿Que si lo quiero, tía Doloritas? –repite Carmen, teñidas las mejillas por brusca ola de sangre–. Sólo sabría decirle que desde la tarde aquella que lo conocí, me he sentido tan distinta... tan distinta... ¿Qué será lo que me sucede, tía? imagine cómo estaré, que no hago sino pensar en él a toda hora. En el sueño se me presenta; tengo su nombre en los labios a cada instante; suspiro por verlo, por hablarle.

–Exacta, exactamente lo mismo que me pasaba a mí –interrumpió Dolores con entusiasmo que no pudo reprimir.

En seguida repuso, avergonzada:

–¡Pero qué es lo que estoy diciendo!

Se levantó, a hacer cualquier cosa insignificante, lo que no fue sino pretexto para disimular la emoción.

–Si usted, tía Doloritas, –sugirió Carmen de corta vacilación –consintiera que nos viésemos aquí, en su presencia.

–¡Pero qué diría la gente, criatura!

–¿Qué ha de decir? Esta es casa de todo respeto. Además, estoy segura de que Camilo es un perfecto caballero.

–Así será; pero... pero...

–Si no estuviera tan segura de ello, me parece que no lo querría.

–¿Y no es mejor que vaya a su propia casa?

–Usted sabe cómo es mamá, tía. Está llena de ideas y de requilorios; tiene tantas manías...

–¡Vaya, eso hay que pensarlo, Carmucha! Camine, tome algún tentempié.

–Pero si desayuné hace poco.

–Lo que abunda no daña, hija.

Fueron al comedor. Al pasar por el patio, Carmen se detuvo para dialogar con los pájaros, zalamera y pueril. Uno de los gatos maulló lastimeramente.

–¡Hola! ¿Usted también quiere su parte?

Cogió al felino, alzándolo con gracioso ademán, mientras averiguaba curiosa:

–¿Es gato o gata, tía?

–No sé; nunca me he preocupado de esas cosas.

Carmen se puso a observar los ojos del animal. Sus raras pupilas, que la luz hacía contraer, eran la una de color verde profundo de aguamarina, la otra de tonalidad azul clara de turquesa. La roja lengüeta lamía las erizadas púas del bigote. El pelaje blanco, aterciopelado, testimoniaba la clásica y tradicional limpieza del bicho.

Por la noche, Carmen comió en casa de Julia. Habían convenido en ir juntas al tan anunciado concierto. Reinaldo no pudo acompañarlas, por compromisos de negocios.

El teatro rebosaba de público. En la puerta, Luís Felipe Góngora, que las esperaba, pero que aparentó encuentro casual, se les había unido amablemente. Iba de *smokin*, con su acostumbrada y mundana elegancia.

–Le tocó hacer de galán –observó Julia con picardía.

–¿Y Montejo? ¿No pudo venir?

–Pensó venir, pero no pudo. A última hora, asuntos profesionales urgente lo obligaron a desistir.

–Lo siento de veras.

–Un negocio vale más que un rato de buena música –volvió a decir Julia con ironía.

–A veces hay qué anteponer el negocio, Julia.

–A veces no siempre. Es el criterio de nuestro tiempo, o mejor dicho el sentir común. Nadie piensa sino en el dinero, todos quieren hacer dinero. Y lo peor es que no se sacia nunca esta sed.

–Tiene razón, Julia. La codicia, la ambición de dinero nos mueve a todos; a mí también, Julia ¿por qué no? Pero no es el dinero por el dinero lo que impulsa a los hombres de hoy; es lo que con él se logra: poder, influencias, comodidades; buena vida, en una palabra. Es así como puede explicarse la carrera desenfrenada, el loco afán de la gente, por conseguir la llave maravillosa que abre todas las puertas. Observe con cuidado y verá cómo se agitan y jadean, tras de la grande o la pequeña ganancia, desde el acaudalado banquero hasta el humilde vendedor ambulante de baratijas.

En el escenario, un pianista y una cantante atraían la atención del selecto auditorio. Julia se había sentado deliberadamente, dejando a Carmen entre ella y el ingeniero; luego pareció olvidarse de todo, para seguir con interés concentrado el canto y la música.

Góngora le hablaba a Carmen en tono más bajo de lo común, tratando de halagarla y serle agradable. Su voz era suave, persuasiva, henchida de matices galantes y delicados. Cierta afán de mostrarse frívolo, evitando frases pedantes, y expresándolo todo con sencillez, pero en forma tal que fuese siempre interesante para su interlocutora, o mejor dicho para su oyente, lo obligaba a hablar de temas triviales y de asuntos variados.

Carmen, entre tanto, lo oía distraídamente, contestando con vaguedad, pero sin mirarlo. Sus ojos no se apartaban de la platea, donde el auditorio numeroso que colmaba las butacas confundía con fraternidad ejemplar sus calvas relucientes, sus graciosos peinados femeninos, y una que otra cabeza rubia de niño. Góngora no se percataba, no podía percatarse, entretenido como se hallaba por sus propios empeños, de que algo atraía con fuerza de imán la mirada de Carmen. En cambio, Julia, más perspicaz, se dio cuenta inmediata de lo que sucedía.

En el primer intermedio, aprovechando la salida del ingeniero a buscar bombones, se inclinó sobre el antepecho del palco, para preguntar al oído de Carmen, rápidamente y en voz baja:

–¿Quién es ese señor que miras con tanta insistencia?

–El Teniente Camilo Loaiza, aviador.

–He visto que te saludó con una señal. ¿Son amigos?

–Sí; es decir... me parece que sí.

Como Góngora regresaba, cortaron el diálogo.

Concluido el concierto, fueron a llevar a Carmen a casa. Casi no hablaron en el trayecto. ¿Para qué? Qué habrían de decirse, por otra parte? Sus pensamientos eran tan distintos, estaban acaso tan lejanos unos de otros.

Pero tampoco hablaron Góngora y Julia cuando recorrían la distancia que separaba la casa de doña Mercedes de la quinta de aquella.

Al llegar, Julia le estrechó la mano en silencio.

–Tunjito –ordenó luego– lleve a su casa al doctor.

Abrió la cancela nerviosa, fastidiada. En el salón había luz. Reinaldo se paseaba fumando. Sobre la mesita, el cenicero estaba colmado de colillas.

–¿Has vuelto ya? –exclamó Julia–. Creí que regresarías muy tarde.

–Son las once pasadas. Me desocupé más pronto de lo que esperaba. Fue una comida de negocios, en que se trató allí mismo las cosas... ¿Y tú? Veo que viniste acompañada. Sentí llegar el auto, y observé por curiosidad, mecánicamente.

–Sí –respondió Julia–; Góngora, el ingeniero, nos acompañó en el teatro, y tuvo la atención de venir hasta aquí.

–Ah, muy bien.

Julia miró de hito en hito a su marido.

–Me dices estas cosas de un modo...

–No creo haberte hecho ningún reproche.

Se quedaron callados largo rato. Reinaldo encendió un cigarrillo más, y volvió a pasearse. Julia lo observaba entre tanto, con íntima pena, y también con algo de involuntario rencor. Le producía cierta irritación esa especie de protesta pasiva con que Reinaldo aceptaba las cosas, sin perder la serenidad ni alterar jamás el tono comedido de sus palabras. ¿Por qué, por qué se obstinaba en no comprenderla tal como ella era? Y luego, ¡ah! esto era lo que más podía herirla: que por

la mente de Reinaldo pudiese pasar la sombra de una mínima duda.

–¿No te recoges todavía? –preguntó al fin, viendo que él no daba señales de terminar el largo paseo. –Aún no. Voy a quedarme aquí, a leer un rato.

Julia se dirigió despacio a su alcoba. Se desnudó con lentitud. Se metió morosamente en el lecho. Oyó dar las doce, las doce y media... Afuera, en el iluminado salón, seguían sonando, isócronas, tenues y pisadas, las pisadas de su marido.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

X

Selecto, pero escaso, era el público que entraba en el espacioso local cedido por una firma comercial, para la exposición de los cuadros de dos pintores recién llegados a la ciudad, en gira de arte por el Continente. De ordinario, tales certámenes pictóricos, como otros análogos, se celebran en salones dispuestos *ad-hoc* en alguno de los clubs sociales, en tramos apropiados de cualquier edificio histórico, en el aula de cualquier colegio, o en algún otro sitio particular, facilitado por el dueño, quien suele ser, o aficionado, u hombre de negocios, de esos que hasta el arte lo ponen a su servicio, para fines de propaganda y lucro.

Los dos pintores, el uno escandinavo, el otro de un país del sur, habían acordado hacer su correría juntos, lo mismo que sus exposiciones. Pero los visitantes de la que ahora llevaban a cabo no eran tan numerosos como les hubiese convenido. Evidentemente, el público, y en particular el gran público, ese que gusta más de la diversión digerida del cine, el espectáculo ruidoso de las plazas de toros, la revista picante y con la música negra, y las agitadas partidas deportivas, no demostraba mucho interés por presentarse a admirar las obras expuestas. La escogida concurrencia era, en cambio, suficiente para comprobar que calidad equivale bien en ocasiones a cantidad, y con frecuencia supera a ésta.

El europeo y el americano se paseaban algo nerviosos, por el largo salón cuyas desnudas paredes adquirían vida exótica, vestidas transitoriamente con el atavío lujoso y costoso de los cuadros: pequeñas acuarelas, pasteles, óleos, dibujos. Los paisajes predominaban. No tenían, sin embargo, el atractivo fuerte de los de la tierra; paisajes del trópico, llenos de luz y colorido, de expresión vital y naturaleza exaltada. Eran reproducción fiel, pero fría, de panoramas remotos; visión concentrada de aspectos de las regiones hiperbóreas y escenarios extáticos de las comarcas australes, tranquilas y serenas. Aguas inmóviles, de azul inalterable y eterno; montañas de gris rabioso y difuso; vegetaciones escuetas, saturadas de verde enfermizo.

El limitado público, femenino en su mayoría, miraba y comentaba las obras. Cada espectador, con la guía en la mano, hacía el pequeño itinerario, recorriendo el recinto en lenta vuelta reglamentaria. A la entrada, armado de rojo talonario, el encargado del expendio vendía boletas a los visitantes.

Al extremo del salón el magistrado Ramírez conversaba animadamente con el abogado Marcos Andrade, de gran clavel en la solapa, quien acompañaba sus palabras con enérgicos ademanes.

—No me convence esta pintura —decía el abogado alzando la voz, lo que obligaba a los espectadores próximos a mirar hacia donde él estaba—. Los tonos pálidos no son de mi gusto. Vea usted: parece que lo hubieran hecho —señalando un paisaje con el bastón— a la luz de la aurora boreal, o de cualquier atardecer de invierno.

—Estamos de acuerdo, doctor Andrade, en que el colorido es escaso, y si se quiere desagradable; pero hay que reconocer que es arte y del bueno. Yo le encuentro gran poesía a este estilo pictórico.

Los interrumpió la llegada de Martín de la Hoz, el intrépido reportero. Venía comunicativo y alegre. —Saludo al señor magistrado y al eminente jurisconsulto doctor Andrade.

—¡Hola, periodista insigne! Viene usted tan eufórico que contagia. ¿Qué noticias nos trae?

—¡Una “chiva”, mis queridos amigos; una señora “chiva” !Ya lo

verán en el periódico.

–Bueno –trompeteó Andrade–, ¿y cómo sigue esa campaña verbal contra los hebraicos y siriacos? –Ahora se espera un nuevo lote que está para llegar al país, expulsado de no sé dónde.

El magistrado habló, con ecuanimidad.

–Esta es ciudad cosmopolita, que no sin razón han dado en llamar con calificativos cordiales. Ciudad de puertas abiertas, lugar de todos y para todos, tierra prometida de América, ¡qué sé yo! La verdad es que a uno le parece que es indudablemente sitio agradable para el propio y para el extraño, y tierra propicia para quien llegue aquí con ánimo de trabajar y vivir en paz. ¿A qué el empeño absurdo de negarles el pan y el agua, o mejor dicho el techo, a esas pobres y buenas gentes que vienen hasta nosotros, en busca de subsistencia, como los demás, y todo porque su habilidad, o su genio, les permite enriquecerse pronto y prosperar?

–¡Pobres gentes dice usted –exclamó el reportero escandalizado–; pobres y buenas gentes!

–No se puede negar, al menos, que son gentes trabajadoras que le dan impulso al comercio. Por otra parte, ¿sería justo y equitativo, aquí donde se pregonan a diario las excelencias de la democracia, darles paso libre a los unos y cerrarlo para los otros?

–Todo país tiene su control de inmigrantes, doctor Ramírez.

–Pero aquí no se trata de eso, sino de combatir competencias, que serán tan perjudiciales como se quiera individualmente consideradas, pero que son también comerciales y legales sin lugar a duda. Vean: no en vano es esta ciudad crucero de pueblos. Puerto de tierra, agua y aire, porque a ella se llega por todos los caminos, no me parece razonable establecer cuarentenas distintas de las de sanidad colectiva.

–Sin embargo, doctor Ramírez...

–Tiendan la vista en torno, y díganme si esta ciudad, vista por su aspecto geográfico, o por su faz espiritual, admite siquiera la sombra de pequeñas murallas chinas. No, no, mis amigos: escrito está por la misma de las cosas, que esto tiene que ser, ahora y siempre, mansión

sin porteros. ¿No sienten la palpitación del país? ¿No perciben el calor del mundo entre esta ola humana que nos circunda? Pongan oído cuidadoso, y escucharán al punto los idiomas todos de la tierra, los acentos múltiples de la patria.

—Lo malo —observó Martín— es eso precisamente. Examinen las estadísticas, o échense sencillamente a la calle para que vean que en esta ciudad lo que menos hay son caleños.

—Pero eso es una exageración— dijo el magistrado.

—Un *bluff*— tronó Andrade, soltando en seguida fuerte risotada.

La cortó de improviso, porque acababa de ver un grupo de amigos. Eran Reinaldo con su mujer; Carmen, a quien acompañaba José María, malhumorado y hosco; el médico Cárdenas, también con su esposa; y el comerciante Jeremías Otero, con su hija Mercedes. A retaguardia del grupo avanzaba, limpiando las antiparras de carey, Fabio Castaño, el erudito filatelista y anticuario.

Los recién llegados se dispersaron por el salón, cada uno atraído por el aspecto de la exposición que más podía interesarle. Maruja de Cárdenas parecía displicente y distraída. Su marido, en cambio, comentaba con animación, aunque con su habitual escepticismo. El único que iba solo, como para apreciar mejor, sin charlas inútiles, el valor de las obras, era Fabio Castaño. Se aproximaba con cierta unción, examinando cuadro por cuadro, provisto de un lente de circunstancias. Pero bien se veía que no estaba satisfecho. ¡Cómo iba a estarlo, si lo que delante tenía eran puras pinturas nuevas, modernas, sin la pátina de los años, sin el inconfundible vaho sacrosanto que despiden las cosas antiguas!

Jeremías Otero, el comerciante, dialogaba animadamente con los dos extranjeros expositores. Averiguaba con interés por el precio de cada cuadro. De pronto, aprovechando un momento en que Carmen estaba cerca, exclamó con voz que todos pudieron oír distintamente:

—¿Dice que esa pintura de allá vale quinientos pesos? ¿Y que ésta de aquí vale mil pesos? Ajá, bueno, me quedo con la de mil. Puede ponerle mi tarjeta.

Julia miró a Reinaldo, y sonrió. En seguida se dedicó a atender a Fabio Castaño, quien vino a quejarse de la poca importancia que se les daba a las exposiciones de viejo. ¡Una calamidad, sí señor, una falta de buen sentido!

Entre tanto Mercedes, que parecía llevar oculta consigna, evolucionaba con cálculo para quedar sola con Carmen. Por fin lo logró. Estaban en un rincón, fingiendo aquélla comentar el motivo de una acuarela.

—Oiga, Carmen —habló a quemarropa, en tono que ella nada más pudiese escucharla—: ¿por qué no se casa con papá?

La interpelada la miró con sorpresa y bastante desconcierto. Sus labios se agitaron, no sabiendo qué contestar al punto. Pero a continuación reaccionó, con risa franca e incontenible.

—Papá es muy rico —agregó Mercedes imperturbable—, y la quiere mucho a usted.

—Yo sería su mamá entonces, Mercedes, y tendría usted qué respetarme —observó Carmen cesando de reír.

—¿Qué importaría?

—Es que usted es mayor que yo, Mercedes.

—Soy mayor, es cierto, pero no se me nota.

Las dos muchachas se contemplaron recíprocamente, como midiéndose. Mercedes Otero no había, cumplido aún veinte años; si bien es verdad que se hallaba muy cerca de ellos. Era bonita y vestía con bastante gusto. La peculiar forma de su nariz, tirada la arriba con graciosa insolencia, le daba singular atractivo. Cuando le hizo a Carmen su inesperada pregunta, habló con tono nada habitual en ella, acaso contra su voluntad, como si la impulsara imperiosa fuerza.

Se marcharon todos. El magistrado y Andrade se quedaron un rato más. Discutieron sobre otros cuadros. Luego salieron calmosamente.

—¡Qué opina! —Anotó el abogado—. ¡Ese buen señor Jeremías Otero pagando mil pesos por un cuadro descolorido! Es irritante y absurdo. Le aseguro, ilustre y querido doctor Ramírez, que no habría ofrecido lo mismo, ¡que digo! ni la décima parte, por el cuadro de un compatriota.

–¿Lo cree usted así? –respondió el magistrado con socarronería–. Pues yo le aseguro, a mi turno, que hubiera dado otro tanto, y mucho más, de hallarse en idénticas circunstancias. Lo que Otero pagó, doctor Andrade, no fue el cuadro precisamente: fue su vanidad. Y fue algo más imperioso aún: la urgente necesidad de despertar interés, y –¿por qué no?– hasta un poco de admiración en determinada persona.

–¡Vaya, vaya, doctor Ramírez! Eso parece lastimosamente ridículo.

–Pero volviendo a lo que anotaba usted hace poco, con mucho acierto en verdad, es cosa probada que hay injusticia, o incompreensión, o superficialidad lamentable, en la forma como muchos juzgan y aprecian los valores indígenas. Lo autóctono, lo de la tierra, lo propio. ¿Recuerda lo que se habló cierta noche en casa del doctor Montejo, con motivo de la visita de un guitarrista? Yo le podría contar historias...

–Y así es con todo, ciertamente.

–Allí no más tiene ese escultor que nos encontramos una tarde, paseando por la Avenida Uribe. ¿Recuerda? Me parece que dijo ser de un lugar de Nariño, región que, como usted sabe, se ha distinguido siempre por sus habitantes industriosos y sus artistas. Tierra de músicos y pintores, amigo mío. Pues bien: el pobre sujeto andaba en ayunas, abrumado por su insignificancia social, no obstante llevar consigo, como moneda sin valor, un talento innegable y hasta posible es que un genio ignorado por completo.

–¿Y qué me dice de la gente que escribe?

–Pues ese es otro cariz de lo que le cuento. A los poetas no los miento, porque lo menos que el gran público piensa es que son individuos inútiles, personas que se quedaron en la niñez o volvieron a ella. Los periodistas, al menos, tienen oficio que se cotiza bien en el mercado, y les permite escapar por el escotillón de la política, con lucro evidente.

–¡Cuidado, doctor Ramírez! Ya habló de política, y eso toca un poco conmigo.

–La política y la oratoria, lo sé. Pero usted será con el tiempo un político grande, y es ya un gran orador.

–Como usted un gran magistrado; doctor Ramírez.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XI

En la casa de modas de Dalia Montenegro se juntaban y confundían felizmente el negocio y los chismes sociales, y a veces hasta la política. Importa, porsupuesto, explicar que las pequeñas tertulias que allí se formaban con cierta frecuencia no tenían lugar a la vista del público, o de la clientela general mejor dicho; invariablemente se efectuaban en el saloncito interior, arreglado con coquetería, y considerado como el despacho de la dueña. Pequeño escritorio en un ángulo; muelles sillones y sofás en caprichosa dispersión; estantes con libros, bibelots, flores siempre frescas. Era allí donde recibía a sus amigas íntimas, a tal cuál influyente amigo, de cuándo en cuándo. La parte de afuera: el gran salón de recibo y exposición y dos habitaciones más donde se hallaban los talleres, era para las oficialas y el público.

El salón de recibo y exposición presentaba exótico aspecto. Lindos maniqués de eterna sonrisa y estudiada actitud, ostentaban los arbitrarios modelos de la moda. Algunos mostraban con inocente impudicia prendas íntimas confeccionadas con primor, de sedas y encajes. Sobre finas mesas, había cuadernos de figurines. En brillantes vitrinas, telas costosas, pasamanerías, ramilletes artificiales. De la percha de anuncio colgaban sombreritos de variadas formas y estilos.

Dalia Montenegro, mujer de treinta años cumplidos, poseía cuan-

tiosa fortuna. Persuadida de que la vida es agradable para la mujer cuando goza de independencia espiritual y económica, y sabe además vivirla, defendió siempre su soltería contra todo conato matrimonial. Y se consideraba dichosa. Entre sus amigas, que eran muchas, y su incontable clientela, disfrutaba de gran prestigio y firme popularidad. Por lo demás, sabía distribuir su tiempo, el que le dejaba libre el negocio, entre atenciones de diversa índole, a las que dedicaba su voluntad con espíritu deportivo. Se interesaba por la lectura, hablaba de política con sus amigos, concurría a los espectáculos públicos. Fuera de esto, y en ello quizás radicaba buena parte de su prestigio, ejercía una especie de función consultiva entre sus íntimas.

Mujer bonita, no lo era precisamente; pero tenían picante atractivo la expresión de sus ojos negros y burlones y la seductora gracia de su sonrisa. Se le formaban diminutos hoyos en las mejillas, y sus dientes perfectos solían morder, con gestillo imperioso, los carnosos labios.

Esa mañana, bastante avanzado el sol, se hallaba en el coquetón despacho en compañía de su amiga Julia. Frente a frente, hundidas en mullidos sillones, y mientras consumían cigarrillos, hablaban con inusitado interés.

—¿Y dices —preguntó Dalia— que te parece que ella se ha enamorado?

—Talvez no es un parecer. Me atrevería a afirmar que lo está.

—Que es cosa bien distinta, sin duda. Definido el punto, lo que ahora interesa es conocer suficientemente el galán.

Hizo una pausa Dalia, y rectificó sonriendo:

—O el nuevo galán.

Julia, bajo el dominio de una idea fija a juzgar por su preocupación ostensible, dijo morosamente:

—¡Pensar que es un aviador el hombre que la ha interesado!

—¿Tienes mala opinión de los aviadores?

—No; muy al contrario. Pero considero que para maridos son los peores candidatos. Te parece cosa halagüeña ser la esposa de alguien que por la mañana sale de casa perfectamente bien de salud, sin que

se sepa a ciencia cierta si regresará, y luego, cuando menos se espera, se presentan con su cadáver, o con unos restos informes? No, no; no quiero yo para Carmen vida tan aleatoria y amarga. Me espantan tales matrimonios con la muerte en la puerta. Porque la mujer de un sujeto de esos que dedican la existencia a oficios tan peligrosos, si quiere a su marido de veras tiene qué mantenerse en eternos sobresalto y angustia.

–Tiró Dalia la colilla en el cenicero; salió un momento a atender la consulta de una oficiala; y volviendo en seguida a ocupar su asiento, exclamó con gracioso mohín:

–Aquí sí cabe decir que la pobre Carmen se encuentra metida entre la hélice, el teodolito y el código. ¿No son tres con éste los pretendientes principales?

Para ella, la vara de medir no contaba. Se le hacía grotesco el amor de Jeremías Otero, el acaudalado comerciante, tan rico en monedas y en volumen abdominal como pobre en atractivos espirituales.

–Pues se quedará con el teodolito –afirmó Julia resuelta.

–La hélice es heroica y romántica.

–El teodolito es la realidad tranquila y segura.

–¿Y no dices nada del código?

–¡Bah! Un código bien oscuro por cierto. Por otra parte, hija, tal como están las cosas, los códigos son hoy, no las tablas santas de la ley, como dice el doctor Ramírez, sino las tablas rasas de la decencia. ¿Habías visto tú jamás tantos escándalos y tan feos contubernios como los que ocurren ahora?

–Mira que te quemas, Julia.

–¿Lo dices por mi marido? Pues estoy bien tranquila. Metería mi mano al fuego por él. Cierto es que su profesión... pero... te aseguro que todo lo tiene bien ganado. Menos les debe a los pleitos que a los negocios.

Otra oficiala entró a informar que un joven preguntaba por Dalia con mucho a premio.

–¿Quién puede ser? ¿No lo conoce?

–Es primera vez que lo veo.

—¿Y no dijo su nombre?

—Sí; Florencio Moreno.

Ya sé entonces quién es. Dígale que espere ahí afuera.

Se volvió hacia Julia para explicarle:

—Es un pobre joven que busca recomendación. Aspira emplearse en la oficina de uno de mis amigos. ¿Cómo te parece? Dalia Montenegro expidiendo certificados como cualquier político o personaje influyente. Quizá le sirva de algo, aunque tengo entendido que esta clase de epístolas son puro truco para ilusionar a gentes ingenuas.

—A veces dan buen resultado. Las tuyas deben ser eficaces.

Viendo salir a Dalia de nuevo, la detuvo.

—Mira: yo me marcho ya. Necesito hacer muchas cosas.

En la calle se le ocurrió de improviso visitar la oficina de su marido. Aprovecharía la ocasión para datos relacionados con la adquisición que iba hacer de una finca rural. Reinaldo no estaba solo en su despacho. Un hombre de mediana edad, cargado con enorme cartera y periódicos enrollados, exponía entusiasmado las excelencias del anuncio y la modicidad de las tarifas. El sujeto ignoraba, o fingía ignorar, que el abogado Montejo tenía necesariamente que haber escuchado el mismo discurso, en repetidas ocasiones y de labios no menos elocuentes. Se marchó al fin, con un contratito.

—¿Agente? —preguntó Julia, burlona.

—No, periodista. Uno de tantos empresarios al por menor que abundan por aquí, de vida esporádica y precaria. Estos individuos se mantienen en diario trance de milagro. Por lo demás, son inofensivos, y hasta simpáticos.

Reinaldo rió de pronto, sin motivo aparente.

—¿Qué fue? ¿De qué ríes?

—Se me vino a la mente el diagnóstico que hizo en cierta ocasión Agustín Cárdenas.

—¿Y cuál fue ese diagnóstico?

—Decía que cuando alguien saca periódico en condiciones como el señor que acaba de salir, es síntoma seguro de que fracasó en todo

otro oficio.

Una voz intrusa intervino desde la puerta.

–Esos tales suelen también meterse a la política.

El magistrado Ramírez avanzó, cojeando ligeramente.

–¿Cómo está, Julia? ¿Qué tal, doctor Montejo? Pasando por aquí casualmente, se me ocurrió entrar a saludarlo.

Hizo una pausa para sentarse, y prosiguió luego con calor:

–¿Se ha dado cuenta de las audiencias del proceso contra Reinales, el uxoricida maniático? Es algo interesante. La defensa está a cargo del doctor Andrade. Tuve oportunidad de asistir a la última, que fue un acto estupendo y sensacional. Como siempre, Andrade estuvo admirable, reafirmando así su renombre de notable orador forense.

–¿Qué crímenes se cometen ahora! –exclamó Julia.

–Lo curioso –volvió a decir el magistrado– es que la delincuencia pasional ocurre por épocas, como las cosechas. ¿No han observado que casi siempre un delito de éstos parece provocar la serie? Cualquiera pensaría que es cuestión de estaciones. Otros dirán que es la influencia del sol en los grandes veranos, cuando la sangre se calienta y los cerebros se exaltan. Pero todo son teorías. Pueden existir tantas causas... En cambio, los delitos contra la propiedad suelen ser más periódicos, aunque de menor importancia. Si se exceptúa uno que otro atentado grande, por lo común son raterías insignificantes.

–El robo grande es más hábil y más oculto –anotó Reinaldo.

–Se presenta otro aspecto particular –continuó el magistrado–, y es el de la astucia. La estafa ingeniosa ofrece aquí formas dignas de estudio. Existen verdaderos maestros; ases de la profesión, que seguramente hicieron su aprendizaje en la universidad fácil del cine y en los cuadernos baratos de aventuras. Les podría contar historias...

–Preciso es convenir, con todo, que ésta es una ciudad donde el delito contra la propiedad resulta relativamente escaso –opinó Reinaldo–, si se compara su estadística con las de otros lugares de importancia. ¡Aquí donde casi no hay policía!

–Y donde la justicia es hasta cierto punto benigna... y tan lenta.

–¿Y eso lo dice un magistrado? –observó Julia riendo.

–Un magistrado que se hace eco –afirmó el doctor Ramírez– de lo que entre el público se habla. Pero, ¿qué quieren ustedes? Cárguenle la culpa a los códigos por sus disposiciones tiránicas, que hacen los trámites interminables, y a los litigantes que gustan de enredar los litigios, para demorar la justicia.

–Ya que me acuerdo –dijo Julia de pronto–, y hablando de otras cosas, quería hacerle un encargo, doctor Ramírez.

–¿En qué puedo servirle, Julia?

–Hace algunas semanas, dos meses quizá, se halla en Cali, sin ocupación ni recursos, un joven que me parece digno de todo apoyo. Es inteligente y modesto, y da la impresión de tener muy poca experiencia. Según me cuenta, vino a esta ciudad enrolado en cierta compañía de teatro que se disolvió al poco tiempo. Se lo recomiendo, doctor Ramírez. Tal vez usted podría...

–Ya, ya; lo veremos. Tiene qué mandarlo a mi despacho. Pero es mucha lástima, en verdad, que nuestros muchachos continúen pensando con tanto fervor en la burocracia.

–¿Y qué pueden hacer, si para muchos no hay otro camino?

–Triste verdad, por cierto. Y este mal está en el ambiente, en la tradición, en los mismos prejuicios. Para que tengan una idea de lo que es tal inclinación, o tendencia inveterada en algunos, les referiré el caso de cierto empleado público jubilado el año pasado. El buen señor, dándose cuenta de que tenía que retirarse, suplicó con los ojos llenos de lágrimas que le permitieran seguir sirviendo el puesto gratuitamente.

–Historia patética, sin duda –admitió Reinaldo–. Lo que no acierto a comprender es cómo existen hombres independientes, ricos y hasta con profesiones lucrativas, que necesitan vivir uncidos a perpetuidad a la carreta de un cargo público. ¡Y con tantos pobres que necesitan sueldo para vivir, y que son tan capaces, y acaso más que ellos!

–Esos –dijo el magistrado– lo hacen por avaricia y por deseo de figurar. Pero decía usted que entre tales especímenes figuran indivi-

duos con profesiones lucrativas.

–Y hasta con muchos títulos académicos.

–Las profesiones y los títulos no son infaliblemente pasaporte para el éxito. Aquí no más, por ejemplo, en esta ciudad saturada de política y de negocios, pululan, como en cualquier parte, los proletarios intelectuales. La burocracia, doctor Montejo, se alimenta, en respetable porcentaje, de profesionales, fracasados. Ocurre con algunos lo que con cierto galeno sin clientela, de no recuerdo qué lugar, que resolvió meterse a la política, y de quien un mordaz escritor decía con suma gracia: “De este señor los médicos aseguran que es político, y los políticos sostienen que es médico”.

Rieron todos de la historieta, trasunto, sin duda, de esa curiosa condición colectiva que ponen de manifiesto tan singulares paradojas humanas: ingenieros dedicados a la política, médicos que cambian el instrumental por la vara de medir, abogados que se consagran a la administración oficial o a la enseñanza.

–¿No olvidará usted mi encargo, doctor Ramírez? –insistió Julia, viendo que se disponía a partir.

–Le prometo que no, Julia –respondió el magistrado.

Y se marchó, llevando el compás de su indecisa cojera que parecía puntear irónicamente el recuerdo tenaz de la reciente conversación.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XII

Cuando quedaron solos, Reinaldo le contó a su mujer:

–Un grupo de hombres de negocios le dará esta tarde una comida a míster Campbell, o mejor dicho *pic-nic*, porque la cosa será en el campo.

–Irás, por supuesto –anotó Julia.

–Me he comprometido a asistir.

–¿Y qué motiva ese agasajo?

–Se trata de una atención de despedida. Míster Campbell sale para los Estados Unidos pasado mañana.

–Pero no será viaje definitivo.

–No; entiendo que se ausenta por poco tiempo. Va según dicen, a financiar una explotación petrolera. Hace poco volvió de Bogotá, en donde seguramente anduvo en diligencias y gestiones relacionadas con la concesión.

Tras de corto silencio, agregó:

–Como esas reuniones suelen prolongarse bastante, es posible que regrese tarde esta noche. ¿Qué piensas hacer?

–Aprovecharé cierta invitación que me han hecho.

–¿Comida de amigas también?

–Algo muy distinto.

—Ah; con seguridad quieren ver el nuevo Circo que ha llegado. Se habla mucho de él.

—Asistiremos a una conferencia. La dará esa escritora extranjera que está aquí de paso. No estoy bien enterada, pero parece que disertará sobre temas de actualidad que interesan a las mujeres.

Reinaldo sonrió tenuemente. ¡Ah, esas señoras que escribían! Y que luego les daba por salir en viaje apostólico, y —por qué no— también de negocio. Nunca había concurrido a escuchar, por indolencia o desconfianza, las exposiciones que hacían sobre literatura y otros temas, y especialmente sobre feminismo. Cierto que, por otra parte, a tales funciones sólo asistían mujeres, en gran cantidad. Las reunía el instinto, la vanidad un poco, la mutua curiosidad, y hasta la necesidad natural de aprovechar toda coyuntura para hacerse admirar los encantos físicos y los lujosos atavíos. El abogado Montejo sonreía siempre con escepticismo cuando oía hablar de mujeres intelectuales, persuadido de que entre ese gremio no podía haber más que bachilleras y habladoras locuaces, algunas de las cuales no llegaban a darse cuenta de que los aplausos que arrancaban solían ir dirigidos más a la mujer que a la artista. ¡Cuántos casos no se veían, de bailarinas, por ejemplo, cuyas piernas entusiasmaban más que sus danzas, y de cantantes que no conmovían con su voz pero que emocionaban hasta el delirio con la gracia y belleza de su semblante! Dentro de lo relativo, con las intelectuales, que en su mayoría son jóvenes y atractivas, ocurría algo análogo, según el pensar y el sentir de Reinaldo.

Si este se hubiera interrogado, y contestado lealmente, acaso habría llegado a la conclusión, contra los supuestos motivos que quedan expresados, de la antipatía cordial que sentía contra las mujeres intelectuales, y en particular contra las que andan en prédicas de propaganda feminista, tenía mucho que ver con su propio interés sentimental. ¡Ah, cuánto hubiese dado de lo mejor de sí para que su mujer, esa Julia que tanto amaba, sintiera menos inclinación hacia semejantes emblecos retóricos!

Pensó que Julia le había dado a su voz cierta expresión intencio-

nada cuando le dijo que la conferencista trataría asuntos de sumo interés para las mujeres. Pero, ¿qué puede ser para una mujer más interesante que el amor y cuanto se relaciona con su vida sentimental? Y no era precisamente de amor ni de cosas del sentimiento, de ello estaba seguro, que le iba a hablar a su femenino auditorio la apostólica dama. Sí, sí; le parecía oírlo ya, proclamando con cierto ademán enérgico los derechos de la mujer, derechos que nadie desconocía ni negaba, pero que, en su concepto, y tal como los venían exigiendo, las despojaban de su verdadera feminidad.

Sin duda había mujeres que eran víctimas. Mujeres a quienes maridos viciosos o torpes dilapidaban sus bienes; mujeres que tenían que sufrir la vulgaridad cotidiana de sus cónyuges, o sus tratos brutales. Esto en lo que tocaba con las casadas, porque era otra página de agravios la que constituía el desamparo de muchas que, sin pasar por el himeneo, le entregaban a un hombre su destino y su porvenir. ¿Quién podía, empero, cambiar la humana naturaleza, eliminar las pasiones que están en la sangre y los huesos, darle a la criatura racional otra constitución diferente de aquella que siempre tuvo, tiene y tendrá, y que es como ley fatal, imperiosa e ineludible, que la rige a través del tiempo, como irrevocable mandato de la especie?

El abogado Montejo admitía, en horas de lúcida reflexión, que a él, personalmente, no le importaba ni le importaría jamás el problema colectivo. Le importaba su propio caso, y con eso bastaba. La mujer era su mujer, exclusiva y única, así como no concebía que pudiera existir amor superior al suyo pero ni siquiera semejante. Y es que su amor, como todo amor grande y bien arraigado, era necesariamente egoísta, dominador y vidrioso.

A la hora acordada, un grupo de automóviles corría velozmente hacia las afueras de la urbe. Pronto dejaron atrás las últimas casas. A su paso la carretera se abría, con docilidad de mujer, extendidos a lado y lado sus brazos de verde follaje. Iban hacia el sur, por entre el paisaje risueño, poblado de arboledas tupidas, de vastos potreros, de labrantíos, y a trechos, de rumorosas aguas. Y el camino parecía

también correr adelante, sin dejarse alcanzar jamás, como ágil sierpe vertiginosa y caprichosa.

En la casa de la hacienda los esperaban. Había alguna gente, fuera de los encargados de la finca, venida de los inmediatos contornos por curiosidad y por conocer el nombrado personaje extranjero, famoso por sus grandes negocios.

Fue una comida pintoresca, con todo el color típico y peculiar de la tierra; un “piquete” clásico, servido en la pampa, en mesas rústicas, bajo el ancho dosel celeste y con música de brisas tardías. Mister Campbell, encantado de aquel ambiente, y con la pipa a la vista en el bolsillo de pecho de la americana, presidía la mesa principal, escuchando la charla de sus amigos y anfitriones, y de cuándo en cuándo hablando él también. Los licores habían alegrado mucho los ánimos.

Hacia la mitad de la comida, mister Louis Campbell tenía el monopolio de la palabra. Se expresaba con calor y cierta elocuencia, desplegando como suntuosa tela ante sus oyentes el conocido panorama de sus proyectos. Cifras estupendas, planes maravillosos, ideas deslumbrantes. Lo más admirable de todo era su fe, lo más contagioso su optimismo. Hizo el elogio de la tierra, exaltó sus riquezas, concluyendo por asegurar con tono profético:

—Oh, este país tener un perspectivo notable. Mucho recursa, mucho cosa valiosa. Con bastante trabaja, en poco tiempo ser un nación prodigiosa.

Lo acuchillaron a preguntas. Querían saber unos si pensaba regresar pronto; otros deseaban conocer su opinión sobre tópicos económicos y cuestiones financieras del día. Se discutió un poco. Al final, empezaron a contar anécdotas, entre las carcajadas de todos.

Era noche ya cuando emprendieron el regreso. El camino lo alumbraba ahora la luz de la luna en plenitud. Bajo su llama fría y pálida, los campos blanqueaban, sumidos en mágico letargo. La violenta polémica de los vehículos con el inmóvil aire nocturno, levantaba larga ráfaga que azotaba los rostros de los paseantes jubilosos. Nadie pensaba en volver a casa todavía. Sobre la colina de San Antonio

brillaban como estrellas perdidas, luces dispersas. Subieron a ella, siguiendo la carretera de circunvalación. Viento y penumbra coronaban la verde cimera de la colina. Allí hicieron alto.

Míster Campbell comentaba con entusiasmo:

—¡Oh, *splendid, splendid!*

Abajo, a sus pies, se extendía, en efecto, un panorama de sorprendente belleza. Bañada por el plenilunio, la ciudad parecía vencida por los beleños del sueño. El mar de tejados cuyas primeras ondulaciones comienzan en las faldas de la colina misma, se perdía en la sombra difusa de la distancia, alterada su inmovilidad, por los mástiles de las torres, por las hinchadas velas de las cúpulas, por las moles oscuras y erguidas de los altos edificios cribados de ventanas iluminadas. Aquí y allá, chimeneas de fábricas, semejantes a monstruosos cigarros apagados; antenas sutiles; astas desnudas que parecían perforar el aire embrujado de la noche. Como venas abiertas, las calles y avenidas rompían la unanimidad de los tejados, animadas a ratos por la fugaz presencia de algún automóvil que se deslizaba en silencio. Todo se veía diminuto: las gentes que circulaban, los vehículos que iban o venían, las innumerables luces encendidas desde temprano y que semejan ojos insomnes y expectantes. Pero estas luces eran quietas. Daban la impresión de ser luces serias, disciplinadas, de las que se burlaban las otras luces, multicolores e inestables, de los avisos luminosos, guiñadores y alegres.

De los cerros venían bocanadas de viento fresco. A un lado, entre abierta curva que forma la Avenida Belalcázar, se alza el barrio residencial El Peñón, con su caserío pintoresco y nuevo. Orlandolo, va el encaje móvil del río, plateado y fulgente. Los faroles de la sinuosa avenida vigilan la vía como centinelas extáticos, proyectando en torno la luz de sus monteras de fuego. Hacia la izquierda, casi perdida tras de estribaciones de lomas, se divisaba parte de la urbanización tranquila de San Fernando. Y en el fondo, dilatada y plana, la vasta extensión, confusa y de términos imprecisos, encerrada en un semi-círculo de montañas remotas que azuleaban en la lejanía, con azul

espectral manchado de brumas.

Siguiendo la estrecha ladera, desembocaron de nuevo en la pavimentada carretera. A la izquierda, en un talud vestido de césped, se abría larga escalinata de piedra. En la cúspide, mirando hacia la ciudad, y con un brazo extendido hacia el lado del mar, se alzaba la enorme estatua del fundador, todo bronce y proporciones heroicas.

Ascendieron la gradería, hasta la pequeña explanada. Mister Campbell iba delante, acesando un poco, deteniéndose algunas veces para apreciar mejor los diversos aspectos del panorama. Al llegar junto al pedestal, alguien dijo, señalando hacia abajo, la urbe colmada de luces:

–He ahí la ciudad de Santiago de Cali y don Sebastián de Belalcázar.

Mister Campbell contempló una vez más el maravilloso espectáculo; fijó después sus ojos en alto, sobre la gran figura de bronce. Y habló al fin, con admiración espontánea:

–¡Un gran tipo ese don Sebas...!

–Don Sebastián Moyano de Belalcázar, mister Campbell –completó uno de los presentes, con deferencia.

–Oh, sí; don Sebastian de Móyena y Bacalcazar –repitió aquél haciendo visibles esfuerzos de pronunciación.

Enseguida preguntó, interesado:

–¿Y quién es ese mister Santiago?

–Santiago el apóstol, el patrono de la ciudad, mister Campbell.

Dos días después el acaudalado empresario se apeaba en la plazoleta de la Estación, para tomar el tren que iba al Puerto. Un grupo de amigos acudió a despedirlo. En andenes y puertas la multitud se apretaba y confundía, produciendo sordo rumor, movida por ese afán y apresuramiento característico en todo viajero. Continuo partir y llegar de vehículos: automóviles flamantes, buses atestados de gente de variada categoría, le daba a la plazoleta extraordinaria animación. Aturdía el estridente ruido de pitos y sirenas, imponiéndose, como voz de mando, sobre las conversaciones, los pregones que anuncian periódicos y revistas, frutas y refrescos, los gritos de los faquines que

ofrecen sus servicios con terquedad casi famélica. Instintivamente, los viajeros agarraban los maletines, o llevaban las manos al bolsillo de la billetera, temerosos de la habilidad clandestina de carteristas y rateros, que aprovechaban la confusión y el tropel para consumir sus hurtos audaces.

Las salas de espera, colmadas hasta las puertas, ofrecían pintoresco aspecto. De pie, o apiñadas en los escaños, gentes de toda clase aguardaban con impaciencia el momento de la partida. También había muchos curiosos, y personas que vinieron únicamente a recibir parientes o amigos. Maletas de variado tamaño y forma se veían por dondequiera, revueltas con grandes canastos y atados de caprichosa forma.

Campbell y sus acompañantes esperaban de pie, sobre el andén interior que cubre inmensa marquesina, la salida del tren de occidente. Quienes llevaban misma ruta se mezclaban con idéntico anhelo con que seguían rumbos distintos. A esa hora el movimiento de viajeros es intensísimo. Salen y llegan trenes del norte y del sur, y de la costa, rebosantes de pasajeros de todas partes. No es extraño, pues, presenciar el diario espectáculo de muchedumbres en que se confunden los diversos tipos nativos, los extranjeros, los turistas; ni sorprende escuchar tan variados acentos regionales y tan diferentes lenguas.

Gentes del altiplano, de hablar petulante y lleno de modismos; habitantes del sur, de cantarina voz y típica acentuación; locuaces y jactanciosos moradores de la Montaña, lanzados a la conquista del mundo y con el magín atestado de negocios fantásticos; morenos y ruidosos costeños del norte; callados boyacenses; hijos de las planicies del Tolima y el Huila; santandereanos belicosos e intrépidos. Todo el país, la patria entera desfila por ahí, como por cruceo obligado, atraídas las gentes por el señuelo de la fortuna, el espejismo de la aventura, el imán poderoso y resplandeciente de la prosperidad que a todos les ofrece sus dones. Lucha y placer, trabajo y riqueza: he ahí las luces que atraen, como irresistibles llamadas, la gran romería humana, ávida de vivir y gozar.

Los extranjeros y turistas son inconfundibles. Al lado de los modestos inmigrantes, que constituyen grupo aparte, bien definido, se destacan por su curiosidad y su constante propensión a maravillarse. En su mayoría son expansivos, habladores, y dan la impresión de estar encantados de vivir. Acaso los empuja también cierta esperanza milagrosa, o confusos anhelos de inesperadas ocurrencias.

–Viajeros para Buenaventura –gritó un empleado.

La multitud se arremolinó, asaltando los vagones. Mister Campbell subió al último carro. Parecía algo preocupado. Regresaría pronto, sí, pero lo dominaba cierta nerviosidad. Tal vez sentía partir, aunque fuese por corto tiempo.

Lentamente, el tren arrancó. Sobre el andén, el grupo de amigos vio alejarse al viajero, que, asomado a la ventanilla, les decía adiós con las manos, mientras sus labios apretaban la pipa con honda y reprimida emoción.

XIII

La sala de recibo del consultorio estaba, como costumbre, llena de gentes que aguardaban pacientemente la llegada del turno. Agustín Cárdenas no era especialista; practicaba y ejercía la medicina general, lo que considerado por ciertos aspectos, le traía mayores ventajas profesionales. Habría podido serlo, por supuesto, si así lo quisiera, pues vivía minuciosamente informado del movimiento científico de la época y poseía los bastantes conocimientos para dedicarse a cualquier especialidad, incluso la psiquiatría, que dominaba muy a fondo. Todo correo le traía montones de libros y revistas, y correspondencia numerosa. Odiaba el empirismo, la charlatanería, la superficialidad, y no se explicaba, no siendo por abulia, absoluta carencia de curiosidad intelectual; u olvido culpable de los deberes profesionales, cómo podía haber colegas que hacían del oficio lamentable rutina, o lo que es peor, puro y simple negocio. Hay que vivir, es cierto –pensaba invariablemente–; más la necesidad vital no podía reñir en su opinión, con el viejo criterio tradicional que le da a la profesión noble carácter de apostolado y humanitario sacerdocio. Así, pues, su lema era bien sabido: “Honorarios altos para los ricos; para los pobres, precios módicos, o servicio gratuito”.

Esa tarde, pasadas las dos, la consulta parecía estar destinada a estos últimos. En la sala de recibo, con vitrinas con instrumental en

los ángulos, y cuyas paredes ostentaban en cuadros impresionantes escenas de cirugía, se congregaba el pequeño mundo doliente: mujeres de faz anémica, madres vestidas humildemente con sus niños en brazos, viejos en cuyos semblantes demacrados se adivinaba el sufrimiento y la privación.

El abogado Reinaldo Montejo experimentó, al entrar, brusca sensación de sorpresa, y hasta cierto punto de repulsión. No estaba habituado a semejante clase de espectáculos. Al reconocerlo, el muchacho que atendía al público se le acercó atento y solícito.

—El doctor Cárdenas está en este momento con un enfermo; pero lo anunciaré en el acto.

—Nó —dijo Reinaldo tras de corta vacilación— puedo esperar un poco.

Se sentó, tomando, para distraerse entre tanto, cualquier revista de las que estaban sobre la mesa. Intentó leer algo; pero en seguida su pensamiento se dio a divagar, extraño al control de la propia voluntad. ¿Por qué estaba allí? —se preguntaba—. ¿Iba en realidad en consulta de salud, o fue algo distinto lo que lo empujó hasta el consultorio de su amigo? La víspera tuvo con su mujer un incidente curioso, y mortificante. Sí, muy mortificante. Julia cumplía años, y, como era natural en tal caso, le envió valiosos regalos y un lindo ramo de flores. Se sentía contento de agasajarla. Minutos antes de la una abandonó la oficina para dirigirse a casa. La encontró en el salón, primorosamente vestida, aguardándolo. Sobre las consolas y mesas había muchos obsequios. Dijo una frase amable, y la besó con amor en los labios. De repente se apartó de ella con involuntaria brusquedad.

—¿Qué fue? —preguntó Julia sorprendida...

Reinaldo miraba con indefinible expresión algo que estaba sobre la tapa del piano. En los extremos de esta, haciendo juego con una figura de bronce colocada en el centro, se veían grandes jarrones colmados de flores frescas. En las que contenía uno de ellos reconoció las rosas que le enviara por la mañana. Las del otro eran flores extrañas. ¿Fue intuición lo que tuvo? Con voz tenuemente alterada la interrogó:

—¿Quién te envió ese ramo?

—Lo mandó Góngora, el ingeniero, con una tarjeta de saludo.

Julia había respondido con naturalidad, como si se tratara de un hecho cualquiera sin importancia. Tal vez eso mismo lo exasperó. Con súbita ira, sin poder contenerse, quitó del jarrón las flores extrañas y las arrojó con desprecio sobre la alfombra.

—¿Qué haces? —exclamó Julia atónita.

No supo qué contestar. Pasado el imprevisto impulso, reaccionó con cierto fastidio, desconcertado y apenado de su acto. Fraguó cualquier excusa de circunstancias. Hasta trató de sonreír, simulando mundano aplomo. Pero a la sagacidad de Julia no podían escapar los motivos de aquel arrebato de su marido. Comprendía lo que estaba pasando en su alma.

—¿Qué piensas de mí? —inquirió con animosidad—. Dilo, Reinaldo, dilo.

—Pero ¿qué he de pensar Julia? Yo mismo no acierto a explicarme... Esta mañana trabajé demasiado. No sé, no sé, pero me parece que me han excitado un poco los nervios.

Ahora estaba allí, en el consultorio de su amigo el médico Cárdenas, sin saber aún cómo formularía la pequeña consulta. La puerta del despacho se abrió de pronto, apareciendo en el vano la figura de Cárdenas, envuelta en blanco mandil. Al notar la presencia de Montejo lo saludó humorísticamente.

—¡Hola! ¿Está esperando turno, Reinaldo?

Se volvió hacia el muchacho, para reconvenirlo.

—¿Por qué no anunció al doctor Montejo?

—No permitió que le avisara. Dijo que iba a esperar.

Momentos después estaban en el despacho. El médico miraba a su amigo con risueña curiosidad. ¿Qué podía haberlo llevado allí tan insólitamente? No quiso interrogar, y aguardó a que hablase.

Reinaldo comenzó a exponer, con tono reticente y velado, síntomas y manifestaciones de una mal extraño y curioso. Estados anímicos transitorios e inconstantes, preocupaciones morbosas que lo atormen-

taban, transiciones bruscas del carácter, anomalías temperamentales. ¿Exageraba la importancia o la supuesta gravedad de los síntomas? Lo único evidente para su interlocutor fue que se expresaba con calor y manifiesto deseo de suscitar interés, si bien notaba por otra parte el cuidadoso empeño que ponía en ocultar con evasivas inteligentes determinados aspectos de su caso.

–Me gustaría saber una cosa –dijo Cárdenas al final–. Usted, Reinaldo, ¿me pide un diagnóstico para el cuerpo o para el espíritu? Porque tal y como acaba de hablar, me deja en la perplejidad de saber si lo que desea es consejo para su salud física, o simple opinión sobre su estado de ánimo. Desde luego le advierto que me ocupo más de las dolencias de la carne, que son las que están a la vista del médico.

–¡Pero si estos síntomas los siento en la carne, en los nervios! ¡Si hay momentos en que me parece tener el cerebro machacado por un martillo!

–Hay algo de hiperestesia, sin duda alguna.

Al cabo de un rato agregó:

–Hace poco, cuando comenzó usted a hablar, pensé que lo haría con llaneza y simplicidad. Su tono inicial me hizo esperarlo así. Pero usted se ha valido de subterfugios, de formas que eluden la cuestión en vez de plantearla francamente. Lo he escuchado, Reinaldo, con interés, pero también con el pensamiento importuno de que usted mismo no sabe lo que desea. ¿No es así? Convenga conmigo en que su confidencia quedó guardada. Con todo, y como no quiero equivocarme, ni tener reatos de conciencia, voy a someterlo a un examen.

Dicho esto, Cárdenas empezó a cumplir su propósito. Prescindiendo de los interrogatorios empíricos, practicó minuciosa investigación en todos los órganos. Bajo el ojo experimentado, el cuerpo fue como un libro abierto. Dos o tres preguntas certeras le señalaron el camino.

–Podría –afirmó– diagnosticar sobre análisis concluyentes de laboratorio y sobre indagaciones biológicas. Mas ¿para qué? Le puedo asegurar, Reinaldo, que es usted hombre sano como pocos y que sus funciones son normales.

Encendió un cigarrillo, y siguió diciendo:

–Nuestra vieja amistad y el trato constante han de justificar plenamente intervenciones que usted ignora, y que me permití tener, no sé si excediéndome, en determinados aspectos de su existencia conyugal. Entre Julia y usted...

El abogado Montejo levantó la cabeza con sobresalto.

–Para el observador perspicaz –prosiguió Cárdenas–, la luz de una mirada fugaz, el tono de una frase insignificante, constituyen documentos preciosos. Hace tiempo vengo observándolos, a Julia y a usted, lo que me permite afirmar que no es ciertamente un acuerdo perfecto lo que los une. Su simulación ante los demás no puede engañarme. ¿Incomprensión? ¿Ausencia de voluntad común para coordinar puntos de vista opuestos? Esto sólo ustedes mismos pueden saberlo.

–La única idea precisa que tengo es que la quiero con toda el alma.

–Lo sé, lo sabía.

–¿Qué podría hacer entonces?

–No siempre es cosa fácil la terapéutica. En su caso, Reinaldo, ustedes, y nadie más que ustedes, han de ser necesariamente sus propios médicos.

Cárdenas se levantó, para pasarse un rato por el despacho. De improviso, como si necesitara también hacer confidencias, exclamó, sin interrumpir su paseo:

–Ninguno más que yo puede comprenderlo Reinaldo. Pero mi problema es distinto. Para usted la inquietud por la mujer que quisiera absorber por completo, infundiéndole su propia alma, sus personales sentimientos e ideas; para mí la zozobra de pensar si se me escapará cualquier día por el escotillón de los sinos fatales, el espíritu de la mujer que creí mío para siempre.

–Ah, –inquirió Reinaldo con vivo interés– ¿se refiere usted a Maruja? A propósito: ¿cómo ha seguido de su mal?

El médico se detuvo de pronto.

–Es una gran fatalidad. La maldita tendencia la domina completamente. Pero triunfaré; le juro que triunfaré, Reinaldo. He de

arrancarla, cueste lo que costare, a la enfermedad y a la muerte. La lucha ha comenzado ya, hace algunas semanas.

Ese mismo día, al anochecer, doña Mercedes Urquijo viuda de Fernández se sentaba a la mesa acompañada de sus hijos José María y Carmen. Era poco frecuente que comieran juntos los tres, pues la mayoría de las veces aquél cenaba con amigos, o se presentaba tarde en casa.

—No sabía —anotó la dama con sorna— que te encuentras de novia. ¿Por qué no te dignaste contármelo?

—¿Quién te lo dijo, mamá?

—Por Julia lo supe. Se asegura también que son amores que todo el mundo conoce ya.

—¿Por qué iban a estar ocultos?

—No, no es eso; pero comprenderás que cosas como éstas, que caen bajo el dominio público, se prestan a interpretaciones inconvenientes. Cuando menos suponen que es noviazgo formal, o compromiso serio.

—Bien podía serlo, mamá.

—Eso piensas tú, por tu irreflexión y porque todo lo tomas a la ligera. Afortunadamente, hay quienes velamos por ti. Julia me ha enterado de todo. Pero, ¿es que supusiste que voy a consentir semejante absurdo? Locura, mejor dicho. ¡Bueno estaría tener viudita en la familia cuando menos pensáramos!

José María intervino en favor de su hermana.

—Conozco al Teniente Camilo Loaiza, mamá, y me parece excelente persona. Me lo presentaron cierta noche en el club. ¿Qué tiene de particular que a Carmen le guste? Los aviadores son gente interesante, y hoy las muchachas, prefieren a quienes usan uniforme.

—Parece que lo usaras tú —gruñó doña Mercedes.

—Lo llevaré, por cierto, si me resulta la gestión que adelanto hace algunos días. Tengo buenos padrinos.

—¿Y de qué piensas meterte: de aviador o de militar?

—De aviador, que es más elegante.

—¡Dios te libre, insensato!

Carmen, entre tanto, pensaba con cierta irritación en su hermana Julia. ¡Ah, sin duda ella le llenó la cabeza de ideas a doña Mercedes, para prevenirla contra Camilo! Confuso sentimiento de rencor le andaba por dentro, como gusanillo extraviado. ¿No podía buscar ella misma lo que le conviniese? ¿También sobre sus sentimientos debían tener los demás mando y control, como sobre los actos de su vida exterior? Conatos indecisos de rebeldía se agitaron en su alma, que no fueron otra cosa que la íntima protesta de su amor contrariado y perseguido, y por lo mismo resuelto a defenderse contra cuanto intentara causarle daño.

Casi al terminar la comida, José María se levantó para ir a su cuarto. No tardó en volver, vestido y buido de fiesta. Besó a doña Mercedes, le dio palmaditas afectuosas a Carmen, y se marchó. Viéndolo salir, madre e hija suspiraron, pero por distintos motivos.

–¡Dichosos los hombres! –exclamó Carmen.

–¿Qué dices?

–Entran y salen cuando quieren, van donde les parece, enamoran sin tener qué consultarle a nadie sus gustos.

–¡Pues no faltaba más! De suerte que te agradecería ser como él.

–Al menos debíamos tener libertad las muchachas para interesarnos por alguien.

–Ninguno te lo impide, Carmen, con tal que lo hagas, es claro, con sentido común y respeto de las conveniencias. Pero no hables de falta de libertad, porque se me hace irrisorio. ¿Te parecen pocas las que disfrutaban en estos benditos tiempos las mujeres? Ay, hija: en mi época las cosas eran bien diferentes. Las jovencitas vivíamos cosidas a las faldas de las mamás, hasta que teníamos marido; o hasta que por la edad y la experiencia se descosían solas algunas.

Como no pensaba salir, Carmen se puso a hojear revistas recientes, mientras doña Mercedes se entregaba a sus reflexiones. No tardó ella también en caer en la red de sus sueños. Así se le pasaban frecuentemente las horas, sin sentir su marcha furtiva.

Por la mañana, a las diez, fue a ver a Dolores Urquijo. Necesitaba

estar a su lado, un tiempo cualquiera, para escuchar su voz afectuosa y amiga, para decirle cosas que ella misma no sabía cuáles eran. Comprendía muy bien que sólo en su tía podía hallar confidente para sus sentimientos, sus preocupaciones e inquietudes. Acaso también para sus alegrías y penas, no obstante su genio un poco adusto.

En lo que llevaba de amores con el Teniente Loaiza, sus entrevistas fueron siempre de índole social. Se encontraban en los teatros, en los tés, en las reuniones deportivas; a veces en fiestas de club, o en revistas aéreas. La apasionaban la valentía y destreza del aviador. Fue en una de tales revistas, a la que la llevaron alguna vez, cuando Dolores Urquijo conoció al Teniente Loaiza. Le causaron buena impresión sus modales serios y discretos. Pero lo que le ganó su cariño fue un detalle insignificante: antes de subir al avión, y pensando sin duda que no era observado, el Teniente sacó furtivamente una medallita para besarla. Una imagen sagrada, sí; de ello estaba segura; la había visto perfectamente.

Contra sus escrúpulos y severidad, no opuso, pues, mayor resistencia cuando Carmen volvió a insistir en hablar con Camilo allí mismo en su casa. Tres veces lo habían hecho ya. En su presencia, naturalmente, pues no de otro modo podía ser que se efectuaran tales entrevistas. La verdad es que Dolores Urquijo llegó hasta sentir cierto afecto por el aviador. Si se casaban, como había que suponerlo y esperarlo, ¿no sería, pues, su sobrino también? Un sobrino político; pero en todo caso, un nuevo miembro de la familia.

Tía y sobrina paliquearon largo rato, en su acostumbrado tono de confidencia. Se quejaba esta última, con gracioso enfurruñamiento, de la oposición de su gente contra lo que ella tenía ya por aspiración vehemente de su alma.

–Todo el mundo está contra él, tía Doloritas –gimió dolorida.

–¿Todo el mundo? No diga eso, Carmucha. ¿Olvida que yo...?

–Sí, tía, lo tengo presente. Que si no fuera por usted, que es tan buena, las cosas estarían peor para mí. Y si no fuera por Pepe. De resto, todos quieren acribillarme. Pero a mamá no la culpo tanto. Julia

es la que más se opone, y la que le llena la cabeza de ideas.

–¡Ideas, claro que son ideas! –interrumpió Dolores, pensando que ella también mantenía la suya colmada de prejuicios, y hasta de supersticiones incluso, si bien de carácter inofensivo.

En el fondo, y aunque las quería, guardaba un sentimiento indeciso de animosidad contra su hermana Mercedes y contra Julia, su otra sobrina. Ella era la pariente pobre, sin duda, y no se le ocultaba que la veían con cierto compasivo desdén. La pariente pobre, y la solterona, se decía con humildad irónica, y como si hallase placer en escarnecerse repitiendo lo mismo que la ofendía y humillaba.

–Dígame una cosa, Carmucha: ¿y qué peros le encuentran ellas al Teniente Camilo?

–Dicen que es oficio muy peligroso el suyo, y que si me caso con él quedaré candidata segura para viudita.

–¡Pero eso es tentar a Dios! Es dudar de su providencia y de su misericordia infinita.

–Muy cierto, tía Doloritas, muy cierto.

Al cabo de estudiada pausa, Dolores volvió a hablar.

–Vea, Carmucha: lo que a mí me está pareciendo es que es otro el defecto que le hallan al Teniente Camilo. ¿Quiere saber cuál es? Su pobreza. Que Dios me perdone si digo una temeridad, pero como vivimos en el mundo... Nada tendría de raro tampoco que le hayan inventado genealogías a su amaño y capricho, para argumentarle, llegado el caso, que es un zambo cualquiera, o que tiene sangre de indio.

–Eso sí no, tía Doloritas. Camilo es gente bien. ¡Pero si basta mirarlo!

De repente aquélla se levantó con brusquedad.

–Bueno, Carmucha, bueno –dijo con acento agrisado– no es a mí a quien tiene que convencer. Ya sé que lo quiere, ya sé que lo quiere, ya sé que lo quiere...

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XIV

Rodeando una mesa del tranquilo Café, y ante sendas copas de licor, el magistrado Ramírez, el médico Cárdenas, y dos amigos de ambos, platicaban sobre política. Los últimos eran un funcionario público, de elevada categoría, con ínfulas de vivir siempre bien informado de los asuntos del gobierno, y un viejo militar, o mejor dicho miembro conspicuo de esa cofradía, gremio, clase social, o lo que se quiera, formada en su totalidad por veteranos de la guerra civil, y que constituye una casta, o logia, de hombres melancólicos, inconformes y pertenecientes irrevocablemente al pasado. El veterano de esta clase suele ser individuo mal comprendido, pobre, descontento, y siempre dispuesto a recordar con palabras y ademanes heroicos sus hechos de armas, sus merecimientos y sus servicios al partido político de que forma parte. Pero las gentes no lo tienen en cuenta ordinariamente, acaso por su edad, o porque la prolongada paz social ha traído como natural consecuencia el predominio del sentimiento civil sobre el militar.

Ningún tema podía ser más apropiado para la conversación de los cuatro personajes mentados, que el de la política. De negocios y de política se habla en la ciudad durante la mitad de cada día; en la otra mitad se habla de política y de negocios. Y como eran hombres pausados, calmosos, y extraños a todo apasionamiento y exaltación,

podían disertar y hasta discutir sin acalorarse, y antes bien en forma amena e ilustrativa. El ambiente los favorecía, por otra parte, pues el Café donde sostenían el palique se diferenciaba por completo de los otros por su apacible atmósfera, la ausencia total de ruidos y bullas, y por ser, además, habitual sitio de reunión de gentes maduras y ponderadas. El cuarteto aludido comentaba con animación e interés las últimas noticias de Bogotá, meca política del país, y los acontecimientos locales del día. Expuesta cada opinión, el grupo fallaba, a veces por unanimidad, sobre el tópico respectivo.

El funcionario público era señor de edad indeterminada; vestía con pulcritud minuciosa, dando la impresión de ganar crecido estipendio. Bien alimentado, sonriente, y sobre todo bien informado. A juzgar por sus reticencias, ambigüedades, actitudes y palabras misteriosas, guardaba la clave de muchos secretos y vivía enterado de los cambios que ocurrirían en la administración. El viejo militar parecía la antítesis, pues llevaba con filosófico desenfado las usadas ropas, signo de larga incuria, mostraba en la cara el rastro de la necesidad, y cuanto decía era agria protesta contra la ingratitud social, la decadencia de los ideales políticos y el menosprecio que se tenía por los veteranos, servidores y mártires de la Causa.

—¡Cómo ha cambiado esto, mis queridos amigos! —se quejaba el militar con voz amargosa—. A quienes fuimos a los campamentos, y teñimos con nuestra sangre los campos de batalla, se nos mira con lástima y burla. Somos parias, leprosos. Cualquier advenedizo de hoy merece más consideración. Miren hasta dónde llegan las cosas, que para conseguir cualquier ruín empleo de portero hemos de someternos a humillantes viacrucis y avergonzantes farsas e intrigas. ¿Y todo para qué? Muchas veces para no conseguir siquiera un mísero hueso.

El militar devuelto forzosamente a la vida civil, seguía exponiendo agravios, enumerando injusticias, poniendo de presente en todos los tonos su precaria situación económica. Los otros, sus interlocutores, lo dejaban desahogar a sus anchas, persuadidos de que la hemorragia verbal le producía efectivo alivio.

Con acento que prometía grandes revelaciones, el funcionario público comenzó a hablar de posibilidades y perspectivas, reformas que se tenían en mente, modificaciones probables en el tren burocrático, y otras ocurrencias inciertas pero verosímiles, todo lo cual no tenía en verdad la índole de las afirmaciones rotundas, pero dejaba en cambio abierto, ancho campo a las conjeturas. Y las conjeturas son algo de que el público se alimenta con pueril apetito, ávido a todas horas de cosas truculentas, noticias gordas y acontecimientos sensacionales. El monótono suceso diario lo aburre. Por eso cuando nada pasa, cuando ningún hecho nuevo tiene lugar, apela a su imaginación y fantasía para inventar lo que no existe, lo que quiere que exista, y darle visos de realidad.

El doctor Ramírez dijo de pronto:

—Desde ayer se habla en la ciudad de una posible crisis en el gobierno seccional. ¿Puede decirnos algo al respecto?

—Con la debida reserva —respondió el funcionario bajando la voz—, puedo contarles que efectivamente parece planteada una crisis en los altos sectores oficiales. No puedo por el momento darles información más precisa, pero mis nexos con el gobierno, y la intervención decisiva que tengo en todas sus determinaciones, me permiten asegurarles que no es nada difícil que de un momento a otro el público reciba cualquier sorpresa.

—Y en el supuesto de que habrá cambios de personal —inquirió el médico—, ¿se han estudiado ya candidatos para el reemplazo?

—Candidatos hay muchos, doctor Cárdenas. Son las circunstancias políticas las que indican a los individuos.

—Ya suenan algunos por ahí —advirtió el magistrado.

—Suenan... suenan... —repitió el funcionario —pero no es más que sonido.

—A propósito —dijo Cárdenas— resulta curioso este fenómeno colectivo que ocurre cada vez que se trata de proveer cargos públicos, grandes o chicos. Empiezan a sonar nombres como cuando se llama a lista. Y lo más divertido es que invariablemente suenan los mismos

nombres. El público tiene una especie de repertorio que maneja a su amaño. Y así como hay individuos en quienes se piensa fatalmente cuando se necesita un orador para cualquier entierro o banquete, existen también sujetos que parecen irremediabilmente destinados a sonar cuando se presenta cualquier vacante en el casillero burocrático.

Lo interrumpió brusco alboroto que venía de la calle. Debían de ser las siete pasadas, y el nocturno tráfago comenzaba ya. Afuera estallaban cohetes, sonaban gritos. Largo rumor de muchedumbre llegaba allí, como eco de lejanas mareas. De improviso, agitando el bastón triunfalmente, hizo irrupción en el Café el abogado Marcos Andrade. Venía jadeante, sudoroso, magnífico.

—¡Uf! —exclamó saludando a sus amigos— fue una jornada bárbara... y estupenda. Auténtica jornada democrática.

Estaba algo ronco, pero su voz seguía siendo fuerte y jactanciosa.

—¿Sintonizaron mi discurso? —preguntó luego—. Dos horas de oratoria, mis queridos señores; por poco quedo afónico.

El magistrado y el médico declararon que lo habían escuchado; los otros no pudieron oírlo, pero convinieron en que lo escucharon también. Todos lo congratularon con efusión.

—Después de que hablé —siguió tronando Andrade—, se organizó una gran manifestación. Me sacaron en hombros. ¿Cuántos manifestantes cree que hubo, doctor Cárdenas?

—Eso depende. Los unos dirán que cuatro gatos desocupados; los otros, que una multitud llenando diez cuadras. En esto, todo es según el color del cristal político con que se mira. Para mayor acierto, espere los periódicos de mañana: ellos dirán, cada uno a su amaño, si fueron ciento cincuenta, o quince mil los manifestantes.

—Cierto, cierto —asintió Andrade soltando qué risotada.

—¿Y cuáles pronósticos hay para la elección de mañana? —averiguó Ramírez gravemente.

—Pues que triunfaremos en toda línea.

—Pero se asegura que hay hasta doce listas.

—No importa. Triunfará la plancha popular, que encabezo yo.

Sonaron más cohetes, más gritos. La multitud empezó a exigir afuera la presencia de Andrade. Aclamaban su nombre con estridencia.

–Me voy, me voy –dijo–; me reclama la democracia.

Y salió agitando el bastón como símbolo de victoria.

–Andrade tiene gran porvenir –opinó Ramírez viéndolo alejarse.

No habían transcurrido diez minutos, y ya la algazara popular se desvanecía en la distancia, cuando penetró al Café Martín de la Hoz, el ubicuo reportero.

–¡Ilustres ciudadanos! –dijo en son de salutación, aproximándose a la mesa–. Saludo complacido a la Magistratura, la Medicina, la Burocracia y la Milicia.

–¿Qué nuevas hay, dinámico señor de la Hoz?

–No sospechan la “chiva” fenomenal que me he levantado.

–Suéltela, hombre, suéltela.

–No tengo inconveniente esta vez; pero exijo la reserva absoluta, por lo menos hasta mañana.

–Puede contar con nuestra palabra.

–En tal caso, allá va. El Gobernador acaba de enviar su renuncia a Bogotá. Hace un momento pasó el despacho telegráfico.

La noticia produjo la natural sorpresa en el grupo. El veterano dio un brinco en la silla. En cambio, el funcionario se quedó inmóvil, mudo, como atacado de imprevista atonía; había palidecido, y su estupor era manifiesto y patético.

Cortó el desconcierto general una nueva pregunta del magistrado.

–¿Cómo ve usted, de la Hoz, el debate que se avecina?

–Los indicios hacen esperar que será reñidísimo. Hay varias listas, y la opinión se muestra muy dividida. Respecto a los candidatos, les cuento que promoví una encuesta en regla entre gentes de todos los campos. Resultó muy interesante, por cierto.

–Díganos algunas respuestas.

–Al doctor Andrade, por ejemplo, sus opositores lo acusan de olvidar su origen y tener pretensiones aristocráticas.

–¡Hum, hum! –hizo el magistrado con sorna.

–De otro candidato aseguran sus adversarios que es un camaleón de la política. Lo miran con desconfianza por eso.

–La política misma es un camaleón –afirmó Cárdenas.

–Pero sin duda el candidato más combatido es un señor a quien le hacen el grave cargo de no tener ideas ni principios. Sus enemigos sostienen que hasta hace poco militaba en el partido opuesto.

–De estos hay muchos –anotó el doctor Ramírez. El funcionario, que había permanecido callado, se dirigió al reportero para decirle:

–¿Está usted bien seguro, amigo, de haber visto el telegrama con la renuncia? ¿Lo leyó usted acaso?

–Tan seguro estoy, que mañana saldrá la noticia en mi periódico.

–Si es que no resulta un *bluff*, como tantos.

XV

Desde que conoció al Teniente Loaiza, quien le fue presentado en una fiesta en el Casino de la Base, Julia se valió, sin resultado favorable, de distintos e ingeniosos recursos para alejarlo de su hermana. Recordaba que la impresión que tuvo, cuando lo vio por primera vez, y estando ya prevenida en contra suya, fue muy diferente de la que esperaba o deseaba. Lejos de serle desagradable, le inspiró simpatía por su actitud discreta y reservada, y por sus corteses modales. Le gustó también su aire serio, que parecía velar vaga melancolía.

Pero Julia no era mujer en quien prevaleciesen las impresiones, y mucho menos sobre sus sentimientos e ideas. Para ella las conveniencias de familia primaban sobre todo. Y con tal criterio analizaba fríamente las cosas. Interesada vivamente en que Carmen hiciera un buen matrimonio, tomó partido desde el principio en favor de Góngora, y apenas era lógico, por lo tanto, que cualquier otro pretendiente encontrase su decidida oposición. Con frecuencia pensó en tan importante asunto familiar, y hasta se preguntó muchas veces si tenía en verdad derecho para intervenir en forma tan imperiosa en la voluntad y los sentimientos de Carmen. Siempre, invariablemente, su conciencia le respondía que sí. Resuelta, sin escrúpulos ni vacilaciones, tomaba, pues, su parte, en aquella pequeña lucha doméstica, convencida de que tal era su deber, y así servía bien a los suyos.

Repasaba con cierta burla, y hasta con risueña satisfacción, la lista de pretendientes. El comerciante Jeremías Otero, hombre de gran fortuna, pero ordinario y pasado ya de la edad. El abogado Marcos Andrade, inteligente y con carrera, pero... le parecía absurdo sencillamente pensar en matrimonios por el estilo. ¡Una Fernández Urquijo, mujer de un simple doctor Andrade! ¡Y qué tipo! De dos o tres aspirantes más no había para qué hablar: muchachos de sociedad, de los cuales el uno se hallaba en tales condiciones que la mujer tendría qué hacerse cargo de él con seguridad; los otros eran completamente insignificantes.

La rivalidad quedaba planteada, pues, entre el aviador Loaiza y el ingeniero Góngora; o como decía con gracejo su amiga Dalia Montenegro entre la hélice y el teodolito. Sólo que, para Julia, la ventaja efectiva se encontraba del lado del ingeniero. ¿Qué marido más completo y cabal podía esperar Carmen? Gran posición social, riqueza, prestigio, porvenir brillante, apellido ilustre, juventud. El aviador, en cambio ¿quién era? Aún no se sabía con seguridad. Julia pensaba con displicencia que no debían de ser muchos sus títulos.

Algo había, sin embargo, en que ella no pensaba jamás, y si lo pensaba le desconocía toda importancia: el amor. ¡Bah! Cierto que en el particular Carmen era el árbitro; pero el amor es a veces tan relativo, tan relativo...

Esa noche, los salones del club resplandecían de luces y mujeres. Se celebraba una gran fiesta, con concurrencia extraordinaria. Julia se había dirigido allí con su marido al salir del teatro. Carmen iba con ellos. Las dos hermanas hacían encantador contraste atrayendo todas las miradas: la una con su figura arrogante y sus ojos magníficos; la otra con su estilizada silueta que el largo traje de baile aprestigiaba con sus líneas graciosas.

El vaivén de la gente las separó. Pronto la mirada ansiosa de Carmen descubrió la presencia del aviador, única que le interesaba. Se descubrieron mejor dicho, pues también el Teniente Loaiza la buscaba afanoso hacía rato entre la elegante muchedumbre. Ella permaneció

de pie, emocionada y risueña, esperando que él se acercase.

–¡Por fin! –exclamó Loaiza cuando estuvo a su lado, y con tono en que se confundían tenue reproche y reprimido júbilo–; ¡por fin llega usted, Carmen!

Le estrechó la diestra con cierto anhelo, como si recuperase algo propio y de mucho valor que hubiera perdido; y agregó:

–No sabe la angustia que he vivido estos minutos interminables. Sentía necesidad imperiosa y urgente de verla. Por eso fui de los primeros en comparecer a esta reunión.

–Yo también deseaba verlo, Camilo. Pero ya estamos aquí juntos y siento que soy feliz en su compañía. Ahora, lléveme a bailar –le pidió recogiendo con delicioso ademán la falda sedeña, mientras la orquesta preludiaba lento y voluptuoso vals.

Julia, entre tanto, seguía con disimulada atención los movimientos de la pareja. A poco de apartarse de Carmen, y mientras Reinaldo se unía a un grupo de amigos, tropezó en uno de los salones con el ingeniero Góngora que acababa de entrar.

–¿Y Carmen? –fue lo primero que preguntó, después del saludo–; ¿no vino a la fiesta?

–Vino –respondió Julia bromeando–. ¿Cómo podía prescindir de ver esta noche al doctor Luís Felipe Góngora... y a ese famoso Teniente Loaiza?

–¿Se refiere usted al aviador, Julia? ¿Está aquí?

–Naturalmente, mi querido amigo; y ya le cogió buena ventaja, a juzgar por lo que sucede. Venga conmigo, para que vea cómo andan las cosas.

Se prendió a su brazo para dirigirse al salón principal. Perdidos entre los grupos que no bailaban en ese momento, vieron pasar al aviador llevando en sus brazos la figura grácil de Carmen. Pero Góngora no se inmutó. Era hombre mundano, y sabía controlarse. Sabía también algo de esos amores; mas ¿qué importaba lo que podía ser simple capricho o pasajero *flirt* de una mujer joven? No le alarmaba el entusiasmo que demostraban uno y otro, cosa muy natural por

cierto en casos como el que ahora tenía delante. Amaba a Carmen, y su amor era sincero y profundo; pero pensaba que no llegaría a su corazón por caminos frívolos, sino por sendas lentas y seguras de persuasión y de comprensión inteligente.

Los ojos de Julia se clavaban en él al soslayo. La desconcertó un poco tal impasibilidad. ¿Varonil orgullo? ¿Disimulo? No quiso entregarse a cavilaciones impropias del momento, y arrastrando de nuevo consigo a Góngora, se deslizó entre las parejas danzantes. En el dulce vértigo del baile, y a pesar de que su atención continuaba entregada al animado diálogo con el ingeniero, se dio cuenta cabal de que Reinaldo la observaba con extraña insistencia. Dos o tres veces creyó percibir una luz sombría en el fondo de sus pupilas.

Cuando la música cesó se acercó con Góngora al sitio donde se hallaban en aquel instante el aviador y Carmen.

–Teniente Loaiza –dijo sonriendo– ahora bailará usted conmigo... si no le disgusta la propuesta.

–Al contrario, señora; me halaga y me honra la invitación.

Julia se volvió hacia el ingeniero, siempre sonriendo.

–Y usted, doctor Góngora, dispensará que sea tan mala y tan inconstante compañera. Pero tengo que abandonarlo. En cambio, –agregó indicándole a Carmen– allí tiene una dama que acaso no le desagrade.

Tomó el brazo del aviador, y se alejó con él al compás de la danza. Pasado el rápido estupor, Góngora y Carmen siguieron también la alegre corriente bailadora. Durante mucho rato permanecieron silenciosos; pero el ingeniero habló al fin. Como otras veces, como la noche del último concierto, omitió deliberadamente toda mención de su propio asunto sentimental. No lo creía oportuno aún. Pero sus palabras tenían, hablando de los temas más frívolos y los asuntos más triviales, tonos cálidos y acariciadores, y sus ojos brillaban con llama de pasión contenida. Carmen parecía escucharlo, no oyéndolo en realidad; rehuía su mirada para fijarla con tenaz obsesión en la pareja que formaban Julia y Loaiza, acercándose y alejándose en las

caprichosas vueltas del baile.

Así pudo ver que hablaban con animación, riendo en ciertos momentos. El Teniente Loaiza parecía muy interesado en lo que su compañera decía, y él también se expresaba con calor que complacía sin duda a Julia, a juzgar por el gozo que su semblante delataba. La verdad es que el aviador ponía todo su empeño en serle agradable. Un instinto certero lo impulsaba a ganar la voluntad de aquella mujer, hermana de la que su corazón amaba, y que debía ejercer sobre ella influencia indudable.

Simulando no verlo, Carmen seguía con asombro el extraño juego, comenzando a sentir que en su alma se enroscaban como parásitas los venenosos áspides del rencor y los celos. Pero no era ella sola la que sufría; un hombre seguía también, con angustia y sorpresa, el inquietante escarceo de Julia: Reinaldo. Desconcertado, y con evidente malestar, se preguntaba éste, qué podía inducir a su mujer a ese *flirt* peligroso y comprometedor. ¿Coquetería? ¿Simple deseo de divertirse? Pero lo dejaba perplejo la contradicción de los hechos. ¿No era, pues, el ingeniero Góngora el que tenía su predilección amistosa? ¿Por qué resultaba ahora demostrando tanto interés por el aviador?

Julia se detuvo de pronto, diciendo:

–Lléveme al bar, Teniente Loaiza. Siento un poco de sed.

Mientras bebía a pequeños sorbos el contenido de la copa, sus ojos observaban con aparente negligencia a los que entraban y salían. Dos muchachas acompañadas de un caballero, llegaron en seguida. Como una de ellas quedara allí, indecisa, porque el caballero se fue a bailar con la otra, Julia, que la conocía bien, la llamó amablemente, para presentársela a Loaiza.

–Teniente –anunció con su tono de gracioso mando que no admitía réplica– voy a descansar ahora. Déjeme aquí, que mi marido vendrá por mí en seguida.

El aviador iniciaba una reverencia, encantado de verse libre para volver a Carmen, cuando Julia repuso:

–Pero no se irá solo; llévese de compañera a Lucía.

¿Cómo eludir el compromiso? La muchacha esperaba sonriente que le ofreciera el brazo, y era por cierto primorosa mujer: blanca, delgada, con ojos color opalino y rizada melena de mies en sazón. Se alejaron luego, mientras Julia permanecía inmóvil junto al mostrador del bar, mordiéndose los labios para contener la risa que pugnaba por asomar, a manera de flor de triunfo y picardía.

Cuando Carmen se percató de que Loaiza bailaba, ahora con otra mujer, indudablemente bonita y seductora, sintió que olas de sangre le subían hasta el rostro. Su corazón se estremeció de ira y de pena. Había vuelto a bailar con el ingeniero, asediada por éste, dándose cuenta de improviso de que ya no le eran indiferentes sus frases frívolas y galantes. Talvez se engañaba ella misma, pero comprendía que no la desagradaba su engaño.

De allí en adelante, pareció haber olvidado por completo a Loaiza. Esquivaba hábilmente su proximidad, y fueron inútiles los repetidos intentos de éste para hablarle otra vez. Ni siquiera pudo despedirse cuando, poco antes del alba, Carmen abandonó la fiesta en compañía de Julia y Reinaldo.

Durante el trayecto permaneció sumida en hondo mutismo. También es verdad que ni su cuñado ni su hermana hablaron palabra. Los transía por igual el pensamiento torturador. Pero Julia no estaba triste, ni preocupada, ni siquiera distraída. En las penumbras del coche brillaban sus grandes ojos con satisfacción recóndita, mientras que Carmen, resentida de veras, la miraba a hurtadillas de cuándo en cuándo.

Ya solos en su casa, Julia exclamó dirigiéndose a su marido:

–Fue una espléndida fiesta la de esta noche. Pocas veces he estado tan contenta como hoy. La concurrencia, la música, la alegría... ¡Cómo me he divertido!

–Me di cuenta perfectamente de que te divertías –respondió Reinaldo con tono ambiguo y levemente irónico.

Y añadió, como si se escarneciera él mismo:

–Yo también estuve muy divertido.

XVI

Camilo Loaiza se dirigió despacio hacia el bar. Pálida luz, la del amanecer, ponía su nota triste y friolenta sobre los salones desiertos. De codos contra el mostrador, dos bebedores tenaces hablaban estropajosamente, mientras apretaban en las manos temblonas sendos vasos a medio llenar. Loaiza pidió que le sirvieran licor, y sin afanarse, silencioso y hosco, consumió tres copas seguidas. De allí se encaminó al guardarropa.

Recordó, en tanto que se ponía el abrigo, que necesitaba pedir el automóvil a la Base. Oh, sin duda tendría qué esperar largo rato. Decidió entonces telefonar para que le mandaran carro de plaza. Luego descendió hasta el vestíbulo.

En su cerebro, y mientras avanzaba por la Avenida Uribe, siguiendo una de las vías que forma la línea central de pequeños y angostos prados cubiertos de césped y punteados de faroles, se enredaban confusamente los pensamientos. Quería coordinar ideas, analizar la extraña situación en que se encontraba; pero la cabeza pesada, turbia de vapores de alcohol y brumas de sueño, no le servía para nada, ni siquiera para recordar con precisión los incidentes de la noche.

Casi al llegar a la Estación le ordenó al chofer que parara. Le pagó, y siguió a pie. Necesitaba moverse para sacudir el marasmo enervante. A lo lejos sobre las cordilleras, ascendía el sol bañando la ciudad en

luz tibia y clara. Gentes madrugadoras, que iban a las fábricas, a los talleres, a sus ocupaciones distintas, le daban al naciente día su habitual y típico aspecto de animación y tráfigo laborioso. Era la misma carrera cotidiana y febril que empuja por igual al rico y al pobre, al empresario y al obrero, tras la ambicionada meta de la ganancia, tras el señuelo tiránico y atormentador del dinero.

En una bocacalle varios trabajadores arreglaban la vía. Los buses de línea pasaban estrepitosamente, conduciendo su carga humana de gentes del pueblo y pobladores del agro, camino de los mercados. Loaiza apresuró la marcha, adoptando el paso gimnástico. El aire fresco de la mañana era como un tónico. Frente al edificio de una fábrica, enjambres de obreras jóvenes y locuaces esperaban que abrieran las puertas para principiar el trabajo.

Ahora seguía la ancha carretera central, que conduce a la Base y al puerto fluvial de Juanchito. Ya no llevaba mucha prisa; pero no podía pensar aún. Caminaba; avanzaba con paso de autómata. En su mente sólo una noción permanecía clara y precisa: la necesidad de llegar y tumbarse sobre el angosto catre, como un gañán cansado. Llegó, en efecto, y se desplomó pesadamente.

Cuando, tras de varias horas de sueño, recobró la plena conciencia, doble y áspera sensación lo atosigaba: sabor de acíbar en el paladar reseco de sed, amargura punzante en el ánimo torturado. Ahora recordaba con sorprendente precisión los nimios detalles de la suntuosa fiesta de la víspera, dándose cuenta cabal de la situación. Llamó al ordenanza de servicio para pedirle cualquier bebida fría y se entregó a sus reflexiones.

¿Qué pudo haber motivado la veleidad de Carmen? Porque su indiferencia era cierta. Lo comprendió muy bien, al intentar sin éxito regresar a su lado, y cuando ella se fue sin decirle adiós. Examinando su conciencia, no se encontró culpable, a pesar de todo. ¿No fueron las circunstancias las que se encargaron de separarlos? ¿No fue...? Comprendió de pronto, con intuición súbita, lo que, entre el aturdimiento y frivolidad de la fiesta, no alcanzó a adivinar entonces. ¿Cómo

explicarse, no siendo por ocultos propósitos, la repentina simpatía de Julia y sus ostensibles demostraciones? Pero, ¿por qué? ¿por quién? ¿Lo amaba Julia acaso? ¿Qué interés podía aconsejarla contra los sentimientos que a él y a Carmen unían?

¿Los unían en realidad? ¿Los unían aún? Loaiza pensó si sería realidad aquello, o si continuaba siendo simple ilusión como al principio. Porque lo cierto era, contra antecedentes y todo, que ahora no se habría atrevido a afirmar que Carmen lo amaba. Desolada falta de fe le llenaba de improviso el espíritu. ¿Quién podía asegurar que no fue el iluso del propio anhelo? ¿Y la pobre víctima de la esperanza demasiado confiada?

Mas sobre su razón estaban sus sentimientos imperiosos. El amor que sentía por Carmen no admitía lógica ni argumentos contrarios. La amaba, y eso era todo. La amaba, y no concebía dejar de amarla. Su instinto, o su concepción del amor, era algo tan definido, religioso y fatal, como el inflexible sentido que tenía del deber y la palabra empeñada; de ese sentimiento tiránico de la obligación, que tan bien conocían sus compañeros, y que le dio en todo momento sostenido cartel de prestigio y autoridad. Por eso, y porque desde el primer instante comprendió que amarla era su destino, se estremecía ante la sola hipótesis de perderla.

Haciendo esfuerzos para despreocuparse, fue hasta el casino, donde le sirvieron sobrio desayuno. Ojeó por encima el periódico matinal. Dedicó largo rato a contestar cartas particulares. El resto de la mañana lo pasó en prácticas de vuelo reglamentarias. El personal de pilotos de la Base se entrenaba de tiempo atrás para una gran revista aérea anunciada con bastante anticipación.

Por la tarde fue a la ciudad. Lo empujaba la esperanza tímida de un encuentro casual, el angustioso deseo de volver a verla. Con distintos pretextos recorrió los centros sociales, visitó almacenes, estuvo en las canchas de tennis. En la calle, entre el compacto y ocupado gentío que se movía en todas direcciones, la buscaba con ansiedad, esperando verla de pronto, pareciéndole muchas veces que era ella cualquier

muchacha que pasaba y ofrecía pequeños detalles de semejanza. Pero ¿qué le diría si la encontraba? No lo sabía; ni siquiera había pensado en ello. Sabía únicamente que necesitaba hablarle, sentirla un momento junto a él, mirarse en sus ojos, escuchar su voz aunque estuviese llena de reproches.

Tras de infructuosas andanzas, entró a un Café, para descansar. No había allí ningún conocido. Se abstraigo en sus cavilaciones, sin percatarse por mucho rato de lo que ocurría en torno suyo. Apenas se dio cuenta de que una cafetera le preguntaba si quería alguna cosa. Como moscas impertinentes zumbaban a su alrededor tenaces vendedores de lotería, limpiabotas, insoportables anónimos que se ignora qué oficio tienen, que tratan a todo el mundo con familiaridad y que, previo discursito a propósito, formulan repentino préstamo, acabando por transar por un cigarrillo. Loaiza no los veía, no los oía en esta ocasión. Cuando lo dejaron por fin en paz, pudo reflexionar con más calma.

Entonces pensó —¿cómo no se le había ocurrido antes?— encaminarse en busca de Dolores Urquijo, su bondadosa amiga y protectora. No vaciló un momento cuando llamó a la puerta con tres golpes discretos. Precedida por el perrito blanco, todo lana y cintajos, que latía con obstinada insolencia, y al son arbitrario de los desaforados gritos de la lora, Dolores salió a ver quién era. Al reconocer al aviador hizo un gesto de indecisión y sorpresa. La inesperada visita la alarmaba visiblemente. ¡Ella que nunca recibía hombres solos en su casa! O no lo recibía, mejor dicho, en ninguna forma, ni con el pretexto más santo.

No supo en el primer momento qué resolver: si mandarlo seguir, o permanecer en la puerta hasta saber por lo menos qué lo llevaba allí. Porque debía haber motivos, razones poderosísimas, suficientes para justificar lo que estaba pasando. Loaiza comprendió sus escrúpulos, y exclamó, sin ánimo para reír:

—Vengo a hablarle de Carmen, señorita Dolores.

—¿De Carmen? ¿Pero qué le ocurre a esa criatura, Teniente Camilo? Me asusta usted, porque lo dice de una manera...

–Yo mismo no puedo decirle qué es lo que ocurre –contestó el aviador con acento tan dolorido y expresión tan patética que su interlocutora no pudo menos que sonreír compasivamente.

–Pero, ¿se va a quedar ahí plantado en la puerta? –dijo Dolores de improviso, como si nada hubiera pasado, y pensando que al fin y al cabo Loaiza tenía cierto derecho para venir a verla, puesto que había estado allí en tres ocasiones a entrevistarse con su sobrina.

Sentados los dos en la salita, y mientras la dueña asumía actitud recogida y digna, el aviador empezó a hablar del asunto que lo preocupaba. Se guardó cuidadosamente de mencionar detalles del baile, y como sólo le interesaba verse con Carmen, para tener una explicación, concluyó diciendo:

–¡Si pudiera hablarle aquí mismo! ¡Si ella consintiera en venir! Pero no vendrá por su propio gusto. Estaba tan terriblemente enfadada.

–¿Y por qué dice que no vendrá? ¿Tanta razón le da entonces a su enojo?

–No, no es eso. Ella vendría quizás si hubiese alguien que la persuadiera. Usted, por ejemplo, señorita Dolores; usted a quien tanto ella quiere, y que tanto influye en su ánimo.

–Las veces que se han visto aquí, en esta casa– creyó conveniente advertir Dolores–, y que fueron contadas, Carmucha tomó siempre la iniciativa. Yo no le insinué jamás nada. Esto lo hago presente, Teniente Camilo, para que no vaya a pensar usted... No, no me interrumpa. Ya sé que usted es un caballero, y además de esto hombre agradecido. Lo que quiero decir es que, si tiene usted de veras tanto empeño de verla, no debe precipitar las cosas. Hay que tener paciencia, Teniente Camilo.

Tras estudiada pausa, Dolores continuó:

–Carmucha viene a verme de vez en cuándo. Yo le hablaré con diplomacia, del caso. Pero no atropelle los hechos. Llegado el momento le avisaré a usted si es preciso que venga.

Uno de los gatos entró majestuosamente; se aproximó al aviador, frotando el hocico contra una de sus piernas. Sin poder sustraerse a ese sentimiento instintivo que induce a halagar al interlocutor, cuando

se tiene interés en ello, Loaiza acogió al felino con simulado afecto, acariciándolo un momento en el lomo. La verdad es que le interesaba el animalito tanto como la suela de sus zapatos.

Afuera, en el corredor, comenzó a declamar la lora.

—¡Ajá —explicó Dolores—: ya está Cuquita con hambre. Bueno, Teniente Camilo, váyase ya. Podrían pensar las gentes...

Loaiza se despidió con gran respeto y lisonjeras reverencias. Desde la calle alcanzó a oír todavía el estrafalario discurso de la lora. Atardecía. Caminando, y pensando en su situación, y en tantos detalles, prosaicos y risibles, admitía él mismo que el amor es algo dulce y amargo, sumiso y despótico, y que con sus alegrías y sus penas lleva también, como extraño y complejo equipaje, cosas grandes y dramáticas y quisicosas pequeñas y cómicas.

XVII

Habían pasado varios días. Herida hondamente por los incidentes del baile, que los celos y el amor agravaban exagerándolos, Carmen sentía crecer su resentimiento y sus agravios. Pero no era contra Loaiza no más que se dirigían sus enojos; también contra su hermana, cuyo proceder inaudito la llenaba de encono y le conturbaba el espíritu con oscuras sombras de duda. Oculto y creciente rencor, y sorda y tenaz irritación, le transían el alma, previniéndola contra todos y todo, como si a su ingenuo optimismo y a su despreocupación alegre de antes los reemplazara ahora el prematuro desencanto de cuanto fue hasta entonces motivo de ilusión y gozo.

Nada podía atraerla ni suscitar su entusiasmo ya. Pasaba los días metida en su cuarto, o ambulando por la casa, predispuesta siempre a reñir con cualquier pretexto, y muy vidriosa. En vano venían sus amigas, jubilosas y parlanchinas, trayendo con ellas la algazara jovial y el amable mensaje de la alegría. Ni el frívolo chisme, ni las novedades galantes, ni la perspectiva multicolor de espectáculos y fiestas la interesaban. Y sus amigas se asombraban de veras ante la inexplicable displicencia, sin alcanzar a comprender que existiesen penas, dolores, o siquiera pequeñas contrariedades, para quien nunca parecía haberlas conocido.

Una tarde en que Julia se demoró a almorzar en casa de doña Mercedes, se encontraban todas en el salón, a donde entraba apaciguado el resplandor del sol bochornoso. El calor las sumía en pesada somnolencia, especialmente a doña Mercedes que cabeceaba a ratos, sin caer en completo sopor. La conversación era lenta e intermitente. Carmen se había sentados un poco apartada, y hojeaba con indolencia revistas deportivas. No habló durante el almuerzo, y ahora seguía en igual mutismo.

–Mamá –exclamó Julia rompiendo la tirantez que allí había– despierta bien y préstame atención, porque necesito decir algo muy importante. Algo que se roza con la familia.

–¿Eh, qué dices? –respondió la dama, despabilándose–. ¿Se trata de Pepe? Ah, ese muchacho es capaz de hacer cualquier día una trastada, y darnos un susto.

–No, tranquilízate; no se trata de Pepe.

–Pensé que le hubiera ocurrido algún accidente. ¡Que Dios lo tenga de su mano, y lo libre de todo mal! Pepe es tan inexperto, y tan confiado.

–Lo que quiero decirte, y a Carmen también, –añadió mirando hacia ella– es algo de sumo interés para todas nosotras, y por lo tanto conviene que lo tratemos con claridad. Y también con sinceridad.

Carmen miró a Julia con expresión indefinible. Sin mover los labios, continuó hojeando con apatía la revista que tenía en las manos. Pero Julia no se preocupó por tal actitud. ¿Cómo puede una mujer engañarse sobre el significado de un gesto o un ademán que es indudablemente fingido? Segura, pues, de que Carmen sí la escuchaba, aunque aparentase lo contrario, habló de esta guisa:

–Carmen está ya en edad de casarse. No quiero, por supuesto, decir que debe casarse, si tal no es su voluntad. Pero como todo permite suponer que ella sí piensa en serio en esta cuestión, nada más natural que la familia tome cartas en el asunto, o sepa por lo menos, en el caso de un compromiso, si la cosa conviene o no. ¿No te parece, mamá?

–Claro que sí, hija, claro que sí –convino doña Mercedes con

manifiestos deseos de volver a hundirse en el agradable letargo.

En seguida, despabilándose de nuevo, inquirió:

—¿Como que decías que todo permite suponer...? ¿Qué era lo que decías de Carmen, que no comprendí tus palabras?

—Me parece —afirmó Julia acentuando con intención la frase— que los amores de Carmen con el Teniente Loaiza no son ya misterio para nadie. Naturalmente, la gente empieza a pensar que se trata de un matrimonio. Y esto es, justo y cabal, lo que me preocupa. Porque, si no fuera más que pasatiempo...

—No, hija, pasatiempo tampoco. En mi época ninguna mujer que se estimara habría consentido en practicar ese jueguito que ahora llaman flirteo.

—Hoy los tiempos son otros, mamá; bien lo sabes. Pero volviendo a nuestro tema, digo y repito que es necesario aclarar y definir esta situación. Casarse no es la cuestión; la cuestión es saber con quién va una a casarse.

—Indudable, hija, indudable.

—Pero no es esto lo que parece pensar precisamente Carmen.

La aludida intervino de pronto, con tono agresivo.

—¿Y qué sabes tú lo que yo pienso, Julia? Cualquiera diría, viendo el calor con que hablas y el interés que demuestras, que eres tú la que va a casarse.

—¡Carmen, por Dios, qué cosas dices! —exclamó conciliadora doña Mercedes.

Sin darse por entendida del enfado de aquélla, Julia continuó imperturbable:

—Sin tratar de ofenderlo, soy de opinión que el Teniente Loaiza no es el marido para Carmen. En repetidas ocasiones he hecho presente los inconvenientes que ofrece su profesión, tan aleatoria como expuesta. ¡Un marido con quien no se tiene la seguridad de contar para el día siguiente!

—Lo mismo le he dicho a Carmen, hija. Hasta le he dado cantaleta. Pero ella, como si oyera llover.

—¿Y qué dices tú, mamá, de la genealogía del Teniente? Ni siquiera se sabe a ciencia cierta quién es. Nadie le conoce aquí la prosapia. Yo no digo que sea un cualquiera, ni pretendo negarle méritos, pero... ¿es que no tiene derecho Carmen a pensar en un matrimonio razonable?

—Un matrimonio razonable es el que te parezca a ti, simplemente.

—Te equivocas, Carmen. No tengo más interés que el de la familia. Y no pienses que hay cálculo de mi parte si digo que llevarías al presunto matrimonio una dote cuantiosa y él no; nada más que su profesión. No es esto lo tradicional.

—Bien sabía yo —declaró Carmen con cierto desdén— que la pobreza de Loaiza es uno de los grandes defectos que le encuentran. A mí también, como a tantas, la familia previsora quiere casarme echando cuentas ventajosas.

—Pero si eso es de sentido común, hija.

—En tal caso, hay un pretendiente de primera: don Jeremías Otero.

—A pesar de la gravedad de la charla, doña Mercedes y Julia no pudieron contener la risa.

—¡Qué disparates dices! Un señor casi anciano...

Carmen, sin perder su tono rijoso, y ahora con dejo amargo y ligeramente sarcástico, increpó a su hermana:

—Te he oído, Julia, y me estoy riendo por dentro. No pensabas tan mal del Teniente Loaiza la noche del baile. Qué pronto y con cuánta facilidad cambias de opinión.

—¿Quién te ha dicho que mi opinión es distinta ahora?

—Ah, ¿de modo que sigues pensando como entonces?

—Bien o mal, sigo opinando lo mismo.

—Pues te contradices de la manera más lastimosa. Aquella noche, de la que no quisiera acordarme, todo el mundo pudo pensar que la señora del doctor Reinaldo Montejo le encontraba al Teniente Loaiza las cualidades a porrillo.

—¡Carmen!

—Déjame hablar, que me parece que tengo el alma llena de hiel. Esa noche no hicieron sino humillarme. Me humillaste tú, haciéndome

beber la humillación con el despecho y la rabia. Me humilló Lucía Sanclemente. Hasta esa tonta de Merceditas Otero quiso humillarme pavoneándose con Camilo por el salón, como si llevara un trofeo. Pero ni a ti ni a ellas las culpo. Lo culpo a él, a quien no le perdono su proceder y lo que sufrí aquella noche.

Se le quebró la voz de repente. Cubriéndose con las manos los ojos, empezó a sollozar con bruscos espasmos, mientras su cabeza se doblaba un poco hacia adelante.

Pasado el acceso, Julia anotó sagazmente:

–Me parece que tienes razón, Carmen. Yo, en tu lugar, pensaría y sentiría lo mismo. Hay un límite en los sentimientos de toda mujer, que los hombres no deben traspasar impunemente. El amor, por grande que sea, y por lo mismo que es humano, tiene un punto donde su resistencia se quiebra si se le somete a pruebas absurdas.

Adoptando en seguida tono más persuasivo:

–Quisiera convencerte, Carmen, de que mi interés es por ti únicamente. Puedo considerar estas cosas sin apasionamiento, porque personalmente en nada me afectan. Bien decías hace poco que no soy la que me voy a casar. Pero otro asunto es la conveniencia familiar, y tu porvenir sobre todo.

–Sí, eso es –apoyó doña Mercedes–; tu porvenir.

–¿Por qué, Carmen –prosiguió Julia con calor– no te interesan hombres como el ingeniero Góngora? ¿Que pocas muchachas pueden decir que disponen de un partido mejor, o siquiera semejante! Luís Felipe, lo sabes tan bien como yo, te quiere hace mucho tiempo; su constancia y su discreción no tienen igual. Ahora dime con toda sinceridad qué defectos graves le encuentras. ¿Fortuna? Es tan rico como tú. ¿Posición? ¿Juventud? ¿Abolengo limpio? Todo esto lo tiene de sobra. Yo en tu lugar, no vacilaría en la elección.

–Ya lo creo que no vacilarías –asintió Carmen con intención irónica–. Pero hay algo con que parece que no cuentas.

–Sé lo que vas a decirme. ¿El amor? ¿Quién te pide que no te cases enamorada? Mamá, como yo, no exigimos, no te exigiríamos

jamás que sacrifiques el corazón. Te pedimos únicamente que el hombre en quien pongas los ojos sea digno, por todos aspectos, de tu preferencia y cariño.

Ahora Carmen callaba, sumida aparentemente en sus pensamientos, tenues sombras le nublaban la frente, y un tic nervioso le movía los labios como si desfallecieran en ellos palabras que quiso pronunciar pero que se congelaron súbito.

Julia se levantó para marcharse. En el zaguán, antes de salir, abrió la escarcela para pasar por sus labios la puntita roja del lápiz. Ya trasponía el umbral, cuando un cartero se detuvo junto al andén, y se acercó luego preguntando:

—¿Es aquí donde vive la señorita Carmen Fernández?

—Carmen Fernández Urquijo —repitió Julia sorprendida y con repentina intuición— sí, aquí es. ¿Qué se le ofrece?

—Necesito entregarle una carta.

—¿Una carta? Démela usted entonces.

El cartero vaciló brevemente.

—Pero... ¿es usted la señorita Carmen? La persona que me dio esta carta me encargó entregársela en sus propias manos.

—Sí, yo soy —declaró Julia con decisión—. ¿Quiere un recibo?

—No es necesario, señorita.

Se marchó el cartero, y ella quedó un momento inmóvil, indecisa, dudando sobre lo que haría con el inesperado mensaje. Pensó que una misiva para Carmen en las circunstancias actuales, era algo de importancia evidente. ¿Quién podía escribirle? ¿Y por qué ese misterio y aquellas precauciones extrañas?

Con ademán resuelto metió la carta en la escarcela. En el trayecto, y mientras el automóvil corría hacia su casa, abrió el sobre con meticoloso cuidado. Leyó, y tuvo gran sobresalto. La esquela, concisa y elocuente, era de Loaiza, quien imploraba una entrevista. Concluía así: “Le suplico, Carmen, como supremo favor, que acuda a esta cita que le doy. Mañana, a las cuatro, la espero en el templo de San Francisco. Estaré en la nave que da hacia la puerta del perdón. No desoiga

esta voz angustiada. ¡Si supiera mi desesperación! Suyo, Camilo”.

Julia sonrió con cierto pesar, moviendo la cabeza. Ah, no; esa carta no llegaría a su destino. No era posible que llegase. Rasgó en pequeños pedazos el sobre, arrojándolos por la ventanilla, y guardó el papel en la escarcela. Luego dio un suspiro de alivio, y reclinó la cabeza contra el espaldar del asiento, cerrando los ojos.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XVIII

Mucho había vacilado para enviar aquella carta suplicatoria. Pero los días pasaban, y sus reiterados intentos de verla fracasaban melancólicamente. Hasta Dolores Urquijo, su amiga y protectora, parecía haberlo olvidado. ¿Qué suerte correría su pobre mensaje, implorante y humilde porque era el amor que lo inspiraba, y porque fue como desnudo grito de su alma atribulada y llena de tedio lancinante? ¿Escucharía la mujer que amaba ese clamor desesperado que iba a buscarla, ave aterida que volaba bajo la inclemencia del cierzo, en solicitud de alero piadoso?

Se quedó dormido muy tarde, casi a la madrugada. Temprano, asomando tras los cerros el alba, se levantó. Ahora, quizás por la influencia del amanecer, se sentía más optimista, y hasta un poco alegre y confiado. ¡Cuánto tiempo faltaba para las cuatro, el anhelado momento de la cita! La mañana completa, y casi toda la tarde. Entre tanto, ¿cómo apartar de su ánimo la penosa zozobra?

Metido en su traje de servicio, se encaminó a uno de los hangares. Sobre el vasto aeródromo flotaban copos dispersos de tenue neblina. Bajo la humedad matinal, la apretada tierra de las pistas tenía tonos oscuros de cinabrio. La línea remota e irregular de las cordilleras comenzaba a teñirse ya con vivos colores de rejalgar, de dibujos caprichosos, y con azules tintes de zafiro. La atmósfera era limpia y

luminosa, atmósfera clara y cordial que presagiaba buen día para las alas mecánicas.

Camilo Loaiza era hombre meticuloso en el oficio; siempre que iba a volar examinaba el avión concienzudamente. No descuidaba detalle alguno. Tal vez por esto nunca le ocurrían accidentes serios. O por su buena suerte acaso. También es verdad que la técnica del vuelo y la estructura del aparato no tenían secretos para él; las dominaba a fondo.

Esa mañana continuaban los ejercicios de entrenamiento para la gran revista. Sobre el campo había varios pilotos ya y algunos mecánicos, enfundados los unos en sus abrigo, los otros entre sus overoles. Un avión carreteado con lentitud, en busca del viento, se disponía a salir. De repente hizo un “caballito”.

Loaiza observó atentamente el motor. Revisó el cigüeñal, repasó las válvulas, se cercioró de que las hielas y el émbolo funcionaban correctamente. En seguida fue a averiguar si había suficiente gasolina y aceite en los depósitos, y si el paracaídas estaba en su sitio.

Calándose los anteojos, y ajustándose el cinturón, subió a la cabina. Persuadido de que los comandos obedecían bien, y el sentido de los timones era normal, comprobó por último la eficacia de los frenos. Entonces se dispuso a salir.

Jorge Torres le gritó:

—Loaiza, hay una carta para ti.

Se sobresaltó, pensando que podían ser noticias de Carmen; tal vez la respuesta que esperaba, o que no esperaba, puesto que la única contestación admisible para su deseo debía ser ella misma; ella en persona, acudiendo con puntualidad religiosa al lugar de la cita. ¿Qué contendría ese mensaje? ¿Una excusa acaso? ¿Su negativa irrevocable? ¿O tal vez el anuncio feliz de que concurriría? En tales conjeturas y alternativas permaneció algunos minutos, sin resolverse a romper la cubierta. Por fin lo hizo. Pero no era lo que supuso. Era una carta rutinaria, de persona de la ciudad, sobre cualquier pequeño negocio. Se sintió aliviado.

Por la tarde, después de almorzar, fue a dar lección a los aprendices.

A las dos y media principió a vestirse despacio. Loaiza no le había prestado jamás cuidado especial a la empírica operación de cambiar de ropas; lo hacía invariablemente en forma mecánica, despreocupada, y hasta con algo de fastidio. Esta vez, contra su costumbre, le dio a cada detalle del tocado inusitada importancia. Mientras se buía, pensaba con inevitable inquietud en la entrevista próxima. Lo asaltaban temores pueriles. ¿Qué iba a decir a Carmen? ¿Cómo le hablaría mejor para persuadirla, tocando en lo vivo su corazón? El pensamiento exaltado buscaba palabras maravillosas, urdía frases mágicas cuya eficacia fuera segura como fórmula matemática. Le hablaría con suma elocuencia, prodigando sin tasa sus sentimientos y sus ruegos, a la manera del sacerdote que eleva sobre el ara sagrada la magnífica oblación de sus preces. ¿Cómo no había de conmoverse si era lo mejor de él lo que iba a ofrendarle; si era su propio ser lo que le ofrecería sin reservas, en homenaje rendido y humilde?

A pesar de todo, su espíritu iba y venía, con vaivén de columpio, de la confianza a la desesperanza, del optimismo consolador a la duda más pesimista. ¿Y si Carmen no concurría a la cita? No, no podía ser. Su vehemente deseo rechazaba con energía la posibilidad de tal ocurrencia. Iría, estaba seguro. Le parecía absurdo pensar, suponer siquiera que permaneciese sorda al clamor con que la llamaba su alma angustiada.

Media hora antes de la convenida, o indicada por él, se detenía en la estrecha plazoleta de San Francisco. Sobre el altozano de piedra gastada por el tiempo, y dándole frente a la casa de gobierno, se alza el viejo templo, condecorado de pátina y leyenda. En medio de la plazoleta cavila la estatua humilde de Fray Damián. Loaiza permaneció un momento inmóvil, absorto en la contemplación de la antigua estructura. Lo sobrecogía involuntariamente su aspecto sereno y secular. Al extremo, como atalaya, la empinada torre morisca, los altos muros en que se mezcla el calcinado ladrillo, casi vitrificado, con los risueños azulejos; y corriendo sobre la orilla del atrio, como borda de buque o parapeto de puente, una baranda de granito cuya continuidad

interrumpen frente a las enormes puertas, anchas y pétreas graderías.

Con soslayadas miradas, para observar si alguien se percataba de su entrada, y sin sustraerse del todo al vago sentimiento supersticioso motivado por el profano fin que allí lo llevaba, penetró en el sacro recinto. A pocos pasos quedaba la vía pública, pareciendo, no obstante, que el santuario se encontraba lejos de allí, no en el centro de la ciudad, sino en el tranquilo recogimiento del campo. Silencio y penumbra, aparente soledad y místico ensueño. Todo templo viejo y de alguna importancia adquiere invariablemente la apariencia de un éxtasis arquitectónico. Loaiza experimentó al punto la religiosa sugestión del ambiente. La nave central se alargaba hasta el presbiterio, colmada de ordenados escaños, entre doble fila de anchas columnas poliédricas con plintos oscuros y jaspeadas superficies. Arriba, en la bóveda, entre graciosas arcadas, grandes frescos recordaban pasajes de la vida del Santo. A los lados, en lo alto, tamizaban la luz de afuera lindos vitrales cromáticos.

Pensó que estaba solo, al principio; pero luego advirtió, contrariado, que delante, en los primeros escaños había un hombre de edad, de hinojos y los brazos en cruz. No se movió durante mucho tiempo. En la nave izquierda, humilde mujer oraba postrada frente a un retablo, levantándose de cuándo en cuándo para despabilar la llama de las bujías, o arreglar mejor las flores de los jarrones.

Para matar el tiempo, recorrió despacio la nave lateral donde quedaba la puerta del perdón. Contemplaba con curiosidad, haciendo evocaciones de cosas remotas, las imágenes de los nichos, los cuadros antiguos, los altorrelieves de la Pasión con sus curiosas molduras de filigrana. Candelabros con luces, flores. Junto a las columnas, los estrechos confesionarios parecían pequeñas prisiones con sus velos oscuros y los tamices de sus rejas.

En el altar mayor, todo dorado al fuego y plateado, ardían muchas luces y desfallecían en grandes cristales flores eucarísticas: azucenas, lirios, jazmines; todo el tributo de la piedad y la devoción femeninas del barrio. El olor de cera de cirios e incienso se percibía allí más

acentuado, confundido con la fragancia nupcial que se desprendía de los ramos.

De pronto pasó un monago de roquete sobre roja vestidura talar, con áureo incensario. Lo seguía el sacristán, cargado con un gran facistol. Una paloma extraviada voló del coro, posándose sobre el antepecho del púlpito; desde allí se lanzó hacia una de las puertas. Loaiza sonrió con cierta superstición ingenua. En seguida miró el reloj, con visible impaciencia.

¡Las cuatro! Súbita emoción le asaltó el ánimo. Pronto vendría seguramente. Pronto estaría allí, a su lado, con su gracia primaveral, con su risueño encanto de mujer amada e ideal. Los sagitarios de sus ojos flechaban sin cesar las enormes puertas, ávidas de verla aparecer como la visión cumplida de un sueño. Y su oído se estilizaba, vigilante antena milagrosa, para recoger todos los ruidos, todos los rumores, anhelados heraldos de su llegada.

Sentado en un escaño, esperó. Por tres veces lo sobresaltó tenue ruido de pasos, creyendo que llegaba por fin; pero se desengañaba en seguida, al comprobar que era una feligresa cualquiera que acudía a sus rezos. Observó el reloj nuevamente, anotando que eran las cuatro y veinte. ¡Veinte minutos de retraso, cuando él suplicó tanta puntualidad! Veinte angustias y veinte ansiedades continuas para el que espera con tan torturante zozobra y cruel inquietud. Se consoló él mismo diciéndose que vendría en seguida, más tarde. ¿Cómo no iba a venir? Por otra parte, si su impaciencia era explicable, porque esperar es casi siempre un suplicio, también es verdad —y así lo pensaba igualmente— que las mujeres, en materia de citas, suelen usar los relojes más arbitrarios. No dependen del tiempo; es éste el que se subordina a su capricho. Así, pues, llegaría a las cuatro y media, talvez a las cinco; no teniendo nada de extraño que se apareciese a las cinco y media. Pero, entre tanto, su angustia crecía y su corazón agonizaba.

A las cinco empezó a ponerse nervioso. El sentimiento de que Carmen no vendría ya fue llenándole el alma de una impresión glacial de dolor y decepción. Mas la esperanza es terca, empeñada en sobre

vivir a su propio cadáver. Admitiendo aún la posibilidad de que llegase a última hora, Loiza volvió a recorrer las naves, que comenzaban a obscurecerse. Sobre su frente notaban ahora sutiles velos de tristeza. Transcurrieron quince minutos más. Entonces sintió, de repente, una sorda cólera que nacía el imprevisto y que iba llenando con lentitud la sensible copa de su alma. Vivamente humillado por el desaire y el ultraje de tan despreciativo silencio, su orgullo se encabritaba como herido potro salvaje. Y sin embargo, ni un momento sintió que dejaba de amarla. Sobre su corazón maltratado se erguían, estatua inmortal sobre pedestal en ruinas, la imagen de ella el recuerdo de ella, y ese amor suyo, firme e imperturbable, grande y tenaz, que era a la vez su vida su muerte, su alegría y su pesadumbre, su dichosa suerte y su desventura irremediable.

Eran más de las cinco y media cuando abandonó el penumbroso templo. Bajo su semblante impasible nadie habría sospechado el drama sentimental. Así van por la calle, rutinarias y opacas, innumerables tragedias íntimas que se ocultan tras la hipócrita máscara del pudor, o la vanidad, o el orgullo. La pobre tragedia doméstica, la de la pasión maltratada, la del inconfesable vicio, la del ruin y bajo interés. La suya era –y así lo sentía– la tragedia inmerecida con que el destino le hacía su mueca más acerba.

A su lado la gente corría indiferente. Muchachas que salen del trabajo en almacenes, oficinas y talleres; empleados que van a los cafés; negociantes; faquines; muchachos. Gente de toda condición y categoría. Gente que se ve diariamente, pero que no se conoce, y que si se conoce entre sí es por la costumbre obligada de verse periódicamente la misma fisonomía y el mismo tránsito rutinario.

XIX

De ahí en adelante, Camilo Loaiza no tuvo más que una preocupación, pareciendo al menos no tener otra: prepararse para la gran revista de aviación militar que el público esperaba con impaciencia y entusiasmo. Fuera de que en dicho acto recibirían solemnemente el título varios pilotos, que ya tenían designadas sus madrinas, el anunciado acontecimiento despertaba el interés colectivo por la cantidad de aviones que tomarían parte, según se decía, y porque se hizo saber que el Jefe del Estado asistiría en persona, acompañado de altos funcionarios del Gobierno. Concurría el atractivo, por otra parte, de que aviadores de otras Bases del país iban a estar presentes, lo que suscitaba la emulación de los pilotos locales.

Entre sus compañeros Loaiza pasaba por ser un as; su valor, su probada destreza, su sangre fría, así como el conocimiento perfecto que tenía de la máquina y de la atmósfera, lo colocaron en primera línea entre los navegantes del aire. Jamás tuvo accidentes serios. Nunca incurría en errores o en involuntarias maniobras. Por su parte, y como para corresponder dignamente al merecido prestigio de que gozaba, no sólo ponía sumo cuidado en mantener en alto la reputación profesional, sino que tomaba el mayor empeño en aumentarla. Por tal razón, o con tales propósitos, procuraba enriquecer cada día sus conocimientos, viviendo bien informado, y ejercitándose de continuo

en el vuelo en todas sus formas.

Inspirado en el mismo espíritu que animaba a sus compañeros, los días que faltaban para el certamen los pasó entregado a un entrenamiento febril. Mañana y tarde los pilotos se congregaban para las prácticas. A veces hacían también vuelos nocturnos. Y como se trataba de demostración para el público, se ensayaban especialmente en ejercicios de acrobacia.

Pasada la faena matinal, Loaiza y sus dos amigos Jorge Torres y Fermín Celedón descansaban un rato, sentados en torno de una de las mesitas del casino. Como era natural, porque cada cual gusta hablar de su oficio, conversaban y discutían sobre cuestiones de aeronáutica y sobre los incidentes de la mañana. También comentaban la expectativa ocasionada por la revista próxima, haciendo cálculos, pronósticos sobre sus resultados.

Un ordenanza entró, con correspondencia y periódicos. Displacientemente, Loaiza tomó uno de éstos para informarse por encima.

—¡Bah! —exclamó con fastidio— siempre la misma historia: guerras aquí, guerras allá, con sus interminables alternativas. La guerra moderna, fuera de que perdió, parece que definitivamente, sus aspectos románticos y legendarios, ha perdido también todo interés, por su monotonía y su mecánica. ¿Quién pelea hoy por la gloria, como antes? El soldado va a la línea de fuego por sentimiento frío del deber, por disciplina, y el tipo del héroe ha desaparecido, desalojado por la máquina destructora. Observen ustedes y verán que cuanta noticia publican los periódicos se refiere preferentemente a la eficacia de las armas, y poco o casi nada a la intervención personal del individuo. El sujeto guerrero lo absorbe el grupo guerrero. No se ven sino masas, legiones, lanzadas unas contra otras como ciegas y oscuras fuerzas, o avalanchas fatales.

—Sea como fuere —dijo Jorge Torres—, la guerra sigue siendo la guerra; con la diferencia de que hoy son distintos los métodos.

—Y distintos los resultados, puesto que la matanza es mayor y horriblemente anónima.

–No hablas como militar, Loaiza, y bien conocemos todos tu valentía. Cualquiera pensaría, oyéndote, que eres un miliciano que condena la milicia.

–Entiendo la carrera militar a mi modo. Por fortuna, nosotros los aviadores disponemos de campos de acción más anchos y de escenarios casi ilimitados para la iniciativa personal. Jamás nos confundiremos, pues, con la guerrera turba sin nombre.

–Ni nos dedicarán –concluyó Celedón–, cualquier día que caigamos un monumento colectivo.

A poco, Loaiza volvió a hablar.

–Continúa la polémica periodística. Estos escritores nuestros cumplen a cabalidad su misión de informar al público, a veces hasta sobre lo que no le interesa, y de entretenerlo en ocasiones. Pero, ¿qué le importa al pobre lector las agrias disputas de su vanidad y su amor propio?

Para sus dos amigos, era evidente que Loaiza se expresaba con mal humor inexplicable. Sus críticas parecían más acerbas, sus comentarios más mordaces. De repente lo vieron palidecer, mientras sus manos sostenían convulsivamente el periódico. Mas se repuso al punto, con esfuerzo notorio.

–¿Qué te ocurre, Loaiza? ¿Estás enfermo? –preguntó Torres.

–No, nada; fue una sensación imprevista; cualquier cosa.

–¿Alguna mala noticia acaso?

Loaiza los miró de hito en hito, sonriendo extrañamente.

–¿Mala noticia? No sé; juzguen ustedes mismos. Lo dije con tono que nunca le habían oído, mientras les pasaba el periódico, abierto en la página social.

Celedón leyó rápidamente, y sin decir palabra, se lo tendió en seguida a Torres. Era el anuncio del compromiso matrimonial de Carmen Fernández Urquijo con el ingeniero Góngora. Loaiza se levantó diciendo:

–Voy a mi cuarto a despachar una correspondencia. Tal vez salga esta tarde. Mañana reanudaremos los ejercicios.

Al quedar solos, Torres y Celedón se miraron. Común sentimiento de estupor y pena les estrujaba el ánimo. Entre camaradas como ellos el dolor de uno era el dolor de todos. Pero reaccionaron en breve. Por la noche fueron en busca de Loaiza. Lo hallaron aparentemente tranquilo, haciendo gráficos para la lección de teoría. No les desagradó aquella calma que favorecía sus propósitos.

–Loaiza –dijo Celedón– Torres y yo vamos esta noche un rato de juerga. Conocemos a ciertas chicas que no le dejan a uno tiempo para aburrirse. ¿Por qué no vienes con nosotros? Te aseguro que te divertirás.

–¿Divertirme? Es posible. ¿Por qué no? Pero prefiero quedarme en casa.

–Deja eso, que para todo hay tiempo.

–Sí, y a veces hasta nos sobra. ¿Quieren fumar? Yo he creído siempre que el tiempo es cosa elástica que se amolda a nuestro capricho o a nuestra necesidad. Algunos lo acomodan hasta a su manía metódica incluso. No es que me falte tiempo para acompañarlos, amigos míos.

–¿Entonces?

Tras de corta vacilación Loaiza convino al fin bruscamente.

–Bueno, los acompaño. ¿Salimos ya?

Media hora después entraban en casa de las divertidas muchachas. Era un cabaret elegante y lujoso, frecuentado por gente rica y amiga de entretenerse entre parroquianos de igual condición. Por fuera, visto desde la calle, parecía residencia cualquiera de familia. Interiormente era otra cosa. Grandes espejos, tupidas alfombras, mobiliarios fastuosos, profusas lámparas que esparcían luz torrentosa y blanca. Un enorme radio funcionaba continuamente. En el fondo, en aparadores de roble, fulgente cristalería delataba la indispensable cantina.

La dueña del establecimiento era mujer joven, de atractivos equívocos. Muy pintada, muy risueña, muy parlanchina. Tenía cuenta en los Bancos, y con el negocio adquirió varias propiedades urbanas. A las cuatro muchachas que allí vivían con ella, se agregaban todas las noches hasta media docena que la dueña invitaba para darle más

animación al holgorio. Eran bonitas, afables, de estructura corporal poderosa; vestían con lujo y a la moda; su misión principal consistía en mantener a los clientes contentos y hacerles gastar la mayor cantidad posible de dinero. Descontado el ingreso por cantina, que correspondía a la dueña, el saldo restante iba al bolsillo de cada una. Su habilidad pues, o su buena suerte, determinaba los ingresos.

Pero la reunión resultaba siempre agradable. Música, licores, charla picante; voluptuosidad de la danza; alegría cierta o simulada. Algunos sólo les interesaba beber, a otros el amor ficticio y efímero. Había parroquianos que iban con exclusivo espíritu de tertulia, o a engañar su tedio o como simples observadores.

Torres y Celedón debían de llevar estrecha amistad con las muchachas de la casa, porque tres de ellas, enteradas de su presencia, corrieron a recibirlos. El uniforme, allí como en todas partes, mantenía perenne prestigio.

—Oye, Tuta—dijo Celedón dirigiéndose especialmente a la que tenía el pelo oxigenado y el aspecto de actriz de cine— les voy a presentar al Teniente Camilo Loaiza, un compañero.

Torres agregó con mucha intención:

—Un compañero que desea divertirse en regla.

—Pues aquí se va a hartar de puro amañado —pronosticó riendo Tuta—. Y para que se aburra más pronto, Olga se encargará de él en el acto.

La llamada Olga era chica vibrante. Manejaba con sorprendente maestría unos ojos lánguidos de gran poder acariciador, y un cuerpo rico en ondulaciones y ritmos.

Prendida con imperio del brazo de Celedón, Tuta inició una rumba cascabelera, mientras la morena Teo, que parecía estar ebria, arrastraba consigo a Jorge Torres. Se fueron discutiendo con gran calor, porque éste se empeñaba en llamarla por su nombre completo, partiéndolo en dos para mayor halago, pero ella, no comprendiendo bien, exigía que le dijera Teo nada más, en lugar de Teodolinda.

Olga se había quedado inmóvil, de pie, en actitud de expectativa.

Como Loaiza nada dijese, le preguntó:

–¿Quiere que bailemos, Teniente?

–No; prefiero que hablemos.

–¿Entonces vamos a mi cuarto?

–Hace mucho calor ahora. Estémonos por aquí no más, en alguna parte donde nos dejen tranquilos.

–Ah; como Torres dijo que usted venía con ánimo de parranda...

–Así me parece a mí también. Cuando se viene aquí, se entiende que no es para asistir a un velorio. Pero yo deseo divertirme de otra manera. No quiero agitarme. Conversaremos, si no le disgusta. ¿Usted bebe?

–Cómo no, Teniente –respondió Olga soltando la risa y comenzando a sentir interés por el aviador– soy toda una señora copa. Pero le advierto que me gustan los licores más finos.

–Buen gusto, y por eso no se preocupe. Lo pregunto para establecer diferencias, porque una cosa es beber y otra muy distinta sentir placer en hacerlo. Yo bebo simplemente, cuando las circunstancias me obligan. Así, pues, vamos a hacer un pacto: usted beberá, y mientras tanto hablaremos.

–No es muy ventajoso para mí, puesto que me llevará gabela; pero sea. Acepto por complacerlo. Al extremo de aquel pasillo hay un rinconcito amoblado donde no nos molestarán.

Fueron allá, y Olga llamó al cantinero para que trajera licor. Fumaron. Loaiza la contempló largo rato, con insistente curiosidad. Jamás le inspiraron interés las alegres mujeres de mundo. Aquella muchacha, sin embargo, que veía por primera vez, tenía atractivos poco comunes. Su juventud vibrante, su aire infantil, y su deliciosa manera de reír, desertaban la simpatía. Usaba palabras sencillas, bien diferentes de las acostumbradas en el léxico de los *cabarets*. El juego de sus ojos era estudiado, fingido, pero seductor.

–¿De dónde es usted, Olga?

–¿Yo?... De cualquier parte. No quiero recordar mi tierra natal. De seguro que ya no lo recuerdo tampoco.

—¿Le apena recordarlo?

—Talvez. Poco me agrada hablar de lo que fue mi otra vida.

—¿Su otra vida?

—Sí, Teniente Loaiza. ¿No sabe usted, pues, que las mujeres de mundo tenemos dos vidas? La una es la verdadera, la que vivimos antes y no queremos que nadie conozca. Por eso la ocultamos con tanto cuidado, y cuando pensamos en ella nos ponemos muy melancólicas. La otra es la que todo el mundo ve. Pero ésta es una vida falsa y aparente.

Bebió un largo trago, para seguir hablando.

—¿Por qué será que nos llaman mujeres alegres? ¡Qué estupidez! Si supieran que nada hay más triste que la historia de toda mujer de mundo, no nos llamarían así. La vida y la historia de cada una de nosotras es mejor no recordarlas nunca.

—¿Y se llama Olga de veras?

—No. Olga es mi nombre de guerra, como dicen. Mi nombre de pila es María Teresa Castillo. Pero no le diré de dónde soy. Usted me ha gustado, y por eso le hago estas confidencias. Es tan distinto de los demás...

Olga empezó a hacer en seguida el prolongado relato de su existencia anterior, estimulada por el calor de la pasajera intimidad y la atención que Loaiza le prestaba. Había nacido en la capital de una provincia lejana, que no nombró. Sus padres vivían aún y eran ricos, pero como si no existieran. Ella había muerto para ellos. Evocó sus estudios en un colegio de la ciudad natal, que le expidió lujoso diploma. Por último habló del fatal romance que fue causa de su desgracia. Un amor como tantos, en el que ella misma no supo jamás con exactitud si fue la pasión loca, la oposición feroz que le hizo la familia al idilio, o la implacable ley del destino, lo que la empujó a su pecado.

—Siempre es el amor lo que a muchas nos pierde —concluyó suspirando con amargura.

—¡El amor! —exclamó Loaiza haciendo súbito ademán de fastidio.

Pero repuso al punto con amabilidad:

—¿Está bebiendo menta? Le aceptaré una copa, y nada más que una.

—¿Quiere beber lo mismo?

—No, brandy.

El cantinero le sirvió. Al tomarlo de un sorbo, Loaiza comentó con tono indolente:

—Su historia es muy interesante, Olga. Triste o alegre, es mejor siempre tener una historia que no tenerla. Quienes sostienen que la mejor mujer es la que carece de pasado, puede que tengan sus razones; pero a mí me parece que haber vivido, y sobre todo haber sufrido, es algo que a una mujer, como a un hombre, le confiere ciertos derechos. Otra cosa es que la gente no lo entienda así.

Sintió imprevistos deseos de conocer más a fondo aquella muchacha. ¿Sería como las demás? ¿Amaría como tantas? Sin duda, no era mujer vulgar. Torres y Celedón llegaron con sus amigas, increpándolos. Fue un sermoncito laico, de protesta por el apartamiento y la falta de espíritu de juerga. Cuando se marcharon, Loaiza preguntó en son de queja:

—¿No dispone de sitios más apacibles que éste, Olga?

—Sí, venga usted conmigo.

Lo llevó a una habitación contigua, que parecía sala de descanso. La luz difusa de la lámpara iluminaba un gran sofá y varias poltronas. Sobre la mesita había un florero. Olga cerró la puerta con llave tras de sí.

—¿Por qué cierra? Es mejor que entre el aire.

—Ah, perdone. Creía que... ¿Vuelvo a abrir entonces?

—No, déjela así. Lo mismo me da.

Se sentaron en el sofá. Loaiza sentía confuso hastío, indefinible malestar. No sabía a ciencia cierta lo que quería. Encendió un cigarrillo maquinalmente. Olga, sagaz, se le aproximó, y con estudiada cautela inició la caricia. En la penumbra sus ojos lánguidos brillaban con luces cambiantes de pedrería. Su bella sonrisa permitía ver la blanca humedad de los dientes perfectos. Ahora, más cerca, el aviador percibía el grato y sutil perfume que se desprendía de sus ropas y su cuerpo.

–Teniente –susurró Olga– ¿me va a querer un poquito?

Loaiza la tomó por el talle, y quiso besarla; pero de pronto se levantó. Dio algunos pasos. Tiró con cierta violencia la colilla en el cenicero.

–¿Qué le pasa? Parece usted excitado.

–No es nada; dispense, Olga. Volvamos afuera, si le parece. Pero le suplico que no tome a mal estas cosas.

Salieron. En la sala, al son de la radio puesta a todo volumen, se bailaba con frenesí. En los pasillos bebían. Era más de media noche. Loaiza llamó a sus compañeros para pedirles que regresaran.

De nuevo en su cuarto, no pensó en dormir como aquéllos. Le parecía que una infinita soledad lo rodeaba, y que el silencio era mayor que otra noche cualquiera. ¿Por qué tenían las horas tan abrumadora pesadumbre? ¿Por qué eran tan tenazmente desolados sus pensamientos?

La imagen de Carmen, que en vano trataba de apartar de su mente, adquiría proporciones extraordinarias, obsesionándolo como las ideas fijas y tercas. Su imaginación la exaltaba, idealizándola. Y pensaba que fue un divino sueño no más la realidad fugitiva de sus cortos amores, tan cortos e intensos a la vez que se asemejaban a esos perfumes de los cuales basta una gota vertida sobre una tela para que persista en ella por mucho tiempo su obstinada fragancia.

¿Cómo era posible que, amándolo ayer no más, entregara a otro su corazón y su destino? ¿Cómo pudo olvidar tan pronto ese amor nacido espontáneamente, sin violencia y sin artificios, y que crecía ya en sus almas como las raíces del árbol? Loaiza se rebelaba a aceptar esa arbitraria ley de los sucesos absurdos, que trastornan la lógica y hieren el sentimiento humano con la misma crueldad que un injusto fallo o un daño irreparable.

¡Se casa! pensó paseándose por el cuarto, presa de su desvelo y de su pena lacerante—. Y estas dos sencillas palabras golpeaban en su cerebro cual pesados arietes, sobre el edificio tambaleante de su ilusión y su esperanza. De su esperanza y su ilusión que no eran ya

sino cadáveres, desolados fantasmas, sombras llorosas que pasaban, rumbo a la silenciosa región del olvido.

Se detuvo, y acercándose al escritorio, comenzó a escribir febrilmente. Entre sus dedos crispados, la pluma corría con nerviosidad, sin detenerse, llenando cuartillas y cuartillas. Su pensamiento estremecido se volcaba sobre el papel, palpitante y desnudo, como río desbordado súbito de las márgenes, que todo lo anega con sus turbulentas aguas. Amor, hondas quejas, reproches amargos, gritos desesperados del alma. Fue como un alarido y una lamentación prolongada, esa explosión de sus sentimientos, contenidos durante tantos días, y que ahora, heridos por la realidad implacable, estallaban con dolorosa intensidad, en el desahogo sincero de las palabras.

Concluida la larga carta, la leyó con calma y cuidado, pareciéndole que en cada frase se veía como en fiel espejo. Sí, allí estaba él; allí estaba su dolor entero, su angustia clamante. Cada frase era algo de sí, carne viva de su alma, desgarradura que no cicatriza, que acaso no cicatrizaría nunca.

Despacio, despacio, dobló las hojas y las metió en una cubierta. Escribió atentamente la dirección. Temprano, con el nuevo día, la mandaría con un ordenanza. Tal vez no iba a tener respuesta; seguro, como la vez pasada; mas ¿qué importaba? Lo interesante era que llegase a su destino.

Bruscamente y cambiando de repente de idea, Loaiza se levantó. No, no enviaría esa carta. ¿Para qué? Ella se casaba, se casaba; quizás lo había olvidado ya por completo. Su frente se contrajo un instante. Luego su rostro adquirió expresión impassible.

Encendió una cerilla, y quemó lentamente la cubierta. Cuando no quedaron sino cenizas, fue a la ventana para aventarlas. Fresca ráfaga de aire lo azotó. Estaba amaneciendo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XX

Galvanizada por el entusiasmo y el vivo deseo de presenciar espectáculo tan poco común, la ciudad entera se ponía en movimiento para concurrir a la gran revista de aviación militar, larga y profusamente anunciada desde meses atrás. El tradicional espíritu local, siempre dispuesto a responder a toda llamada de progreso y a toda invitación a la alegría o a la lucha, se hacía presente una vez más, sonora y colectivamente, con sus valores sociales y sus manifestaciones anímicas.

Al extraordinario certamen le daba mayor interés la presencia de altos funcionarios del Gobierno, llegados desde la víspera, con acompañamiento de numerosa comitiva. Fuera de esto, los hoteles estaban congestionados de forasteros, atraídos por el suceso, y hasta el mismo día de la revista los trenes llegaban repletos de gentes ávidas de asistir.

El día era espléndido. Tibia y radiante mañana lo había anunciado felizmente. El espectáculo comenzaría a las tres, pero desde las doce muchos se ponían en marcha hacia El Guavito; los peatones, se entiende, interesados en lograr los puestos mejores. A la una el gentío llenaba ya la ancha carretera del norte que conduce a la Base. Calles y avenidas arrojaban constantemente, como vivo flujo, pintorescas oleadas humanas. Vehículos de toda clase luchaban por abrirse paso entre la muchedumbre, acabando por someterse al obligado y despacioso avance que las circunstancias imponían. El ruido era ensordecedor:

voces de multitud, piafar de caballos, estridencias de automotores, gritos. Para transportar la gente habían habilitado hasta los camiones y los carros de tracción animal. Desfilaban automóviles particulares, lujosos y bruñidos; buses que parecían desfallecer con su apretada carga de pasajeros; motociclistas, jinetes. Un sol de canícula ponía llamaradas blancas sobre el camino de donde se alzaban resplandores ofuscantes que se confundían con la polvareda. Sudorosos, jadeantes, ubicuos, los inspectores de tránsito bregaban por organizar la marcha, manteniendo un orden relativo.

La nota más pintoresca la daba el cromático aspecto del inacabable gentío. Los vivos tonos de los indumentos femeninos formaban un conjunto multicolor y móvil que alegraba los ojos. La ansiedad de llegar, el regocijo de la fiesta, la expectativa de lo que sería el emocionante espectáculo, se reflejaban en los semblantes jubilosos y en el apremio de la marcha.

El automóvil del doctor Montejo logró al fin penetrar, tras de mil peripecias, en el amplio sector destinado para los vehículos. La extensa planada del aeródromo era una visión sorprendente y maravillosa, bajo la inmensa carpa celeste. En sus altos mástiles, sobre los edificios, ondeaban los colores de la bandera y las grímpolas de señales. Bajo las marquesinas, a lo largo de los muros, o apretándose en las zonas que limitaban los cordones de separación guardados por la policía y pelotones del ejército, el público se movía impaciente, en espera de que se cumpliera el programa. Algo empequeñecidos por la distancia, se enfilaban frente a los hangares numerosos aviones de guerra...

Julia iba con su marido. Los acompañaban Carmen y Góngora, este último investido ya del carácter de novio oficial. José María ocupaba otro automóvil, con amiguitas. Cerca de allí alcanzaron a distinguir un grupo formado por el médico Cárdenas, su mujer, el magistrado Ramírez y el abogado Andrade. En otro grupo más distante vieron a Dalía Montenegro, a quien Julia saludó desde lejos, acompañada de una amiga y rodeada de su corte de admiradores.

En la barrera, Martín de la Hoz conversaba gesticulante con un

hombre desconocido y el comerciante Jeremías Otero. Les contaría algún cuento gracioso, porque sus oyentes reían a toda mandíbula.

Para el abogado Montejo fue gran sorpresa la noticia del compromiso de Carmen con el ingeniero. Fue un alivio además para sus inquietudes y un golpe para sus cavilaciones equívocas. Pero si esto cambiaba por una parte su situación sentimental, puesta en jaque por apariencias e imaginaciones morbosas, dejaba de otro lado en pie el conflicto fundamental de su existencia conyugal. Julia seguía siendo la misma: a ratos arbitraria, y en todo momento intransigente para mantener sus puntos de vista y sus fueros de independencia personal.

De repente José María se separó de sus amigas, las que, por otra parte, no parecieron notar su ausencia, para aproximarse al cuarteto situado a su espalda. Eran Lalo Triviño, Paquito Noriega, Jorge Bustamante y Narciso Candia, ataviados con llamativos trajes y muy preocupado cada cual por mostrar actitudes de deportista. Sumergidos en acalorado debate sobre cuestiones de aviación, echaban apuestas por sumas cuantiosas de dudosa efectividad, lo que hacían a gritos para que se enteraran los vecinos.

Por distraer al público, mientras comenzaba el programa, un experto subió en un planeador, evolucionando en todo sentido. El ascenso fue interesante, pues otro avión hubo de remolcarlo hasta dejarlo libre en el aire. Sorprendía su vuelo gracioso y silencioso, y la precisión de sus movimientos, sin otro impulso que el de los planos y las cuerdas. Al aterrizar, los espectadores tuvieron la curiosa impresión de que sobre el campo caía un pájaro gigantesco pues en lugar de ruedas y patín de cola lo que se veía eran los propios pies del piloto.

Cuando penetraron al campo los funcionarios del Gobierno, la Banda del Regimiento rompió con el himno de la república. Viento marcial pareció sacudir a la multitud. Sonaron aplausos. Después, el aeródromo se pobló de rumor de voces.

Brusco roncar de motores hizo volver las miradas de todos hacia donde se hallaban los aviones. El espectáculo empezaba. Durante media hora los nuevos pilotos, que iban a recibir la consagración,

maniobraron con limpia destreza y sorprendente seguridad. Las naves, proyectadas contra el azul metálico del cielo, describían grandes curvas, subiendo como si buscaran el techo o bajando en giros pausados, y haciendo acrobacias impresionantes. Concluida la exhibición, cuatro pilotos iniciaron un descenso en paracaídas. Al abandonar el estribo, dejándose caer hacia atrás, los aparatos se abrían sucesivamente, con intervalos de segundos, hasta que la amplia tela flotaba, quedando el cuerpo oscilante. Pero uno de ellos demoró en desplegarse, con angustia de todos. La figura del hombre, del tamaño de un muñequito, se veía bajar velozmente, llamada hacia la tierra por la imperiosa ley de gravedad. Con la respiración contenida, la muchedumbre expectante seguía la trágica trayectoria de la caída, segura ya del hecho inminente. Muy cerca del suelo la tela se abrió al fin. El piloto sólo sufrió pequeñas dislocaciones.

La verdadera exhibición iba a empezar ahora. Escuadrillas de aviones de caza, de bombardeo, de observación y de ataque, se disponían a cumplir el principal número de la tarde. El sol oblicuaba, y un suave viento comenzaba a soplar refrescando el tórrido ambiente. Todo el trópico esplendoroso parecía vivir y palpitar, en luz y en color, en el paisaje maravilloso que le servía de escenario a ese humano alarde de destreza y valentía. Metidos en sus cabinas, los pilotos esperaban turno de salida. Disciplinados, serenos, con seguridad de autómatas inteligentes, iban tomando altura, atentos a los comandos y a los alineamientos del vuelo.

De pie al lado de Góngora, Carmen seguía con profundo interés el desarrollo de las maniobras. En torno de ella, el público comentaba enardecido los incidentes que ocurrían. Sonaban nombres de aviadores, exclamaciones, gritos. Se oían términos de aeronáutica. La mayoría, ignorante de la técnica, se limitaba a mirar y aplaudir por instinto.

El rumor potente de los motores estremecía la atmósfera. Las escuadras volaban a gran altura, en orden perfecto. Describían amplios círculos, alejándose y aproximándose en largas rectas que parecían rayar el espacio. En la simulación del combate y la persecución prin-

cipió la acrobacia. A un lado se enfilaban las naves de caza, disparadas tras el objetivo como lebreles aéreos. En otro sector, a larga distancia, el simulacro de los aviones de ataque adquiría realidad asombrosa.

A poco comenzaron a aterrizar. Tres aviones no más quedaron en vuelo, separados uno de otro. Con paulatinos giros y estudiadas maniobras captaron en breve la atención creciente del público. Pronto, el sorprendente juego de las naves tomó aspectos dramáticos. Parecía que los expertos pilotos tenían empeño particular en poner de presente, no sólo su habilidad, sino su valor y audacia. Acróbatas milagrosos suspendidos por invisibles hilos en los trapecios oscilantes del aire; contorsionistas hiperbólicos y dislocados, transidos por la locura del movimiento y la velocidad, daban la impresión de haberse libertado de toda ley física y de ser su voluntad exclusiva la que regía los elementos.

—¿Quiénes son? —averiguó alguien de improviso.

—El Teniente Loaiza y los Sub-Tenientes Torres y Celedón.

Carmen, que estaba cerca, se sobresaltó al oír aquel nombre. Las maniobras seguían, rápidas y continuas. Uno de los aviones, que se había apartado en exceso, volaba a la deriva, bajo la presión del viento. Los otros descendían planeando, con visible pérdida, bruscamente apagados los motores; pero recobraron la sustentación, elevándose de nuevo. Enfilados otra vez, se abrieron como varillas de abanico, iniciando atrevidos virajes, sin perder el rumbo un momento. La fuerza de inercia los volvía a la posición primitiva, a la estabilidad natural.

Fantástica y arbitraria geometría se desarrollaba en el aire, a la vista de los espectadores atónitos. Las naves planeaban en espiral, o resbalaban sobre sus planos, aparentemente perdido el control. De repente se encabritaban. El público entusiasmado no perdía detalle de las atrevidas evoluciones, empezando a demostrar ostensiblemente su admiración y simpatía con exclamaciones y aplausos. Marcada preferencia se notaba ya, entre la multitud, por el avión que piloteaba el Teniente Loaiza. Pero al entusiasmo expectante se unió a poco oscuro sentimiento de inquietud y zozobra, porque el aviador parecía

haber perdido completamente la noción del peligro. Las miradas de todos se fijaban en él, como si no existiese otra cosa bajo el cielo y sobre la tierra.

Loaiza maniobraba con visible arrogancia. Su nave volaba en tonel, volteando sobre sí misma, cual si taladrase el espacio; viniéndose en bruscos picados y ascendiendo en seguida en atrevidos asaltos de altura. Bajaba después con lenta caída de hoja, dando la sensación de un desfallecimiento imprevisto. Cuando inició la serie de rizos a poca altura y extraordinaria velocidad, el público, impresionado comenzó a ponerse nervioso. Cada *looping* era un salto mortal.

–¡Ese hombre está loco! –exclamó alguien.

Pero la multitud parecía fascinada. Las audaces acrobacias la electrizaban. Loaiza volvió a subir, tras corto vuelo invertido, se vino de pronto en barrena, con sorpresa y susto de todos. Volvió a subir, invirtiendo en seguida la maniobra, y quedando un rato en inercia.

Los espectadores respiraron con cierto alivio mas la tregua no duró mucho, porque el piloto maniobró otra vez, para efectuar un rollo rápido, emocionante y raudo. Fue algo espectacular, y pasó tan cerca del público, que no pocas gentes retrocedieron instintivamente, atemorizadas.

Entre tanto, y aprovechando los vuelos altos de su compañero, Torres y Celedón habían aterrizado ya.

–Loaiza tiene hoy picado el amor propio –comentó Torres riendo–; la verdad es que lo ha hecho muy bien.

–Ha sido el piloto de la tarde –convino Celedón. De repente, un largo alarido los obligó a mirar hacia lo alto. El motor se había parado súbito, quedando en calado, y la nave de Loaiza descendía a pico, entre la angustia y el espanto de todos. No se supo qué había ocurrido. Momento después el avión se estrellaba con grande estrépito contra el piso del aeródromo.

La multitud corrió hacia el punto de la catástrofe. La impresión y el dolor contraían los rostros. Rodearon la destrozada nave, para contemplar el horrible cuadro, mientras otros pilotos y algunas auto-

ridades empezaban a tomar medidas de urgencia.

Carmen, que logró adelantarse a sus acompañantes, pugnaba por llegar junto a los restos del avión. Lo que sus ojos vieron fue inolvidable. Un montón informe de hierro y madera, y en la cabina, como tripulante macabro, con la mano crispada sobre la palanca de mando, el cuerpo de Loaiza. Estaba en posición arbitraria, grotesca, casi de medio lado. La abierta entraña del fuselaje permitía ver el despedazado mecanismo, especialmente bajo la capota rasgada y del lado de la hélice. Costillas y largueros aparecían hechos trizas, como frágiles cañas que no pudieron resistir la violencia de la tormenta.

Por el semblante del aviador, intensamente pálido, corrían hilos de sangre. Los anteojos habían saltado, dejando a la vista todo el rostro, y tenía los párpados caídos. Un estertor ronco y pausado se escapaba por entre la boca entreabierta y sanguinolenta.

Carmen no pudo contenerse.

—¡Camilo! —gritó con la voz cargada de llanto.

El aviador pareció sentir fuerte sacudida. Abrió los ojos con esfuerzo, para fijarlos en la mujer que tenía al frente, casi a su lado. Los cerró, abriéndolos de nuevo. Al reconocerla, su cara se contrajo con espasmo de dolorosa angustia. Trató de sonreír, pero su sonrisa fue una mueca patética. Como si comprendiera que aquello iba a acabar, toda su vida se concentró en los ojos. La miró hondamente, con mirada triste y desesperada de náufrago que al hundirse ve por última vez el sol; pero esa mirada, que fue como silenciosa despedida, no tenía nada de reproches.

Loaiza entró en agonía. Todo el personal de la Base, y gran parte del público, permanecía en torno, callado y sobrecogido. Extraído luego el cadáver con alguna dificultad, Torres y Celedón, y dos compañeros más, lo condujeron al edificio principal.

Entre tanto, Carmen había caído en profundo estupor. Fue necesario que la tomaran de los brazos para llevarla, pues permanecía inmóvil y muda. Numerosos amigos rodeaban al grupo familiar, sin explicarse algunos lo que le pasaba a la joven, otros atribuyéndolo

a la fuerte impresión del suceso o a natural nerviosidad. El abogado Andrade comentaba con sonora voz el inesperado accidente, mientras Jeremías Otero se enjugaba el sudor con terca insistencia. Algunas mujeres desmayadas eran atendidas aquí y allá.

Martín de la Hoz, el reportero, que hacía rato tomaba febrilmente notas en su cartera, se aproximó, muy emocionado aún, para decir, dirigiéndose al magistrado y a Andrade.

—¡Qué barbaridad, ilustres doctores! Lo sucedido es horrible, inaudito. Estoy materialmente desconcertado. ¡Uno de nuestros mejores pilotos, piensen ustedes! ¡Un as auténtico, que no tuvo jamás un percance serio!

El regreso fue triste. Impresionante atmósfera de tragedia parecía envolver a esa multitud que horas antes se encaminaba hacia el aeródromo exaltada por la alegría de la fiesta, y que ahora volvía de él bajo el agobio abrumador del hecho luctuoso.

En casa, no bien se marcharon los acompañantes, Carmen pudo por fin darle libre curso a los sentimientos que la ahogaban. Sola en su alcoba, la contenida pena estalló en hondos sollozos. No quería que la vieran llorar, y por eso buscaba el apartamento, para estar nada más que con ella misma, con su dolor, sus lágrimas y sus recuerdos. ¿Quién podía comprenderla? ¿Quién le ofrecería lenitivos al ánimo triste y atribulado? Sabía perfectamente que todos serían allí ciegos y sordos, para ver la sangrante herida de su corazón lacerado, y para escuchar el doliente grito de su alma.

Al día siguiente fue el sepelio. La noche entera el cadáver permaneció en cámara ardiente, bajo la constante guardia de los compañeros de armas y entre ofrendas florales abrumadoras y fastuosas. El público desfiló ante el severo catafalco casi hasta el amanecer. Como póstumo homenaje de admiración y reconocimiento colectivos, la ciudad entera se hizo presente en los solemnes funerales.

Un alto funcionario oficial pronunció en la necrópolis el panegírico del piloto. Sus palabras fueron la exaltación fervorosa del héroe caído en servicio de la república, con la frente cubierta de sangre laureles,

cual de un nimbo de estrellas.

Torres y Celedón escuchaban juntos, de pie, metidos en sus uniformes de lujo, y en correcta formación militar, el discurso del funcionario. Pero sus pensamientos parecían distantes de allí, y una sombra triste les nublaba las frentes. De pronto, coincidiendo en la evocación dolorosa y viva del amigo desaparecido, se miraron con empañados ojos, mientras sus manos se unían en silencioso apretón.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XXI

El trágico accidente del aeródromo, que en el primer momento le causara tan doloroso pasmo, dejó en el ánimo de Julia impresión profunda y conturbadora. Varias veces pensó ir a ver a su madre, deteniéndola invariablemente el vago temor del obligado encuentro con Carmen. ¿Qué le dirían sus ojos? ¿Qué palabras escucharía de sus labios transidos de amargas hieles y concentradas acideces? Adivinaba sus reproches sus quejas, sus frases duras y acusadoras como las de implacable fiscal, por lo mismo que era ella misma la víctima de esa fatalidad alzada de pronto en su camino, áspera y adusta como el rostro de las deidades sin alma cuyas imágenes monstruosas adoran ciertas tribus salvajes.

Transcurridos algunos días, la mañana de un domingo decidió por fin encaminarse a casa de doña Mercedes. El aire era luminoso, y las calles estaban poco concurridas porque la mayoría de los habitantes se fueron desde la víspera, o muy temprano, a pasar las horas dominicales en los campos, las haciendas, o los pueblos vecinos. Los días feriados suelen ser en la ciudad tranquilos y aburridores; el movimiento de vehículo escasea en el área urbana; las gentes van y vienen sin prisa, con indolente andar de desocupado o paseantes que no tienen itinerario, sino que se mueven a la deriva, por matar el tedio y el tiempo. Sólo en los templos, a la salida de los oficios religiosos, se

ven transitorias aglomeraciones humanas, atrayente, por cierto, pues las formas casi en su totalidad mujeres jóvenes y elegantes.

Cuando Julia se apeó del automóvil, en la puerta del caserón, la criada mulata salía casualmente en cualquier diligencia del servicio.

–¿Se ha levantado ya mamá? –preguntó a la criada.

–Sí, misiá Julia; hace rato está levantada.

Luego agregó, noticiosa:

–La niña Carmen se levantó también, pero se mantiene muy fastidiada. Casi todo el día lo pasa metida en el cuarto.

Contra su costumbre, Julia prolongó el diálogo

–¿Y no ha salido en estos días?

–Una vez salió para donde la señorita Dolores y se estuvo toda la tarde. Ah, antier salió también por la mañana, para ir a la iglesia.

–¿Y nadie ha venido?

–El doctor Luís Felipe nada más; vino dos veces, pero la niña Carmen le mandó decir que estaba muy enferma.

Julia se dirigió al interior de la casa. Encontró a doña Mercedes en su alcoba, envueltas en trapo la cabeza y una de las piernas, y con la botellita de ron al lado, sobre el velador.

–Hace días no vienes por aquí, hija –exclamó la dama al verla y en son de reproche–. ¿Estuviste indispueta?

–No sé qué decirte, mamá –respondió Julia, vacilante–, tal vez... Los trabajos de la Asociación me han tenido también muy ocupada.

En seguida preguntó:

–¿Y Carmen?

–Por ahí debe estar. Con seguridad, encerrada en su aposento. No sé qué le pasa a esa criatura. Se mantiene de pésimo humor, y no hace sino decir cosas chocantes. Eso cuando habla, porque le ha dado la ventolera de callarse horas y horas como si fuera muda. Aquí no hay ya con quién contar, hija. Pepe se mantiene en la calle, y entra y sale sin que le alcance el tiempo para nada. Ahora Carmen... Lo que te digo, hija. Bien hiciste en venir, a ver a esta pobre vieja.

Doña Mercedes se tomó una copita, para consolarse.

–Tengo que hablar con Carmen –dijo Julia levantándose–, iré a buscarla a su cuarto.

–Sí, hija, ánda y échale un buen sermoncito.

No estaba en su habitación. La halló en el salón, tendida sobre el diván y con una revista en las manos. Pudo ver que la tenía abierta por cierta página donde aparecía el retrato de Loaiza en traje de aviador.

–¿Se parece bastante, verdad? –dijo suavemente y con velado tono de pesadumbre.

Se había colocado detrás del diván, a espaldas de Carmen, inclinandose ligeramente hacia ella. Pero Carmen no respondió; ni siquiera cambió de postura. Entonces fue a situarse al frente, en una poltrona.

–Vine a hacerte una invitación –explicó– ¿Quieres que vamos al cementerio, a llevar flores a la tumba del Teniente Loaiza?

Bruscamente, Carmen se incorporó. La miró con expresión de estupor, mientras sus labios se movían sin hablar, descoloridos y convulsos. Apartó después su mirada, para fijarla en el vacío, como en algo sólo visible para ella.

–Es un deber piadoso –insistió Julia– en cuyo cumplimiento deseo acompañarte.

–¡Un deber piadoso! –repitió Carmen sordamente.

Pero repuso al punto, con resolución:

–Sí, vamos. ¿Por qué no hemos de ir?

Y emprendieron la peregrinación melancólica. Iban calladas, indiferentes en apariencia a cuantos las rodeaban. Los vestidos de luto y los oscuros velos parecían agravar el duelo de sus semblantes tristes y dolientes.

Transpuesto el umbral de la necrópolis, donde alta verja se abre en dos alas metálicas, angosta zona poblada de tumbas humildes y lujosos mausoleos extiende a manera de vestíbulo descubierto. Hacia atrás y hacia los lados, siguiendo las líneas de separación del camposanto y la vía pública, innumerables cruces se alzan sobre las sepulturas a ras de tierra, como fúnebre vegetación de otoño. En el fondo, semejante

a una ciudadela, altos y recios muros circulares, colmados de nichos, dan la impresión de enormes colmenas cerradas. Las lisas paredes de piedra y ladrillo ostentan, como taraceas misteriosas, sus incontables lápidas de mármol, y sobre muchas de éstas pequeños búcaros de arcilla y recipientes cónicos de cristal, con flores frescas o marchitas.

Gruesa y pesada cruz de piedra se levanta sobre una capillita. Cipreses y sauces dispersos parecen hacer guardia en algunos puntos. Sobre varios túmulos, y entre las grietas de las tumbas antiguas, crecían musgos y líquenes de color oscuro verdoso de turmalina. Aquí y allá veíanse pequeños arriates cuajados de flores múltiples: desde la violeta de tono episcopal de galena, hasta los tupidos mazos de hortensias de pálido azul.

A Loaiza lo habían inhumado en el suelo, poniendo sobre la sepultura una losa provisional y un cerco de hierro, mientras hacían el mausoleo. Se veía la tierra removida recientemente. Sencilla inscripción rayaba la pesada losa. Muy temprano debieron estar allí otros visitantes, porque había flores nuevas acabadas de colocar.

Carmen permaneció un rato inmóvil, de pie, con los párpados caídos. La luz matinal bañaba suavemente su rostro pálido, algo demacrado. Parecía pensar, o recordar. Sin alterar sus facciones impasibles, de impasibilidad que ocultaba su dolor escondido, lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas, como perlas que se desprenden de fastuoso collar para caer sobre blanda tela de terciopelo.

Colocadas con uncioso ademán las bellas coronas que llevaban, se arrodillaron para rezar largamente en voz baja. ¡Extraña oración aquella, fervorosa y piadosa, en que se juntaban la tristeza y la angustia, el amor y el dolor, la evocación lacerante y el remordimiento sutil del alma agobiada por el recuerdo!

Volvieron a la ciudad taciturnas. En el trayecto no cambiaron palabra alguna. Carmen entró en casa despacio, cargada con su tribulación y su pena. De repente, desde el zaguán, se volvió hacia Julia para decirle:

—¿No entras?

—No; se ha hecho tarde ya y Reinaldo me espera. Adiós. Despídeme de mamá.

El automóvil partió con brusca pitada. Julia reclinó la cabeza contra el espaldar, entregándose a sus pensamientos. ¡Qué caprichoso era el destino, y cuán absurdos y arbitrarios los hechos! La vida, a pesar de su cotidiana rutina, tiene a veces los despropósitos del payaso de circo y las ocurrencias dramáticas del histrión. Sus paradojas desconciertan y sus fatalidades abruman. Para ella, Julia, el inesperado acontecimiento que ahora lamentaba fue algo grotescamente cruel, que la hería súbito y a mansalva, por lo mismo que estaba fuera de toda previsión racional y de toda ley ordinaria y normal de acaecimientos. La exasperaba la falta de lógica de las cosas, tanto como la carencia de sentido ordenado de los sucesos. Mas ¿qué se puede hacer, si la criatura humana no es más que frágil materia fungible, leva dura dócil en manos de la casualidad, pobre estructura que manejan los oscuros hados con ojos vendados e insensibles?

Pedro Vico, el chofer, apenas tuvo tiempo de salir rápidamente del coche para abrirle la portezuela. Sin decir nada, Julia saltó al andén, entrando de prisa en casa. Al desaparecer, Pedro, que la siguió con los ojos, extrañado de no recibir orden alguna, se encogió filosóficamente de hombros. Se sacudió en seguida el vestido, arreglándose también el nudo de la corbata. Por último, le dio un vistazo al vehículo, por fuerza de la costumbre. En el asiento de atrás, en el rincón izquierdo, vio algo oscuro y pequeño.

—Misiá Julia olvidó hoy la escarcela —dijo entre dientes, tomándola con cuidado y cierta sorpresa, por ser la primera vez que aquello ocurría.

En su indecisión, no sabía si llamar para que bajara Felisa, la criada, y mandarla con ella, aprovechando así la oportunidad para un corto diálogo, o subir él mismo a entregarla. Se decidió al fin por lo último. La cancela había quedado abierta, por la premura de la dueña. Despacio ascendió la gradería y atravesó el vestíbulo, dirigiéndose hacia el salón. No viendo a nadie, tosió discretamente para anunciar

su presencia. Entonces oyó una voz detrás de él.

—¿Qué desea, Tunjito?

—Misiá Julia olvidó esto en el automóvil, doctor. Vengo a entregárselo.

—Ah, la escarcela —dijo Reinaldo—. Démela, que yo se la entregaré.

A la salida, Vico se encontró con Felisa Cobo que bajaba también. Se puso muy contento de verla. Por su parte, la ladina fámula no trató de ocultar su gusto.

—¿Usted estaba aquí, Tunjito? ¿Por qué no me llamó para abrirle?

—Eso pensé al principio, tesoro; pero por una parte, no quise molestar a tan adorable doncella.

—¿Y cuál fue el otro motivo?

—Pues que la cancela estaba abierta de par en par, como quisiera ver abiertos sus brazos; para recibirme cuando vengo a esta casa.

—Mire, Tunjito —exclamó Felisa, con la cara encarnada y poniéndose seria de improviso— usted es muy exigente, pero también muy tarambana. ¿Para qué me dice esas cosas de que luego se olvida apenas voltea la esquina? Ahora, si no es por pura casualidad, no hay peligro de verlo.

—Lo que usted no sabe, mi vida —afirmó Vico envalentonado por las palabras de la criada, que parecían reproche de amor—, es que estaba resuelto a plantarme aquí como un poste hasta que saliera.

—¿De veras, Tunjito? ¿Lo dice de corazón?

—Se lo digo con el alma, lucero. Y si es necesario, se lo juro. Aquí me hubiera amanecido esperándola. Pero ahora me voy contento y feliz, porque, ya mis ojos se llenaron de la visión de su persona.

—¿Vuelve pronto, Tunjito?

—Vendré todos los días.

—¿Pero viene por mí?

—Por usted, mi reina. Aquí me tendrá noche tras noche, ya sea que el deber me llame, o que no me llame. Cuento con todo mi tiempo libre, que es suyo desde este instante.

—Entonces...

—¿Entonces?

Felisa no dijo más; pero le tendió la mano con sonrisa de picardía, como una tácita promesa de amor y como un compromiso.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

XXII

Reinaldo Montejo quedó brevemente irresoluto, dudando entre llevar en el acto la escarcela a su mujer o retenerla un rato consigo. Fuerte curiosidad de ver, de examinar, lo impulsaba a lo último, aunque le pareciese pueril y hasta poco elegante la requisa de un objeto tan íntimo y personal como puede serlo la más reservada de las prendas. En toda su vida de matrimonio jamás se le ocurrió enterarse, aun en ocasiones que pudo verificarlo libremente, de lo que Julia guardaba en el misterioso adminículo. Pero, ¿qué puede, por otra parte, tener o mantener allí una mujer, que no sea el acostumbrado avío de maquillaje, tarjetas propias o de amigas, algún pequeño pañuelo perfumado, y unos billetes o monedas? La mayoría de las veces la cartera o el bolso no son o resultan ser lo que se espera o cree: depositarios de pequeños secretos, o confidentes de su dueña. Hay carteras escuetas, desoladamente vacías, que pregonan la desconfianza o la previsión sagaz de la que la lleva. Otras, en cambio, delatan optimismo tan manifiesto que se confunde con ingenuidad e inocencia. En todo caso, la cartera resulta, para el observador perspicaz, documento psicológico de apreciable valor, que le puede servir de guía y eficaz ayuda para conocer almas de mujeres.

La vacilación del abogado Montejo fue corta. Decidió llevarle enseguida a Julia el pequeño cachivache. Comprobó que era la una

pasada. Con seguridad estaría en su aposento, disponiéndose para almorzar. Fue a buscarla despacio, preparando cualquier frase amable para decírsela. Pero se devolvió a pocos pasos. ¿Y por qué no mirar alguna vez el contenido de la diminuta valija? Experimentó nueva e imperiosa necesidad de ver, de investigar, como si se tratara de algo repentinamente importante. Su curiosidad tomó caracteres violentos, de aspectos morbosos.

Metido en su escritorio privado, que cerró cuidadosamente, efectuó el indiscreto examen. Bajo la lujosa cubierta sólo halló fruslerías, minucias de mujer elegante. En un rincón había un papel. Desdoblándolo, lo leyó sorprendido. Era la esquila del Teniente, implorando la deseada entrevista. Repasó el final que decía: “Le suplico, Carmen, como supremo favor, que acuda a esta cita que le doy. Mañana a las cuatro, la espero en el templo de San Francisco. Estaré en la nave que da hacia la puerta del perdón. No desoiga esta voz angustiada. Si supiera mi desesperación. Suyo, Camilo”.

Reinaldo se hundió en profunda cavilación. Ah, sin duda el papel lo olvidó allí Julia por completo. Multitud de conjeturas asaltaron la mente del abordo. ¿Por qué estaba en poder de su mujer esa esquila? ¿Había llegado o no a su destino? Luego se preguntó estremecido si la insólita tragedia del aeródromo podía guardar alguna relación con el mensaje que tenía ante los ojos.

Durante el almuerzo Julia anunció que saldría de visitas.

—Yo me quedaré en casa —anunció Reinaldo— me siento perezoso esta tarde. Dormiré la siesta, y leeré un rato.

Cuando su mujer se marchó, permaneció en el salón corto tiempo fumando. Comprobó la salida de toda la servidumbre. Entonces se encaminó a las habitaciones de Julia. Por primera, y acaso única vez en su vida, iba a dar aquel paso que repugnaba a sus sentimientos, pero que su voluntad y su mente exigían en forma perentoria. Le urgía saber algo más, aclarar dudas que lo atormentaban, persuadirse completamente de que nada había equívoco en las apariencias enigmáticas de ese asunto que le parecía oscuro y extraño.

Huroneó en los armarios y cómodas, llenos de cofres y cajas primorosas; requisó cajones y gavetas; examinó uno a uno los libros y papeles de la pequeña biblioteca. Por último se sentó ante el lindo bargueño de complicada estructura. No había sino correspondencia de amigas, cuentas, apuntes. Al tirar con fuerza de una gaveta que parecía vacía, un compartimiento secreto quedó a la vista. En el fondo, paquetes de cartas atadas con cinta azul, y una libreta empastada en cuero. Los tomó, y empezó a examinarlos febrilmente.

La libreta contenía un “diario” íntimo, escrito con letra diminuta. Relato sintético de la vida cotidiana de una mujer, Julia, escrito para desahogo de sentimientos y análisis de impresiones. La correspondencia era de Góngora. Cartas de amistad, pero saturadas de afecto profundo y de admiración que casi tocaba en el fanatismo. Algunas tenían frases ambiguas, y se referían en tono de velada queja y galante polémica a cartas de Julia. Reinaldo las leyó en orden cronológico, para seguir la historia. En las últimas, Góngora trataba ya, en términos precisos, la cuestión de su matrimonio con Carmen.

En el pequeño “diario” íntimo encontró la clave de muchas cosas. Los siguientes pasajes, reproducidos textualmente, fueron como viva luz en la oscuridad de algunos hechos incomprensibles:

“...No debo engañarme yo misma. Confieso que Luis Felipe Góngora tiene una atracción personal a que no puedo sustraerme. Todo en él me cautiva con incontrastable fuerza: su voz me conmueve, su mirada me conturba profundamente; cuando estrecho su mano siento tal emoción y tal lasitud como no las he experimentado jamás con ningún otro hombre...”

“...Hoy hablé con él largamente. Es hombre de extraordinaria inteligencia y gran discreción. Particularidad suya, que me agrada en extremo, es el aplomo y gravedad con que dice las cosas. En las pocas veces que tenemos oportunidad de hablar, ni un solo momento, pierde el sentido de la medida y el tono de la más exquisita cortesía. Me encanta esa ausencia completa de frivolidad en sus palabras y ademanes...”

“...Varias veces me he preguntado seriamente si estoy o no enamorada

de Góngora. ¿Por qué pienso tanto en él, y por qué me complace siempre su presencia? Curioso estado de ánimo el de la mujer que no sabe o no puede definir sus sentimientos, y que, a pesar de la conciencia que tiene de que un hombre le gusta, se mantiene en la incertidumbre de saber si es que lo quiere o no. Lo que me ocurre con Góngora es bien extraño: vivo como en una especie de limbo de la voluntad y no acierto a salir de tan paradójica situación. Y esto comienza a fastidiarme un poco de veras...”

“... He conseguido que la Asociación lo nombre ingeniero de los trabajos del nuevo edificio para asílo. No quería aceptar al principio, alegando muchas ocupaciones pero al fin accedió ante mis ruegos reiterados, pero con la condición de que prestará el servicio gratuitamente. He aquí un acto de desprendimiento poco común. Comprendo que lo hace por mí, por agradarme, y siento que mi reconocimiento y estimación son mayores ahora. ¿Estimación? Casi estoy por poner aquí otra palabra: algo que exprese con más propiedad y elocuencia mi íntimo sentir. Pero... ¿no sería prematuro? ¿No estaré engañada por la impresión superficial que aún no ha sufrido la prueba del tiempo?...”

“... En la tarde de ayer, en aquella fiesta de caridad tan concurrida, me asaltó imprevista emoción. Góngora, que estaba rodeado de bellas y elegantes mujeres, no bien me vio se desprendió de ellas para venir a hacerse a mi lado. Como de costumbre, su actitud fue correcta y discreta. Parece que pone cuidado especial en no comprometerme. La suerte fue propicia, pues dispusimos de tiempo para conversar a solas libremente. Confieso que tuve la impresión de que me diría algo nuevo, diferente de lo que me dice de ordinario en nuestros diálogos habituales. Tal vez una declaración; o una frase galante más atrevida... No fue, sin embargo, lo que esperé; o lo que mi corazón parecía desear. Ahora me pregunto si sufrí o no una decepción con aquello. La verdad es que sentí cierta desilusión; pero no lo es menos que me quedó también vago sentimiento de gratitud por la conducta de Góngora, pues era evidente que si me quería no olvidaba nunca el respeto que merece toda señora para el hombre bien nacido y para el caballero cabal...”

“... Estoy realmente confundida con lo que me sucede. A ratos no me entiendo yo misma. Pero no quiero mortificarme con cavilaciones sentimentales que si son agradables me proporcionan a la vez sufrimiento y tortura. Se me ocurre pensar en ocasiones si Góngora es o no hombre tímido, o si es que tiene el sentido aguzado de la responsabilidad. Sea como fuere, es sorprendente su tranquilidad y la poca prisa que parece tener para hacer las cosas...”

“... Los días transcurren, y mis sentimientos continúan en el mismo estado de indecisión. ¿Temo acaso confesarme que lo quiero? No lo sé con certeza. La idea de que no debo amarlo me obsesiona con fuerza, pero me domina por otro lado el sentimiento de que lo quiero, y el sentimiento es muchas veces peor que la idea. Hay otra cuestión que me conturba: ¿cómo explicar tal situación de mi alma, siendo así que amo a mi marido y reconozco también en él cualidades excelsas? Creo que están en lo cierto quienes afirman que las mujeres no servimos para razonar...”

“... Después de largas reflexiones me parece que le he hallado solución al conflicto. Sacrifico, es verdad, mi íntimo sentir, pero quedan a salvo mi tranquilidad y decoro. Carmen, mi hermana, está ya en edad de casarse. Algunos de sus pretendientes no me satisfacen. ¿Por qué no levantar entre Góngora y yo la valla de un matrimonio? ¿Por qué no crear, si es posible, nuevos impedimentos morales, que si me quitan toda esperanza, nos alejan, en cambio, del camino vedado, tan peligroso para cualquier mujer de mis condiciones? Sí, es preciso que me conforme con una amistad desinteresada y romántica, dándole a este sentimiento, que pudo trocarse en realidad fatal, el dulce y melancólico significado de un sueño...”

Uno de los últimos pasajes decía a la letra:

“... La suerte parece favorecer mis propósitos, aunque los dificulta por otra parte. Carmen se ha enamorado de un aviador, y esto es ya hecho notorio y público. Tengo que oponerme a tales amores, y con mayor razón al posible enlace. Agotaré todos los medios. Así defenderé el porvenir

de Carmen, y me defenderé yo misma. Sí, me defenderé de lo que bien quisiera no defenderme...”

Terminada la lectura, Reinaldo ató cuidadosamente los paquetes de correspondencia, colocándolos en su sitio, junto con la libreta, y cerrando en seguida el compartimiento. Luego se puso a reflexionar.

Por la noche bastante después de la comida, retuvo hábilmente a Julia en el salón, hablándole de cosas que sabía que le interesaban. Se levantó de improviso, y volvió a poco con algo en las manos.

–Olvidaste la escarcela en el coche –dijo entregándosela–; Tunjito la trajo, y a mí se me pasó dártela en el acto.

–Ah, –explicó Julia con naturalidad–; ya la había echado de menos, pero no me hizo falta, pues salí con otra escarcela.

Reinaldo se quedó un rato callado; por último volvió a hablar, cambiando de tema.

–Nunca sospeché que el accidente del aviador Loaiza, que todos hemos lamentado, pudiera tener causas ocultas.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Julia con disimulado sobresalto.

–Lo averigüé casualmente –Reinaldo acentuó esta última palabra– gracias al pequeño percance del olvido de tu escarcela.

–No te entiendo.

–Pues nada más fácil que explicarlo. Tómate la molestia de abrirla y encontrarás la clave del enigma.

Obedeció maquinalmente Julia, sin lograr al primer momento justificar las palabras de su marido.

–¿Olvidaste también ese papel?

Ella lo abrió con cierta premura, quedándose un instante perpleja. Su semblante se había cubierto de repentina palidez.

–Supongo –observó Reinaldo– que al retener ese mensaje te movió algún interés, o alguna poderosa razón.

–Sí –afirmó Julia reaccionando– me movió un interés de familia. Tenía qué impedir a toda costa ese matrimonio inconveniente. Por desgracia, la fatalidad agravó las cosas.

–Estabas en tu derecho, y nada tengo que objetar al respecto; pero permíteme hacer una pregunta más: ¿fue ese el único móvil de tu conducta?

Julia vaciló, sorprendida.

–Tu pregunta es extraña, Reinaldo, y si la disculpo me reservo también el derecho de no contestarla.

–En ese caso te ayudaré, porque me doy cuenta de que encuentras serias dificultades para responder. Conozco perfectamente tu interés por el ingeniero Góngora, y...

–Basta. Pero... ¿qué pruebas tienes para hacer esa afirmación temeraria?

–Las que puede tener un marido que para hacerse a ellas no reparó en los medios, persuadido de que por lo menos tiene el derecho de no ignorar las cosas.

–Habla más claro.

–Conozco tu correspondencia con Góngora, y he leído tu “diario”.

–¿Y tienes algo grave que reprocharme?

–De ninguna manera. Comprendo las circunstancias que has vivido, y me doy cuenta de la lucha librada contigo misma. Por fortuna, esta crisis sentimental parece que ha pasado ya.

–¿Lo crees así?

–Así quiero creerlo. En tu “diario” hay frases para mí que tengo que agradecerme y que me halagan necesariamente. Si algo tuviera que reprocharte, esas frases sinceras puesto que fueron escritas nada más que para ti, me impiden hacerlo. Aún más: me reconcilian contigo por completo.

–¿De modo que dudaste de mí?

–No puede llamarse duda lo que sólo fueron desagradables incertidumbres y zozobras penosas ante los hechos que no se comprenden bien. Siempre te he amado, Julia, y era natural que mis sentimientos sufrieran por eso mismo.

Ella lo miró largamente. Le pareció que de pronto sus ojos se abrían a la verdad para conocer a aquel hombre que no conocía y que acaso había ignorado hasta entonces. Súbita claridad alumbraba ahora su mente y su corazón. Anegada el alma en un sentimiento nuevo y maravilloso de ternura, que la conmovía hondamente, se acercó a su marido, y con voz dulce y mimosa que tenía leve temblor apasionado, le dijo sonriendo:

–Yo también te he querido siempre, Reinaldo. Solamente a ti te he amado de veras.

Después agregó con cierta tristeza:

–¡Pobre Carmen! ¡Si ella también pudiera ser feliz como lo soy yo ahora!

FIN

Cali, 1938



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

¡ S i g u e n o s !



programaeditorialunivalle